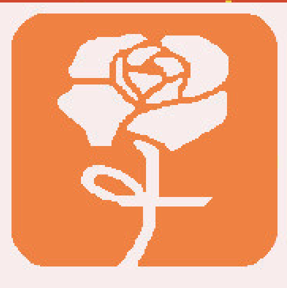
Alguien como tú



Betty Neels

LDS

El pequeño Van Eysink era un caso muy especial para Hannah Lang y, además, se había encariñado con los padres del niño, Corinna y Paul. Cuando éstos la invitaron a regresar con ellos a Holanda hasta que el niño estuviera completamente restablecido, ella accedió gustosa.

Lo único que molestaba a Hannah era el arrogante tío de Corinna, el doctor Valentín Van Bretes, que no criticaba su habilidad como enfermera, pero tampoco la tenía en cuenta como persona. Además, ¿cómo podría ella compararse con la bella Nerissa, la prometida del médico?



Betty Neels

Alguien como tú

Colección: Bianca - 86

ePub r1.0
jala 26.05.16

Título original: *Hannah*
Betty Neels, 1980
Publicado original: Mills and Boon Romance (MB) - 1708 y en:
Harlequin Romance (HR) - 2403

Editor digital: jala
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

El hijo de los Van Eysink había decidido no tomar su alimento. Su frágil cuerpecito se estremecía y sus brazos y piernas se agitaban como los de un muñeco, mientras su rostro enrojecía por el esfuerzo del llanto.

La enfermera se inclinaba amorosamente sobre él. Ella era la única capaz de calmarle en momentos como éste. Sus ojos grises, bordeados de espesas pestañas oscuras y su voz dulce y tierna, infundían serenidad. Unos cuantos mechones de cabello liso, de color castaño rojizo, escapaban de la almidonada cofia.

Ante esta dulce presencia el niño se tranquilizó de modo que los fuertes gritos se transformaron en una serie de gemidos de protesta y resuellos, hasta que apretó los ojitos y empezó a chupar, al principio con desconfianza y luego con creciente entusiasmo.

Una mujer joven observaba con ansiedad cada uno de los movimientos del niño, sentada en la cama de la pequeña habitación del hospital. Ahora hablaba en voz baja, en un inglés más o menos correcto, marcado con un fuerte acento.

—Hannah, eres maravillosa, es la tercera vez que mi hijito se ha tomado el biberón, cuando hacía semanas que tenían que alimentarle con suero. Estoy muy contenta. Esta noche llamaré a mi esposo para contarle lo bien que va todo. Supongo que podremos irnos pronto a casa, ¿no crees?

—No creo —dijo Hannah—. El pequeño Paul tiene que engordar por lo menos otro medio kilo y empezar a comer con normalidad. Además, me parece que usted todavía no tiene suficientes fuerzas para poder ocuparse de él, señora Van Eysink.

—Pero puedo contratar a una enfermera y cuando los dos estemos mejor, buscaré una niñera —alegó la joven, retorciéndose entre los vendajes y cambiando de posición—. ¡Ya no aguanto esto!

—No falta mucho —la tranquilizó Hannah con la misma voz dulce que usaba con el niño, que ahora chupaba afanosamente—. Cuando le hayan quitado eso, quedará como nueva; luego necesitará unos cuantos meses de ejercicio y terapia. Pronto estará lista para bailar en alguna boda.

—¿La tuya?

—¡Dios santo, no! ¿Va a venir su esposo este fin de semana?

—Claro que sí. ¡Mi querido Paul! No tengo derecho a quejarme, en realidad. Pude haberme matado y, lo que es peor, perder a mi hijo. ¿No piensas que es un milagro que me haya salvado?

—Lo es. Después de lo que pudo haber pasado, no es tan malo estar inmovilizada en esa cama y luego tener que llevar un soporte en la cadera durante algún tiempo, ¿no cree?

—¡Sí, desde luego que sí! Hannah querida, tú siempre tan inteligente y sensata, igual que mi adorado tío Valentín…

El tío Valentín era mencionado, alabado y admirado por lo menos tres veces al día. Debía ser un hombre extraordinario, pero a Hannah empezaba a cansarle oír hablar de él. La señora Van Eysink se pasaba el día hablando de su tío y de las bondades que éste había tenido con ella.

—Le debo mucho —declaró por enésima vez—. ¿Sabes?, yo no recuerdo a mi padre y mi madre era inválida. Tampoco tuve hermanos ni hermanas. Era una niña mimada y me daban todos los caprichos. Puede decirse que fue el tío Valentín quien me educó o, por lo menos, quien más se preocupó de ello. Yo sólo tenía ocho años y él ya había cumplido veintiuno. Me gastaba bromas, me enseñó a montar, a cuidar gatos y perros, a andar en bicicleta, y no me dejaba llorar cuando me caía. Siguió viniendo a verme, aun después de casado.

—¿Ah, está casado? —preguntó Hannah sin demasiado interés.

—Ya no. Era muy joven entonces y el matrimonio fracasó. En realidad, no se amaban, pero se dieron cuenta de ello demasiado tarde. Annette se fue con otro hombre y luego se divorciaron —la joven notó la mirada que le lanzó Hannah—. Supongo que piensas que no debería contarte todo esto, pero te estimo y sé que eres

discreta; sin ti no habría sobrevivido mi pequeño Paul y necesito hablar con alguien. ¿Comprendes? Adoro a mi marido, pero tengo un cariño especial por el tío Valentín. Él hasta nos ayudó a casarnos. Mi madre pensaba que Paul no era suficientemente rico, pero mi tío me dijo que me casara si lo amaba y que el dinero no tenía importancia, y yo pienso que tenía razón. Lástima que él no esté casado, ya que tiene mucho dinero y una casa preciosa para vivir.

—Entonces, sin duda encontrará a alguien pronto —observó Hannah. Pensaba que eran muchas las jóvenes dispuestas a vivir en una casa bonita y a tener todo el dinero que quisieran, aunque eso significara casarse con un hombre de edad madura.

Se sumieron en un agradable y amistoso silencio, interrumpido unos minutos después por un grito entusiasmado de Corinna Van Eysink.

—¡Tío Valentín! —exclamó y comenzó a hablar en holandés. Hannah ni siquiera se volvió; por un lado, el niño exigía su completa atención, y por otro, no tenía demasiado interés. Sabía cuál sería la apariencia del famoso tío. Se lo imaginaba un poco gordo y calvo, con gafas de grueso cristal, como los personajes holandeses que había visto en la televisión o en el cine: había oído tantas veces citas de sus opiniones que le conocía demasiado bien, y debía ser de lo más aburrido.

Hannah concentró su atención en el niño, el pequeño Paul parecía cansado y todavía no había acabado de tomar su biberón.

El tío Valentín se acercó a ella y con un cortés: «Buenos días, enfermera», la saludó.

Hannah respondió con igual formalidad y luego dejó escapar un suspiro. El tío Valentín no se ajustaba en absoluto a la descripción que le correspondía. Era alto y ancho de espaldas; desde luego no representaba ser un hombre maduro. En el cabello negro asomaban unas pocas canas que le hacían más interesante. Sus facciones, aunque no eran las de un muchacho, sin duda eran muy agradables: nariz aguileña, boca recta y ojos muy azules que la estudiaban con cortés indiferencia.

Hannah se ruborizó, contenta de que el niño acabara de eructar de forma sonora y necesitara atención.

El tío Valentín se acomodó a un lado de la cama de su sobrina.

—Siento mucho no haber podido venir antes, querida. Te encuentro muy bien —dijo y se agachó para besar su mejilla delicadamente maquillada—, tan guapa como siempre. He visto a Paul y me ha dicho que vendrá este fin de semana.

—Viene todos los fines de semana, pero pronto podré irme a casa; apenas pueda salir de esta porquería —hizo un gesto señalando el soporte que llevaba en la cadera. Luego continuó—: ¿No podemos hablar en holandés? ¿No te importa, verdad Hannah, si hablamos en nuestro propio idioma? Estoy tan cansada de hablar el tuyo…

—En absoluto —respondió Hannah, al tiempo que el visitante volvía hacia ella sus ojos con un gesto divertido, lo cual la hizo sentirse un poco incómoda.

—¿Cómo está mi ahijado? —preguntó y cruzó la habitación para coger al niño en brazos—: ¿Me permite?

Parecía saber muy bien lo que hacía, se veía claramente que sabía tratar a un niño, pero esto era normal. ¿No le había dicho Corinna Van Eysink una y otra vez que era un famoso pediatra? El pequeño Paul tenía suerte. Había nacido dos meses antes de tiempo, después de sobrevivir a un terrible accidente que pudo costarles la vida a su madre y a él. Sus padres le adoraban y podían proporcionarle una existencia cómoda y sin preocupaciones. Además, contaba con alguien como el tío Valentín que siempre le prestaría el apoyo y la ayuda que pudiera necesitar.

En ese momento le devolvió al niño; ella lo acostó en la cuna. Después comentó que si la paciente deseaba algo, podía llamar al timbre y salió de la habitación.

Fuera de la habitación, estaba esperándola Luisa, su amiga y compañera de trabajo.

—¡Hannah! —La llamó—. ¿Quién es ese tipo estupendo que ha entrado ahí hace unos minutos?

—Es el tío Valentín —le contestó Hannah.

—¡No puede ser! ¿No decías que era gordo y medio viejo?

—Bueno, así me lo imaginaba. Pensaba que sería como el personaje holandés que vimos en esa película hace unas semanas, ¿recuerdas? La verdad es que ya estaba cansada de oír tío Valentín esto, tío Valentín lo otro, día tras día. Ya sabes cómo son esas cosas, Luisa.

—¿Se va a quedar?

—Yo qué sé. Lo único que me ha dicho es: «Buenos días» y «¿Me permite?» y el resto del tiempo han hablado en holandés. Ni siquiera me ha mirado, es decir, ni se ha fijado en mí. Claro, que eso no es ninguna novedad. A veces me gustaría tener el pelo claro, unos grandes ojos azules y buen tipo. Más o menos como tú, Luisa —dijo sin ningún tono de envidia en su voz.

—No estás nada mal así, cariño —declaró Luisa—. ¿Ya has tomado café? Yo tampoco. Cuando acabes el turno me vas a buscar y nos tomaremos una taza. ¿De acuerdo?

—Me muero de hambre —comentó Hannah—. Si pudiera aguantarme, me pondría a dieta —suspiró mirando su figura un poco rellenita—. ¡Mira, ahí viene la señorita Thorne!

La señorita Thorne era nada menos que la hija de un vizconde. Se dirigió a ellas de forma casi agresiva, lo cual ya ni siquiera las preocupaba.

Era una mujer voluminosa y con una voz de trueno que asustaba a todas las enfermeras. Siempre estaba dando órdenes y asegurándose de que ningún miembro del personal tuviera tiempo de respirar entre una tarea y otra. No parecía en absoluto un miembro de la aristocracia. Hannah pensaba que una aristócrata debía ser, por lo menos, tan espigada y bonita como Luisa. En cambio era gorda, no usaba nada de maquillaje y se peinaba el cabello grisáceo en un moño que no le sentaba nada bien.

Como enfermera era estupenda, y no se andaba con rodeos cuando tenía que quedarse durante su tiempo de descanso en el pabellón si es que había trabajo. Esperaba que todas las enfermeras hicieran lo mismo, claro, y ellas lo hacían sin quejarse. La diferencia era que mientras la señorita Thorne, cuando salía, fuera la hora que fuere, se iba a casa en un coche con un chófer que la iba a recoger, las demás chicas tenían que correr a alcanzar los autobuses y luego dar explicaciones a novios gruñones y enfadados por haber perdido la película del cine del barrio. En eso se detuvo frente a Hannah con brusquedad.

—Ya tenía que estar todo recogido, señorita. Se supone que mis enfermeras, las especializadas, deben dar ejemplo a las estudiantes. ¿Acaba de dejar al niño Van Eysink? Ahora voy para allá. Me parece que está el doctor Van Bertes, ¿no es así? Querrá ver el

expediente del caso de su sobrina. Haga el favor de ir a mi oficina por él y tráigamelo.

Luisa estaba deseando irse sin dar la impresión de huir.

—Su cofia está torcida, señorita, y lleva demasiado maquillaje.

Hannah, después de intercambiar una mirada expresiva con su amiga, se apresuró en dirección contraria, para dejar lo que llevaba en las manos en la cocina y luego ir por el expediente.

La señorita Thorne y el tío Valentín estaban el uno frente al otro cuando ella llamó a la puerta y entró en el cuarto de la paciente. Tuvo la impresión de que habían tenido una discusión, aunque ninguno de ellos parecía el tipo para hacerlo; pero parecían no estar de acuerdo en algo. Hannah le entregó a la enfermera el expediente y se dirigió a la puerta. Al ir a salir, la detuvo la voz del visitante.

—Un momento, señorita Lang —la llamó, a la vez que le hacía un gesto cortés a la señorita Thorne quien asintió graciosamente—. Me han informado, tanto mi sobrina como la señorita Thorne, que mi ahijado vive gracias a sus esfuerzos. Quiero decirle que le estamos muy agradecidos.

Hannah, sorprendida, se ruborizó profundamente, susurró que no había hecho nada y salió de la habitación. Al irse notó la mirada divertida y burlona, a la vez que indiferente, que ya había notado cuando oyó su voz.

Estaba abochornada. El tío Valentín era un hombre horrible, mucho peor de lo que ella se había imaginado.

Terminó su turno a las cinco, y le esperaban dos días de descanso; no le vio de nuevo antes de acabar su servicio, media hora tarde, porque el pequeño Paul tardó el doble de lo acostumbrado en acabar el biberón.

—Me da pena que te vayas ahora —observó la madre—. Además, tienes unos días libres, ¿verdad? Cuando no estás aquí, todo me parece muy triste y me pongo nerviosa. Paul no siempre se porta bien. Perdona, soy muy egoísta. Ya sé que necesitas tener tiempo para ti misma. Supongo que debes divertirte mucho en tus días libres.

Hannah envolvió al niño en un suave chal y lo dejó en la cuna.

—Es bueno tener un respiro —dijo y se despidió de su paciente. Quince minutos más tarde, vestida con una falda plisada y una blusa de manga corta, la cintura rodeada por un ancho cinturón,

salió por las puertas del hospital hacia la cálida atmósfera de una noche de verano londinense.

Al cruzar la avenida, no vio al tío Valentín, que se dirigía a estacionar su coche en el patio del hospital. La miró con desinterés; pensó que era una chica recatada, pero con una apariencia bastante agradable. Le parecía que esa muchacha estaría más en su ambiente caminando por un sendero campestre, que luchando contra el tráfico de las calles de Londres. Las luces del semáforo cambiaron y él entró en los terrenos del hospital, olvidándola.

Hannah se puso en la cola del autobús y mientras esperaba, recorría con el pensamiento los acontecimientos del día que acababa de pasar. Estaba contenta de que el pequeño Paul al fin empezara a mejorar; su vida había pendido de un hilo desde el momento en que nació, pero ahora parecía que lo iba a lograr; otro mes o dos de cuidados y llegaría al peso normal. Le echaría de menos, igual que a su madre, a decir verdad. Corinna Van Eysink tenía sólo un par de años más que ella y, aunque venían de ambientes muy diferentes, se llevaban de maravilla.

Subió al autobús y atravesó las mismas calles sucias y oscuras de siempre; pasó el río y luego llegó a otras calles, no tan oscuras pero un poco monótonas, con casas victorianas una exactamente igual a la otra. Hannah se bajó del vehículo, anduvo unos cuantos pasos y torció por otra calle.

Las casas seguían siendo idénticas unas a otras. Algunas estaban ocupadas por una sola familia, y otras se habían convertido en casas de apartamentos, lo cual era más rentable para sus dueños. Por fuera no estaban tan mal, pero los contratistas habían ahorrado en la pintura y el yeso en el interior y usado madera barata para las puertas y ventanas, de modo que nada se ajustaba a nada.

Penetró en el número treinta y seis y subió las escaleras. Ella vivía en el tercer piso con su madre. En el cuarto vivía una anciana que caminaba con un bastón y cuyas pisadas se oían con claridad en el apartamento de abajo. El segundo estaba habitado por una pareja de jóvenes que eran ardientes aficionados a la música pop, de modo que la madre de Hannah siempre estaba quejándose del incesante ruido que la rodeaba. Pero se negaba a buscar otro lugar donde vivir, en un sitio más tranquilo y más barato, a pesar de las frecuentes sugerencias de Hannah. Sus razones eran siempre las

mismas:

«Éste es un buen barrio, y no querrás quitarme la satisfacción de vivir aquí. Después de todo, tu padre fue maestro rural y el cielo sabe lo que tengo que estimar la miserable pensión que recibo y los sacrificios que tengo que hacer para sobrevivir». Hannah callaba al escuchar estas palabras, evitando mencionar que una gran parte de su propio salario se iba en reforzar esa pensión Su madre nunca supo medirse en lo que al dinero se refería. Cuando vivía su padre llevaban un alto nivel de vida, aunque su sueldo no era muy elevado. A su muerte se descubrió que había estado sacando del escaso capital que poseía para cubrir todos los caprichos de su esposa. Ahora, cinco años después, su viuda todavía consideraba que debía tener la misma cantidad para gastar en sí misma. Hannah se resignaba, porque sabía que su madre no cambiaría nunca.

La señora Lang todavía era una mujer bonita. Había sido muy guapa en su juventud, y solía señalar esta diferencia entre su hija y ella con un: «desde luego, no te pareces nada a mí». Lo decía en tono de broma, como si fuera un chiste, pero para Hannah, muy consciente de sus facciones poco interesantes y de su figura poco estilizada, este chiste no resultaba gracioso.

La voz de su madre, aguda e infantil y siempre quejumbrosa, la saludó al abrir la puerta del apartamento.

—¿Hannah? Se me ha hecho tarde, querida. Todavía no he preparado la cena; este calor me tiene con uno de esos terribles dolores de cabeza que tanto me molestan.

Hannah entró por el angosto pasillo hasta su sala. Su madre estaba sentada en un destartalado sofá, con una bien cuidada mano sobre la frente.

—No cierres de golpe la puerta —agregó con dureza.

—No, mamá. Lamento que te duela la cabeza. Yo prepararé algo de cenar.

Dejó escapar un suspiro al decirlo; tenía calor y hambre, y estaba muy cansada; por un momento recordó la forma en que vivía cinco años antes. Tenía diecinueve años en aquel entonces, habitaba en casa de sus padres y ayudaba a su padre, además de ocuparse de la mayor parte del trabajo de la casa.

Había mucho que hacer, pero ella siempre tenía tiempo para montar la vieja jaca que tenían en el campo detrás de la propiedad

o andar en bicicleta por los senderos. También conducía el coche para llevar a su padre al trabajo y ayudaba al anciano jardinero que arreglaba el jardín. Por si eso no fuera suficiente, cocinaba la mayoría de las comidas tan bien, que los invitados a menudo le hacían cumplidos a la señora Lang por la excelente cocinera que tenía, a lo cual ella respondía con una sonrisa encantadora y un murmurado: «Nos arreglamos muy bien», que dejaba a la gente con la errónea impresión de que había pasado horas en la cocina preparando las maravillas que estaban sobre la mesa. Hannah nunca protestó. Tenía una madre egoísta y muy perezosa, pero la adoraba, a pesar del poco cariño que recibía de ella.

Hannah se detuvo para besar a su madre y luego entró en la pequeña cocina para poner la tetera en la lumbre; no había tenido tiempo de tomar el té y, si iba a cocinar, tenía que tomarse siquiera unos cinco minutos de paz y tranquilidad. Llevó la bandeja a la sala, la colocó sobre la mesita que había bajo la ventana y se sentó en una silla de respaldo alto que estaba a un lado.

—¿Mucho trabajo? —preguntó la señora Lang sin mucho interés.

—Más o menos lo de costumbre —respondió Hannah sin explicar demasiado, ya que sabía lo poco que a su madre le interesaba lo que hacía—. ¿Quieres una taza de té, mamá?

—Hijita querida, qué tranquilidad me da tenerte a mi lado —dijo, aceptando la taza con una débil sonrisa—. Sé que es muy egoísta por mi parte, pero es para mí un gran consuelo que no tengas planes para casarte. ¿No los tienes, verdad? Supongo que no tienes mucha oportunidad de conocer jóvenes… sólo médicos y estudiantes.

—Ellos casi nunca se casan con enfermeras, mamá. No se pueden dar el lujo de mantenerlas.

—Bueno, espero que algún día conozcas un buen hombre —añadió la señora Lang sin sinceridad— y entonces, pobrecita de mí, tendré que cuidarme yo sola.

—No creo que me case nunca —gruñó Hannah—, así que no tienes nada de qué preocuparte. ¿Qué te gustaría cenar?

Entró en la cocina a preparar un soufflé y una ensalada. Pensaba cómo sería estar casada y ser bonita como Corinna Van Eysink, y tener un precioso hijo como Paul, además de un marido fiel y cariñoso, que corría a verla todos los fines de semana, cargado de

regalos.

—Rosas —exclamó Hannah, mirando sin ver las chimeneas por la ventana—, bombones hechos a mano y diamantes…

—¿Qué dices, querida? —preguntó su madre desde la sala.

—La cena está lista, mamá.

Hannah no hizo nada especial en sus días libres. Llevaba cinco años viviendo en Londres y siempre había sido así. Al principio se había empeñado en ir a algún lugar: una galería de arte, un cine, algún concierto… pero, poco a poco, las cosas cambiaron. La señora Lang se empezó a quejar de que el quehacer de la casa era demasiado para ella, aunque Hannah lo hacía casi todo cuando tenía una tarde libre.

Durante algún tiempo, salió con el joven que atendía la farmacia del hospital. Ella no quería llevarlo a su casa, pero al fin se dejó convencer por la insistencia de su madre para conocerle, y tuvo que estar sentada allí, escuchando, mientras su madre destruía, de la forma más amable posible, la amistad que empezaba a nacer entre aquel muchacho y ella.

No es que dijera mentiras. La señora Lang, sin llegar a decirlo, le hizo creer que sufría de algo vago e incurable que necesitaba constante cuidado y atención; dijo que Hannah le había prometido a su padre al morir que viviría con su madre y la cuidaría.

El joven no se dio por vencido de inmediato; invitó a Hannah una vez más y ella aceptó. Cuando se lo mencionó a su madre, ella dijo sin titubear que esa noche había invitado a varias personas a cenar y que esperaba que Hannah cocinara. La señora estalló en lágrimas, murmurando que ya no contaba para nada y que Hannah podía hacer lo que quisiera.

—Era la primera cena que planeaba desde hace meses, tendré que cancelar las invitaciones —se quejó con amargura. La débil Hannah la abrazó y le aseguró que se quedaría a preparar la cena.

El joven de la farmacia no volvió a invitarla nunca más; se sonreían cuando se encontraban en el hospital, pero eso era todo. No había sido en absoluto el romance que Hannah soñaba, pero mientras duró fue muy agradable.

Poco después de eso, las salidas a algún lugar durante sus días libres cesaron. A su madre le gustaba ver la televisión por las noches y tejer o bordar, y en una o dos ocasiones en que Hannah se

animó a ir con amistades del hospital al cine, su madre se ocupó de regañarla con gentileza por dejarla sola.

Ahora se dedicaba a limpiar el apartamento, a hacer las compras de la semana y a lavar la ropa, y, cuando podía, a escaparse a la biblioteca, donde pasaba horas escogiendo libros para leer.

Pocas veces iba de compras, porque cuando pagaba todos los gastos de manutención y le daba a su madre algo para completar su pensión, no le quedaba mucho dinero disponible. A Hannah le encantaba la ropa, pero tenía que buscar con avidez en las rebajas y las tiendas de descuento para encontrar gangas que la mantuvieran a la moda.

Pronto tendría un poco más de dinero. Le iban a ofrecer un puesto mejor como enfermera de turno y pensaba aceptarlo. Eso significaría dejar la unidad de cuna, que le encantaba, pero tenía que buscar mejorar a toda costa. Tal vez más adelante, cuando la señorita Thorne se retirara… Diez años de espera. Parecían siglos; tendría treinta y cuatro años y estaría metida en una rutina de la que no podría escapar. Pero solicitaría el puesto. Era la única solución a sus problemas económicos y, por otra parte, tampoco tenía otros planes para el futuro.

Pronto acabaron los días de descanso, y Hannah volvió al hospital. Entró por la puerta principal, mirando la construcción victoriana con afecto. Era un edificio horrible, de ladrillo y con una masa de torrecillas innecesarias y balcones, ventanas altas que requerían la fuerza de un toro para abrirlas y cerrarlas, además de departamentos de servicio anticuados; pero ella le tenía gran cariño.

Dentro de unos años, San Egbert iba a ser trasladado a los magníficos edificios nuevos de la calle de enfrente que ya estaban a medio terminar. Hannah sentiría dejar atrás los viejos. Llevaban cientos de años de existencia en ese lugar, dominando las angostas calles de la ciudad y las hileras de casas ennegrecidas por el humo, y ya nunca sería igual que antes.

Había decidido volver después de cenar. Pudo haberse quedado en casa una noche más y levantarse temprano para entrar al turno de la mañana, pero siempre tenía que correr demasiado. Abrió las puertas y cruzó el vestíbulo de entrada. Al dar la vuelta por uno de los oscuros pasillos, el viejo Michael, el portero, la llamó.

—Tengo un recado para usted, señorita; la señora Eysink quiere

que vaya a su cuarto cuando llegue. Ha dicho que es muy importante.

—¿Yo? ¿Por qué? ¿He hecho algo malo, Michael?

—A mí no me pregunte, cariño. Parecía muy excitada y dijo que estuviera yo atento por si volvía esta noche. Su esposo está con ella.

—No se me ocurre nada —susurró, frunciendo el entrecejo, pero supongo que más vale que vaya ahora mismo.

Cambió de camino y se dirigió a los ascensores. Se suponía que ella no debía usarlos, pero no había nadie a la vista. Llegó al departamento de prematuros y se asomó con cautela al interior. Allí estaba Luisa, escribiendo: las enfermeras de la noche estarían ya ocupadas arreglando a los pequeños pacientes para la primera parte de la noche, preparando la cena y sirviéndoles los medicamentos y las pastillas para dormir a las madres.

—Ya es tarde. ¿Qué haces todavía aquí? —murmuró Hannah.

—Hola. —Luisa alzó la cabeza—; la señorita Thorne se ha ido hace un momento y me ha dejado un montón de cosas que hacer. Además, hemos tenido una urgencia. Ya casi he terminado. Oye, tu señora Van Eysink quiere verte de inmediato.

—Por eso estoy aquí. ¿Ha pasado algo malo?

—Nada que yo sepa; todo es un misterio; el marido está aquí, y el tío vino esta mañana. A propósito, ¿sabías que es un pediatra famoso?

—Sí. Bueno, me voy. Estoy impaciente por saber qué pasa. Corinna van Eysink estaba sentada en la cama y el marido a su lado, rodeando los hombros de ella. Era un hombre joven, bien parecido y, al ponerse de pie cuando entró Hannah, esbozaba una amplia sonrisa.

—¡Hannah! —exclamó la señora Van Eysink—. Espero que no te importe que te haya llamado durante tu tiempo libre, pero Paul tiene que marcharse esta noche y es muy importante que hablemos juntos contigo.

Hannah fue hasta la cama, echándole un vistazo al niño al pasar.

—¿Cómo está Paul? —inquirió con interés.

—Ha engordado trescientos gramos, pero no quiere a la otra enfermera. Es dulce y eficiente, pero creo que es algo impaciente, y el niño parece darse cuenta. Es un chico inteligente.

Hannah asintió. El minúsculo Paul llegó al mundo antes de

tiempo y había luchado mucho para quedarse en él. Pronto se convertiría en un niño sano y normal.

—Queríamos preguntarte… —comenzó la señora van Eysink dando un empujoncito a su marido, quien continuó:

—Quiero llevarme a Corinna y a Paul a casa al final de la próxima semana y queremos que usted venga con nosotros, Hannah. Hablé con la directora del hospital y con los doctores que han estado a cargo del niño y dicen que sería posible, siempre y cuando usted esté de acuerdo.

—¿Yo? ¿Irme con ustedes a Holanda? —exclamó con la boca abierta—. ¡Me encantaría! Pero ¿cómo?

—Nos harían ese favor por la salud precaria de Paul. Sería durante unas tres semanas o un mes, mientras Corinna recupera las fuerzas para ocuparse ella misma del niño. Respecto a las oportunidades de ocupar un puesto permanente en el hospital, eso seguirá en pie a pesar de todo.

Hannah ni se acordaba de eso.

—Me encantaría ir —dijo, pero la sonrisa se esfumó de su cara al recordar a su madre—. Señor Van Eysink, ¿puedo responderle mañana? Vivo con mi madre y a ella no le gusta estar sola; tendría que buscar alguien que la ayudase en las tareas de la casa y la hiciera compañía.

—Claro, Hannah, pero estoy seguro de que su madre puede arreglárselas una o dos semanas con alguna persona que la ayude. ¿Está enferma o inválida?

—No, no… ella solo…

La señora Van Eysink le dedicó una mirada pensativa.

—Habla con ella, Hannah, y avísanos mañana. Tal vez si ella supiera lo importante que es para que mi pequeño Paul mejore el cuidado que tenga las próximas semanas…, la verdad es que tú le cuidas mejor que nadie. Estoy segura de que estará de acuerdo.

Hannah los miró y decidió no seguir discutiendo. Tendría que inventar algo; estaría libre esa noche y, aunque no planeaba hacerlo, decidió ir a casa a hablar con su madre.

Se quedó unos minutos más y luego se reunió con las demás enfermeras a tomar la inevitable taza de té y les contó las nuevas. Ellas se sorprendieron y se alegraron, aunque una o dos se preguntaron a sí mismas si podría convencer a su madre para que la

dejase marchar. Habían conocido a la señora Lang en alguna ocasión y sabían que era encantadora, bonita y bastante desalmada cuando se trataba de hacer las cosas a su manera.

Hannah volvió a trabajar a la mañana siguiente, preparada para encontrar que los Van Eysink habían cambiado de opinión, pero en el momento que entró en la habitación, ellos la recibieron con visibles muestras de excitación y deseando saber su respuesta.

Alzó al pequeño Paul y se lo entregó a la madre, antes de decir nada. Tendría que explicar un poco más acerca del carácter de su madre, y lo hizo con todo cuidado, para que la paciente no pensara que estaba buscando excusas para no ir con ella a Holanda.

—De modo que como usted ve —terminó—, se trata de encontrar a alguien que se quede con mi madre mientras yo estoy fuera y eso es casi imposible. Ella no tiene amistades y casi nadie de familia, y no le gustaría aceptar a una extraña.

—Tenemos que encontrar una solución, Hannah. Creo que ya sé lo que podemos hacer, pero no quiero decir nada por el momento. Verás a tu madre esta noche, ¿verdad? Entonces no hay que perder la esperanza.

—Tal vez se me ocurra algo —declaró Hannah, más para reconfortarse a sí misma que a la señora.

Bañó al pequeño Paul y le dio de comer mientras Corinna van Eysink hablaba de cosas sin importancia. Hannah, mientras tanto, se esforzaba en pensar en alguien que pudiera ser aceptado por su madre como compañía durante unas cuantas semanas, pero no se le ocurría nadie.

Una vez que arregló a los dos pacientes y lo limpió todo, salió de la habitación, iba a mitad del corredor cuando se cruzó con el tío Valentín. Pasó a su lado con un cortés «Buenos días» y la miró con indiferencia. Hannah pensó que ni siquiera la había reconocido.

Capítulo 2

Hannah estaba equivocada. El tío Valentín saludó a su sobrina con un beso, le echó una ojeada al niño y preguntó:

—¿Qué le has dicho a tu querida Hannah? Iba casi bailando por el corredor.

Se lo contó todo detalladamente hasta que él alzó la mano para detenerla.

—Aclaremos las cosas. ¿Quieres llevártela a Holanda? Magnífica idea. Ella ha estado contigo todo el tiempo, ¿verdad? Parece una joven muy sensata, trabajadora y lo más probable es que no tenga una cola de pretendientes.

—¡Hablas como si fuese una muchacha aburrida! —se quejó Corinna, indignada.

—No se puede decir que sea atractiva, ni muy divertida, la verdad —exclamó riendo.

—Pues yo la prefiero antes a ella que a seis de tus Nerissas, sin gracia, egocéntricas…

—Tal vez debería decirte que me he comprometido con Nerissa —dijo su tío juntando las cejas y dejando de sonreír.

—No es posible. Dime que estás bromeando.

—No, me parece que ya es hora de volver a sentar la cabeza. Ya casi tengo cuarenta años, querida. Nerissa será una gran compañera para mí. Y no me negarás que es muy elegante y agradable.

—¿Eso es lo que buscas? ¿No quieres amar a alguien que también te ame a ti y quiera formar una familia contigo?

—Eso creía antes. Pero, la verdad, Nerissa y yo nos llevamos bien; y creo que ya estoy más allá de la fogosidad amorosa de la

juventud. Te agradeceré que seas cortés con mi futura esposa en todo momento. Corinna se dio la vuelta para sonreírle, pero en los ojos de su tío se reflejaba cierto malestar, de modo que decidió cambiar de conversación:

—¿Crees que podría venir Hannah con nosotros? —dijo con voz llorosa—. Parece ser que la madre de ella pondrá dificultades. Hannah no lo ha dicho abiertamente, pero la enfermera que toma su lugar cuando ella descansa me ha contado que la señora Lang es una mujer muy egoísta; es viuda y toda la vida ha hecho su voluntad. Hannah casi nunca sale a ningún lado, según me ha dicho esa enfermera, porque aunque su madre nunca es desagradable, hace que ella se sienta culpable. Estoy segura de que no tiene suficiente dinero para conseguir una acompañante para la madre, y lo más probable es que la señora no aceptase a una extraña. ¿Qué me aconsejas? —preguntó con los ojos azules llenos de lágrimas.

—¿Estás empeñada en que sea Hannah?

—Ella salvó la vida de Paul cuando todos los demás dijeron que no tenía oportunidad de sobrevivir y me hizo a mí ser valiente. Si algo le sucediera a mi hijo ahora…

—En ese caso tendremos que inventar algo, ¿verdad? Yo me ocuparé de ello, no te preocupes.

Hannah terminó su turno. Trataba de no pensar en sus problemas, y quería llegar pronto a casa, para contárselo a su madre cuanto antes. Sabía que para ella serían malas noticias. Claro que no se negaría rotundamente, ni gritaría ni se enfurecería, pero lloraría un poquito y señalaría que ella vivía una vida solitaria y, como siempre, lograría que se sintiese culpable. La señora Lang conocía el carácter débil de su hija. Hannah cedería a sus deseos.

La señora Van Eysink le hizo prometer a la joven que iría a verla apenas llegara al hospital y declaró, dramáticamente, que no podría dormir hasta saber la decisión de Hannah. Esto también la tenía preocupada. Había tomado afecto a su paciente y le iba a resultar difícil explicar los motivos por los que no podría acompañarles para encargarse del pequeño Paul.

Deseaba resolver ese asunto cuanto antes, pero no quería discutir con su madre. Pronto se encontró en mi calle, a unos cuantos metros del portal y sin tener las ideas demasiado claras.

Al introducir la llave en la cerradura, le sorprendió oír la voz

excitada de su madre que exclamaba:

—¡Por fin llegas, querida, te esperaba con ansia! Ven y cuéntamelo todo.

Hannah entró en la sala y encontró a su madre sentada, con una botella de jerez y dos copas sobre la mesa.

—¿Y eso?… —empezó Hannah, sin entender nada.

—He tenido una visita encantadora —sonrió la señora—. Qué hombre tan simpático… el doctor Van Bertes. Es una figura importante en el mundo de la medicina, supongo. Es el tío de tu paciente, y está muy preocupado por el niño. Parece ser que eres la única enfermera en la que confía para cuidarle y ha venido a rogarme que trate de pasar sin ti durante unas cuantas semanas. El comprende perfectamente que necesito ayuda y es consciente del sacrificio que tengo que hacer si permito que te marches con ellos. Me ha rogado que acepte los servicios de una excelente mujer que él conoce y que vendría todas las mañanas a ocuparse del quehacer de la casa, hacer las compras y algo de comer. Claro, no he podido negarme, después de su amable ofrecimiento. Al parecer, para ellos es muy importante que seas tú quien cuide al niño. No entiendo por qué no me lo has dicho antes, Hannah.

—No lo sabía, mamá. Por eso vengo a casa esta noche, para decírtelo. ¿Estás de acuerdo, entonces, con el doctor Van Bertes?

—Eso es lo que te estoy diciendo, pero parece que no me escuchas —dijo con voz ruda la señora—. Ya que estás aquí, podías prepararme algo de comer, pero antes toma una copa de este excelente jerez. El doctor Van Bertes me envió seis botellas con una nota de agradecimiento.

Hannah necesitaba tomar algo. Sorbió el vino mientras pensaba en el tío Valentín; era un hombre decidido y muy seguro de sí mismo. Había actuado sin contar con ella, ni siquiera la había preguntado si quería ir. Claro que ella ya había dicho que le gustaría, y la señora Van Eysink seguramente le habría hablado de todo ello a su tío. Probablemente él había pensado que era incapaz de resolver sus propios asuntos, lo cual, a decir verdad, era cierto.

Bebió el jerez y luego preparó una deliciosa cena para su madre, mientras la señora no dejaba de hablar de la magnífica impresión que le había causado el tío Valentín.

Cuando salió de su casa aún era bastante temprano y Hannah no

había cenado todavía. No le gustaba ir a los pequeños cafés que había cerca del hospital, de modo que decidió cenar lo que les sirvieran a los pacientes cuando fuera a ver a la señora Van Eysink. Cogió el autobús y se dirigió al hospital.

Apenas llegó, la encargada de la oficina le dijo:

—Hola. La señora Van Eysink te espera, dice que no se dormirá hasta que vayas. Tienes mucha suerte, Hannah; eso de ir a Holanda no pasa todos los días. Supongo que tendrán muchísimo dinero y podrás vivir como una princesa. ¿Por qué no me sucederán a mí esas cosas?

—Tú no las necesitas —observó Hannah—. Dentro de seis meses te vas a casar y podrás llevar tu propia casa y empezar tu propia fortuna.

—¿Con el salario de un médico de hospital? ¡Bromeas! ¿Me permites que te acompañe a ver a tu paciente? El niño ya ha cenado y la señora sólo te espera para poderse dormir.

No sólo la señora Van Eysink la esperaba, sino también el tío Valentín, elegantemente vestido. Hannah, al verle, titubeó un momento antes de entrar.

—Volveré más tarde —dijo, y se disponía a salir cuando notó que alguien la cogía del brazo y la metía en la habitación.

—La estamos esperando —observó el doctor—. Corinna dice que no puede dormir, de modo que más vale que le anuncie que acepta ir a Holanda con ella.

—Sí, sí voy —sonrió Hannah, pero no estaba preparada para el repentino torrente de lágrimas de la señora Van Eysink—. Por Dios, ¿es que ha cambiado de opinión? —preguntó.

—Son lágrimas de alegría —aclaró el tío Valentín—. Ha estado muy nerviosa.

—Bueno, pues todo está arreglado. Gracias, doctor Van Bertes, por convencer a mi madre. Ha sido usted muy amable.

—Usted diría presuntuoso, supongo, pero nuestra principal preocupación debe ser el pequeño Paul. Espero que su madre esté satisfecha con los arreglos que le he ofrecido.

—Sí, mucho; y además le encantó el jerez.

—Me alegro, y supongo que Corinna, una vez que termine de llorar, le dirá que está muy contenta de que se haya resuelto tan bien este asunto.

—Querido tío, ¿qué haría yo sin ti? ¡Qué contento se va a poner Paul cuando se lo diga!

—Bueno, me marcho. Es hora de dormir, y yo en realidad no debería estar aquí.

—Ni yo tampoco —dijo el doctor, dándole un beso a su sobrina y echándole una mirada al niño dormido para unirse a Hannah en la puerta.

—La veré mañana, señora Van Eysink. Buenas noches, doctor Van Bertes.

Él no respondió por la simple razón de que la siguió por el corredor; ella estaba furiosa preguntándose cómo podría escurrirse a la cocina para ver si había una rebanada de pan con mantequilla. Todavía maquinaba dos o tres planes no muy factibles, cuando él se detuvo frente a la cocina.

—¿Ya ha cenado? —le preguntó.

—¿Cenar? Aún no, pero voy a hacerlo ahora mismo.

—Bien, iré con usted, me muero de hambre.

¿Cómo podía decirle que tendría que escurrirse dentro de la cocina y robar un pedazo de pan, y que si la enfermera de noche ya había hecho su ronda, tal vez le sería posible preparar un poco de té?

—Bueno… —empezó ella.

—Lo que debí decir —observó su acompañante— es que si quiere acompañarme a cenar —al verla titubear, él agregó—: Puedo darle algunos consejos que le serían muy útiles ya que, por fin, va usted a acompañar a mi sobrina.

Hannah se quedó sin habla durante un momento, pero el hambre dominó todos los demás pensamientos.

—Me encantaría —aceptó con tranquilidad.

—Bueno, no estamos demasiado lejos del Barón Rojo. ¿Tiene tiempo suficiente?

—Estoy libre hasta medianoche, pero no me gustaría quedarme fuera hasta tan tarde.

—De acuerdo. Supongo que mañana le toca estar de turno. Salieron del hospital y en la calle tomaron un taxi. Ella se acomodó muy rígida en un rincón del asiento, sin darse cuenta de que, en la oscuridad, él sonreía divertido. Cuando llegaron al restaurante, entre las luces y las mesas llenas de gente, Hannah se sintió más

tranquila.

—Espero que tenga hambre —comentó él—. A mí hasta me duele el estómago.

—A mí también —respondió Hannah intentando sonreír y deseando que no la mirara con esa expresión burlona que la hacía sentirse incómoda. Como si leyera sus pensamientos, la burla desapareció y fue reemplazada por una sonrisa amable.

—¿Qué le gustaría beber mientras decidimos la comida?

Aceptó un jerez porque no estaba segura de qué otra cosa querría pedir y se dedicó a tratar de escoger algo delicioso para cenar. Iba tan pocas veces a los restaurantes que no le fue fácil, y cuando su compañero sugirió corazones de alcachofa a la vinagreta para comenzar, seguidos de *tournedos Rossini* con guisantes y patatas al horno, ella accedió con alegría y alivio. Acerca del vino no le consultó nada; bebió lo que le sirvieron en la copa y le gustó mucho, de modo que esperó hasta tomar varios sorbos para preguntar qué era.

—Un clarete —le explicó él— muy inofensivo y va muy bien con el filete. Me da la impresión de que usted no sale muy a menudo.

El jerez le había dado un cariz diferente a las cosas, y el clarete parecía mejorarlas a cada instante.

—No, casi nunca. Cuando vivía mi padre invitábamos a gente a casa y salíamos a cenar a las casas de ellos, pero nunca a restaurantes.

—Ah, sí, su padre era maestro rural, según me ha dicho su madre; deben haber tenido una vida placentera.

—¡Eso sí! —exclamó Hannah, y se detuvo a tiempo para no dejar salir el torrente de recuerdos agradables. Éste sólo pensamiento la hizo ruborizarse.

El doctor la miró por encima de la copa que bebía y se preguntó qué había hecho para encender ese rostro. Hacía años que no conocía a nadie tan tímido como ella. Había debido estar loco al pedirle que lo acompañara a cenar. Si hubiera sido Nerissa, con su alegría y su amena conversación, ahora él lo estaría pasando bien.

Frunció el entrecejo con una expresión de aburrimiento. Hannah decidió mostrarse más animada e inició una conversación que ella pensaba que sería interesante. Él escuchó con cortesía, respondiendo cuando era necesario, y notó que ella no estaba

acostumbrada a beber media botella de clarete, lo cual le había soltado la lengua sin remedio.

Hannah, sin saber lo que pensaba su acompañante, hablaba con alegría, encontrando un poco de dificultad con las palabras de vez en cuando. Sólo cuando hubo tomado dos tazas de café negro y estuvieron en el taxi que les llevaba de regreso al hospital, recuperó su habitual sentido común.

Disminuyó el flujo de la conversación tan repentinamente que Valentín se volvió para mirarla, pero lo que iba a decir no salió de sus labios, ya que estaban frente al hospital y ella abrió la puerta del taxi. El le dijo al chófer que esperara y la acompañó a la puerta.

—Gracias por la cena —dijo Hannah y tragó saliva—. Le pido perdón por hablar tanto; debe haberse aburrido mucho. He tomado una copa de jerez con mi madre, otra con usted y luego todo ese vino; y no estoy demasiado acostumbrada a eso —para convencerlo agregó—: Generalmente soy una persona muy sobria. Espero que no tenga una mala opinión de mí, que crea que no soy lo bastante cuidadosa para ocuparme del pequeño Paul.

—Hannah, yo creo que eres la persona perfecta para cuidar de mi ahijado —dijo él, que ahora había empezado a tutearla—. Te lo confiaría con toda tranquilidad.

—Está bien —suspiró—. No me gustaría que pensara que no soy digna de confianza.

—Querida mía, sabes bien que Corinna tiene una fe absoluta en ti y te estima mucho. Yo la quiero mucho a ella y a su marido y haría lo imposible para verles felices; la opinión que ellos tengan de ti es mucho más importante que la mía.

Ese comentario no le gustó tanto a Hannah; aunque no estaba segura del porqué, sintió que dejaba entrever con suavidad que no le simpatizaba demasiado, o al menos que no tenía una opinión muy favorable de ella. Le deseó las buenas noches y entró por las puertas giratorias, con toda la diversión de la noche echada a perder.

Unas cuantas horas de sueño tranquilo dispersaron las dudas que tenía y empezó su turno con alegría pensando en su futuro viaje.

Hacia el mediodía, Valentín le hizo una visita a su sobrina, para despedirse de ella. Era hora de que el pequeño tomase su biberón y Hannah se disponía a entrar en la habitación para dárselo, cuando

oyó voces dentro. Se detuvo ante la puerta.

Por esa vez, tanto la paciente como el visitante hablaron en inglés, y la voz de Valentín, aunque no era fuerte, se oía con absoluta claridad.

—Claro que tengo que irme, querida. ¿Olvidas que, como todas las personas, tengo mi trabajo? Veré a Paul esta noche, y él hará los preparativos necesarios para que tú no tengas que preocuparte de nada.

La sobrina murmuró algo y Hannah, pensando que era un buen momento para interrumpir, extendió la mano hacia el picaporte de la puerta. Sin embargo, antes de abrirla, pudo escuchar claramente las siguientes palabras del visitante:

—No tienes nada que agradecerme; debo admitir que he pasado noches más divertidas, pero por amor de Dios, no permitas que tome vino. Me duele la cabeza de tanto oírla hablar.

Hannah sintió que le ardía la cara. Dio media vuelta y volvió a la cocina, ahora muy pálida. Estaba allí, con la espalda contra la puerta, cuando oyó los pasos apresurados del doctor.

—¡Bestia! —dijo Hannah furiosa—. ¡Vaya tipo horrible! Espero no volverle a ver en mi vida, y si le veo, le haré pedazos.

Volvió a salir con la bandeja, lanzando destellos de ira con la mirada, de tal modo que cuando la señora Van Eysink la vio le dijo:

—¡Hannah, parece que has estado en una batalla! Tienes la cara roja. Hannah disimuló como pudo y comentó alegremente:

—La cocina está caliente como un horno; creo que hoy es el día más caluroso del verano.

La señora Van Eysink la observó mientras cambiaba al niño y le daba de comer.

—Tenemos mucho de qué hablar —comentó—. ¿Quieres usar uniforme, Hannah?

—Me parece que sí, si a usted no le importa. Paul vomita a menudo, como usted sabe. Si usara un vestido corriente podría ensuciarse sin que me diera cuenta y el niño, tan débil como está, puede coger alguna infección.

—Sólo te he visto una vez, anoche, sin el uniforme. Me gustó mucho ese vestido de color rosa que llevabas.

—Es un vestido corriente. El cinturón es un regalo que me hicieron por Navidad.

—Ha venido el tío Valentín a despedirse; me ha dicho que te salude de su parte.

Muy bonita la frase, pero era mentira.

—Muchas gracias. Su tío fue muy amable anoche invitándome a cenar —dijo y luego esperó la siguiente mentira.

—Sí, me ha dicho que se divirtió mucho —la señora dejó escapar un suspiro de alivio al dar eso por terminado y continuó—: Está deseando irse a casa. Se ha comprometido en matrimonio con una muchacha que a mí no me simpatiza. Se llama Nerissa, que me parece un nombre tonto. Es alta, esbelta y viste de maravilla; no le gustan los niños ni animal alguno y no se me ocurre un solo motivo para que mi tío se quiera casar con ella, ya que no le permitirá conservar sus perros, y estoy segura de que nunca consentirá en tener un hijo.

—Tal vez al doctor no le importe.

—¡Cómo no le va a importar! Ya te he dicho que es pediatra, Hannah. Le encantan todos los niños, aunque sean agotadores.

Miró a su hijito con ternura.

—¿Crees que Paul habrá alcanzado ya el tamaño normal cuando yo tenga otro hijo? —preguntó.

—Claro que sí. Dentro de seis meses deberá tener el tamaño de cualquier niño de su edad. ¿Está lista para tenerle en brazos y acariciarle un rato?

Formaban un cuadro enternecedor, pensó Hannah: el niño parecía un muñeco y la madre, con su camisón de encaje de seda, era una de las criaturas más bellas que había visto.

—¿Cuánto tiempo piensa que requerirá mis servicios?

—Un mes aproximadamente —respondió la señora acariciando la cabecita calva con amor—. No es mucho tiempo, Hannah. No creo que te sientas incómoda viviendo con nosotros. Tendrás mucho que hacer, pero te prometo que dispondrás de tiempo libre para ti misma. Vivimos cerca de Hilversum, en el campo, y puedes cabalgar por el bosque, ir de compras a las tiendas de la localidad, a Amsterdam o a Utrecht. Tenemos un coche para prestarte y también bicicletas.

—¡Es maravilloso! —comentó Hannah—. Me encanta el campo y sé montar. Además no tiene que preocuparse porque me sienta aburrida ni nada por el estilo, porque yo no sé lo que es eso. De

todas maneras, se supone que voy a cuidar de Paul.

—Me siento más tranquila, desde que aceptaste venir. Espero que te sientas cómoda. Ya verás, conocerás a mucha gente agradable. Tenemos muchos amigos.

Hannah pensó que tendría que comprarse un vestido nuevo para ponerse por las noches. No sabía si vestirían formalmente, o si uno o dos vestidos cortos sería mejor. Claro que, también necesitaba uno largo. En ese momento decidió comprar uno y uno; eso significaba gastar casi todo el dinero que tenía ahorrado en el banco, ya que no le sobraba gran cosa cada mes después de contribuir a los gastos de la casa y comprar las cosas insulsas como medias, pasta de dientes y jabón.

—¿Tienen muchas fiestas? —inquirió.

—Bastantes —exclamó Corinna Van Eysink con los ojos brillantes—. Te diré…

—Me encantaría escucharla. Meteré a Paul en la cuna, pues ya es hora de que usted haga sus ejercicios; me lo contará todo mientras los hace.

La rutina de la vida de Hannah cambió durante los diez días siguientes. Tenía que sacarse el pasaporte, entrevistarse con el pediatra y recibir ciertas instrucciones para el trabajo, escoger los mejores uniformes que tenía, hacer las maletas y, desde luego, comprar ropa nueva. Su guardarropa era bastante limitado.

Hannah compró una falda de algodón, un par de pantalones y varias blusitas que podían combinarse con ambos; no tuvo dificultad en escoger estas prendas, pero tardó algo más en decidirse por el vestido de noche. Tenía que ser algo que pudiera usar durante varios años; sencillo pero elegante.

Encontró lo que quería en una pequeña *boutique*; un vestido de punto de color rosa y marrón, con cuello ancho, y un bonito cinturón, además de falda ancha y vaporosa, que no resultaba demasiado abultada. No costaba tanto como ella pensó, lo cual la dejó en libertad para escoger entre un vestido de gasa color pastel o uno de algodón verde claro, ambos tan adecuados para lo que necesitaba que terminó comprando los dos.

Pasaba lo más posible del tiempo que tenía libre con su madre. A decir verdad, la señora Lang había aceptado muy bien la idea de quedarse sola todo ese tiempo, y Hannah estaba verdaderamente

sorprendida por ello. Desde luego, la acompañante que envió el doctor Van Bertes era todo lo que uno podía desear, una mujer agradable y sensata.

Hannah fue a visitarla y le causó muy buena impresión, pero la molestó el hecho de que fueran los Van Eysink quienes pagasen el sueldo de la que iba a ser acompañante de su madre.

Ya en su casa, Hannah comentó este asunto con la señora Lang.

—Le están pagando al hospital por permitirme que me vaya y me pagan lo mismo de siempre, de modo que no puedo aceptar que gasten más, mamá. Creo que nosotras podemos pagarlo durante unas cuantas semanas.

—Tú sabes que dependo de ti para pagar las cuentas, Hannah, y yo necesito mi pensión íntegra este mes. Necesito comprar algo de ropa, ya que no tengo nada que ponerme.

Hannah no quiso recordarle que el mes anterior se había comprado dos vestidos muy caros, lo suficiente para absorber toda su pensión. La señora Lang continuó hablando:

—No entiendo cómo puedes ser tan egoísta, Hannah. Tú sí te has comprado ropa.

A eso no podía alegar nada, aunque, descontando la pasta dentífrica y el jabón, no había comprado nada para ella misma desde Navidad. Hannah tuvo que acceder sin otra palabra. Pensó que ella ahorraría el dinero y se lo pagaría a la señora Van Eysink cuando volviera a Inglaterra. Decidió no pensar más en ese asunto.

La única persona por la que Hannah debía preocuparse era el pequeño Paul. Él era lo más importante y la causa de su viaje. Cada día engordaba unos gramos y ya pesaba más de dos kilos y medio en la báscula; la hora de pesarlo siempre era el momento culminante del día.

No era sólo al niño a quien Hannah tenía que atender. La madre, al fin tuvo que enfrentarse a que le quitaran el soporte de la cadera, lo cual la convirtió en un manojo de nervios que requirió toda la paciencia de la que pudo armarse Hannah para poder salir adelante. Fue un gran alivio cuando todo terminó y pudieron comprobar con sorpresa que la señora Van Eysink estaba bastante recuperada. Siempre y cuando hiciera todo lo que había dicho el médico, le aseguró Hannah, estaría como nueva en muy poco tiempo.

—Mi querida Hannah, tú eres muy fuerte —dijo llorosa Corinna

Van Eysink—. No podría haber soportado todo esto sin tu ayuda. Es muy triste que ni Paul ni mi tío puedan estar conmigo en estos momentos de crisis. Ellos nunca permitieron que yo sufriera.

—Después de todo no ha sido tan terrible ¿verdad? —preguntó Hannah con animación—. Olvide todo lo que ha pasado y piense sólo en la alegría de regresar, por fin, a su casa.

El viaje fue una especie de procesión real. A la señora Van Eysink la acomodaron en una ambulancia privada traída desde Holanda. El señor Van Eysink y Hannah iban en coche, detrás de la ambulancia. Hannah iba sentada en el asiento trasero del automóvil, con el niño en brazos.

Recordaba emocionada la despedida de sus compañeros de trabajo. Todos saludaban desde las ventanas del hospital con tanta vehemencia como si no fueran a volver a verla jamás.

El viaje fue perfecto, y todo transcurrió normalmente. Pronto llegaron a Dover y subieron al transbordador, que los conduciría al continente. El señor Van Eysink, dejándola bien acomodada con el pequeño Paul, se unió a su esposa en la ambulancia.

El niño se portó de maravilla. De vez en cuando se despertaba, gritando para exigir atención, y, aunque luego volvía a dormirse, mantuvo a Hannah lo suficientemente ocupada para no poder admirar a su gusto todo lo que recorrían. Al bajar del transbordador, viajaron durante largo rato hasta que al fin llegaron a la frontera de Holanda.

—Allí adelante se ve Utrecht. Rodearemos la ciudad y tomaremos la carretera que conduce a Hilversum —comentó el señor Van Eysink—. ¿Qué tal va Paul?

—Perfectamente. Está dormido, como debe ser. Si no falta mucho para llegar, le daré su próximo alimento en la casa. Pobrecito, se ha portado de maravilla.

—Gracias a ti, Hannah. Espero que no se altere mucho al llegar.

—¿Por qué? Le llevaremos en seguida a su cunita.

—No creo que podamos. Verás, hay un comité de recepción increíble para los dos. Cuando Corinna tuvo el accidente, todos estaban seguros de que no se recuperaría, que se quedaría inválida y que, sin duda, perdería al niño. Comprenderás que ahora quieran expresar su alegría.

—Claro, pero yo creo que la señora estará demasiado cansada.

—No creo —rió el señor—. Ha estado descansando durante horas y debe estar hirviendo de excitación. De todas formas, cuando lleguemos, quiero que te quedes en el coche con Paul hasta que la metamos a ella y la acomodemos en una silla.

—Buena idea —accedió Hannah.

El coche salió de la carretera y tomó un sendero lateral bordeado de árboles. Se podía ver agua de vez en cuando, cuando los árboles se separaban un poco para dejar ver las praderas; luego se apiñaban de nuevo a los lados del camino.

Por fin apareció la casa y Hannah la examinó con interés. Era una enorme villa, con techo de tejas, las ventanas cubiertas con postigos y balcones brotando frente a cada una de ellas. Estilo Victoriano, pensó ella. Pero, parecía cómoda, con su pintura primitiva, las ventanas brillando por el sol del atardecer y los jardines embellecidos con flores de colores. No era exactamente de su gusto, pero estaba tan feliz que todo le parecía fantástico.

—¡Qué casa más maravillosa para Paul! —exclamó bajo la mirada encantada del señor Van Eysink que en ese momento estacionó el coche junto a la ambulancia.

—Eso pensamos nosotros —le dijo—. No es bonita ni histórica, pero el interior es muy agradable. Quédate aquí, por favor.

Caminó hasta la ambulancia y Hannah miró con atención cómo se abría la portezuela y llevaban a la señora Van Eysink dentro de la casa. Pudo oír voces excitadas en el interior mientras se mantenía quieta, con el niño dormido sobre su regazo, esperando que alguien viniera a decirle que entrara. Había mucho ruido, así que debía haber mucha gente allí dentro.

Deseó que Paul no fuera a despertar, pero era casi seguro que lo haría. Tal vez le permitirían llevarle a un lugar tranquilo una vez que todos le hubieran echado un vistazo. Sonrió al mirar la pequeña carita y, al mismo tiempo, notó que alguien se acercaba al vehículo.

El tío Valentín.

—Ya debí haber imaginado que estaría aquí —murmuró Hannah, consciente del disgusto que se apoderaba de ella al verle de nuevo y a la vez de una agradable sensación de excitación.

Capítulo 3

No podía negarse que el tío Valentín era muy bien parecido. Esto era algo que Hannah tenía que admitir. Además de ser un hombre decidido y seguro de sí mismo. Un hombre, pensó Hannah, que siempre sabía lo que hacía y por qué.

El saludo que le dirigió fue indiferente, pero cortés, de modo que ella respondió con frialdad:

—Buenas noches, doctor Van Bertes.

—Yo sostendré a Paul mientras te apeas —dijo al abrir la puerta —. No te preocupes por todo eso, alguien vendrá a recogerlo más tarde y lo llevará al cuarto del niño.

Hizo lo que le había indicado, sin hablar, y luego volvió a coger a Paul en brazos. El niño se movió un poco y ella comentó con ansiedad:

—No creo que pueda seguir durmiendo con tanto ruido.

—No lo creo. Hay un escándalo de locura ahí dentro.

La precedió hasta la casa, a través de un vestíbulo cuadrado que llegaba a un gran salón lleno de gente. Parecía la escena final de una opereta, pensó Hannah; la señora Van Eysink parecía estar en un trono, con su marido a un lado y una señora bastante gruesa al otro. Debía ser la abuelita, decidió Hannah, y dejó que su mirada recorriera el salón para ver a las demás personas. Seguramente serían familiares.

Las mujeres iban vestidas y peinadas a la última moda, y los hombres tenían todos ellos apariencia de prósperos hombres de negocios. También había en el salón algunos que Hannah supuso que serían sirvientes de la familia; una mujer delgada, vestida de

negro, con un delantal floreado, varias muchachas jóvenes de uniforme y un hombre joven y otro viejo que parecían albañiles.

Todo el mundo volvió la vista al entrar ella, pero no para mirarla, ni tampoco al doctor; todos los ojos estaban puestos en el niño. Hannah se abrió paso entre la gente hasta llegar a donde estaba sentada la señora Van Eysink, y colocó al pequeño en brazos de su madre. Luego retrocedió con rapidez hacia afuera del círculo de la multitud. Había una silla contra la pared, y Hannah se sentó tímidamente.

El pequeño y su madre formaban un cuadro encantador. La señora estaba vestida de azul pálido y llevaba puesta una preciosa bata adornada con encaje blanco. Parecía, con Paul en sus brazos, uno de esos anuncios de maternidad que aparecían en las revistas elegantes. Sin lugar a duda estaba feliz de encontrarse de nuevo en su casa.

Hannah suspiró involuntariamente al sentarse. Inmediatamente, una de las mujeres de uniforme le ofreció una copa de champán de una bandeja. «Justo lo que necesito», pensó Hannah; había sido un día muy largo.

Alguien pronunciaba un discurso y todo el mundo alzó su copa. Hannah hizo lo mismo y luego volvió a bajarla. El tío Valentín, de pie en el otro extremo de la habitación, sacando la cabeza sobre los demás, gozando de su estatura, la miraba con atención. Esperaba sin duda que metiera la pata o que dijera algo inconveniente. Si charlaba como una cotorra después de unas cuantas copas de vino, ¿de qué sería capaz después de beber champán? Le lanzó una mirada arrogante y se dio la vuelta.

—¿No brindas, Hannah? —le susurró de repente al oído.

—Creo que ésa es una pregunta innecesaria de su parte, doctor Van Bertes. Si con el vino no podía yo dejar de hablar, el riesgo de lo que soy capaz de hacer después de una copa de champán es demasiado grande para correrlo.

—De modo que escuchaste furtivamente lo que le dije a mi sobrina.

—No, no fue así. Usted tiene una voz potente y la puerta estaba abierta.

—Entonces debo pedirte perdón —sólo que no parecía decirlo en serio, y no sugirió tampoco que bebiera champán. Hannah decidió

tomar una taza de té.

La fiesta parecía estar a punto de terminar y un gemido de Paul hizo que Hannah se apresurara sin ninguna ceremonia entre los invitados. Cuando llegó cerca de la señora Van Eysink, ésta insistió en presentarla a varias personas que estaban a su alrededor. Hannah sonrió y dijo algo nerviosa:

—Debe estar mojado y tener hambre. ¿Podría ir a algún lugar tranquilo con él? Supongo que se dormirá cuando le cambie y le dé el biberón. Luego le traeré de nuevo.

—¡Claro que sí, Hannah! Me he olvidado de tantas cosas… quería contarles a todos los que están aquí lo maravillosa que eres, pero no ha habido tiempo y ahora estoy un poco cansada.

—Entonces, más vale que se vaya directamente a la cama —se volvió para dirigirse al señor Van Eysink y le dijo—: Siento molestarlo, pero su esposa debe ir a descansar. Está agotada y creo que debería dormir un rato antes de cenar. ¿Lo entenderán sus amigos? Quiero decir que si vinieron especialmente para verla a ella y al niño, quizá se decepcionen si se marchan tan pronto.

—Claro que comprenderán. En este momento se irá, y, si quieres, puedes llevarte a Paul a su cuarto.

El pequeño gritaba agitando sus piernecitas y las explicaciones casi no fueron necesarias.

Hannah se dirigió a la planta alta, siguiendo a la mujer que llevaba el vestido negro con el delantal de colores, y dedicó una sonrisa amistosa a todos los rostros que la rodeaban, menos al tío Valentín que estaba al pie de la escalera, hablando con la señora gorda, que parecía estar molesta por algo.

El cuarto del niño estaba en la parte trasera de la casa, en el primer piso. Hannah se detuvo un momento para asegurarle a Corinna Van Eysink que iría a verla cuando atendiera a Paul, y luego siguió a su guía por un pasillo que conducía a una habitación amplia y bien ventilada que contenía todo lo que pudiera necesitar una criatura. A un lado se encontraban un dormitorio, un baño y una pequeña cocina, pero no se detuvo a examinarlos.

Hannah cambió al niño, le acostó en la cuna y le dio gracias al cielo porque todavía tenía un biberón tibio en el termo. Estaba sentada en la cómoda silla junto a la ventana, con el niño en su regazo, mamando con avidez, cuando alguien llamó a la puerta y el

tío Valentín entró.

—Corinna me ha pedido que venga a ver si necesitas algo. ¿Está bien Paul?

—Muy bien. Está comiendo. Una vez que termine le acostaré a dormir y más tarde se lo llevaré un rato a su mamá.

—Sí, me ha dicho que espera que no estés demasiado cansada para cenar abajo. Ella ha decidido quedarse en la cama y le van a subir un bocadillo. La cena es a las ocho. Para entonces Paul ya se habrá quedado dormido —el doctor fue hasta la ventana y miró hacia fuera—. Cuando termines aquí, haré que alguien te suba una bandeja con una taza de té. Alguna de las sirvientas ya debe haber deshecho tus maletas. No tienes que preocuparte de cambiarte esta noche, no habrá visitas. Convencí a la madre de Corinna de que se fuera a su casa.

—Ah, la señora con la… —dijo Hannah, pero se detuvo justo a tiempo.

—Así es —asintió el tío Valentín—. Ella es un poco enérgica, pero tiene buen corazón.

El niño se había terminado el biberón y reposaba contento, con el pequeño estómago lleno. Hannah lo abrazó con ternura y le dijo en tono cariñoso:

—Te portaste muy bien, cariño —luego le colocó con cuidado en la cuna. De repente, se sintió desamparada, cansada e insegura.

El tío Valentín iba hacia la puerta y ella le comentó:

—Gracias por decir que me suban el té, es usted muy amable…

—¡Los ingleses y su té! —exclamó con despreocupación—. A mí no me lo agradezcas, Corinna me ha pedido que lo hiciera, y lo he hecho.

Cuando el señor Van Bertes salió, Hannah se ocupó de poner en orden las cosas y entró en la cocinita para preparar más biberones. Alguien lo había organizado todo muy bien; todo lo necesario se encontraba a mano. Apenas terminó, llegó el té; iba servido en un fino servicio de porcelana colocado sobre una bandeja de plata. Se quitó los zapatos y la cofia y se sentó a descansar disfrutando del único momento de tranquilidad que tenía, después de un día tan agitado.

Media hora más tarde, Hannah estaba dispuesta a continuar su trabajo. Se arregló la cara y el pelo, se puso la cofia y los zapatos y

se dirigió al cuarto de la señora Van Eysink.

La señora, ya descansada, consintió en tomar un baño, con ayuda de Hannah, y luego volvió a acostarse en la cama, acomodándose en medio de cojines, vestida con un precioso camisón.

—Pensé que le gustaría ver a Paul un ratito. Si usted quiere, le traeré después de la cena; a él no le toca volver a comer hasta las nueve.

—Deja que yo le dé de comer, Hannah, y mientras tú podrás tomar un baño. Estoy muy cansada, pero creo que tú debes estarlo aún más.

—Un poco —asintió Hannah—. Ha sido un viaje muy bueno. Paul se ha portado de maravilla y creo que dormirá como un lirón esta noche.

No dijo que a media noche el niño se despertaría para tomar el biberón y luego otra vez a las tres de la madrugada. Posiblemente la señora Van Eysink ni siquiera había pensado en ello. Ya no estaba en el hospital donde había personal de día y de noche.

Ahora Hannah tendría que trabajar las veinticuatro horas del día. Afortunadamente estaba acostumbrada a dormir a horas extrañas y, a pesar de ser pequeña de tamaño, era muy resistente. Pasados unos cuantos días llegaría a algún tipo de horario y podría descansar de acuerdo con él.

Mientras limpiaba el baño se preguntaba si el tío Valentín ya se habría ido; ¿iría a cenar ella sola con el señor Van Eysink? En realidad, no le importaba cenar sola o acompañada.

El gong anunciando la cena sonó poco después de que ella volviese al cuarto de Paul, pero no estaba segura si debía dejarlo solo, aunque dormía como un angelito. La misma chica sonriente que le había llevado la bandeja con el té llamó a la puerta.

—Yo me quedaré aquí —dijo y asintió tranquilizándola.

—Sí, no me parece bien dejarlo solo —comentó Hannah—. Volveré tan pronto como pueda —la chica no parecía comprender ni una palabra, pero volvió a asentir y Hannah, con una última mirada hacia el dormido niño, bajó por las escaleras.

Había varias puertas que salían del salón y al llegar al último escalón, el señor Van Eysink asomó la cabeza por una de ellas.

—Por aquí, Hannah.

Era una habitación agradable, amueblada con gusto y muy bien iluminada. Una puerta ventana se abría hacia la terraza que daba al fondo, y una bandeja con bebidas estaba colocada sobre una mesita, junto a la pared. El tío Valentín todavía estaba allí de espaldas a ella, inclinado sobre las botellas.

—Hola, Hannah, ¿está dormido Paul?

—Sí, claro, doctor Van Bertes. No estaría yo aquí, si no fuera así.

—¿Qué quieres beber, Hannah? —preguntó el señor Van Eysink con una mirada divertida.

—Agua o una limonada, por favor.

—Estás bromeando, Hannah —observó su anfitrión.

—No, no lo estoy —le dedicó una sonrisa tan amable que él se la devolvió y dejó que el tío Valentín sirviera la limonada al tiempo que la invitaba a sentarse.

Hannah se sentó, aceptó el vaso que le ofrecieron y tomó parte en la conversación informal que siguió a continuación.

Durante la cena, servida unos minutos después, siguió tratando de mantener la conversación, pero se encontraba bastante molesta; respondía a todas las preguntas que le hacían y asentía con cortesía a las opiniones de sus acompañantes; de hecho, hablaba muy poco.

Acabada la cena decidió marcharse, con la excusa de que la señora Van Eysink podía necesitarla, pero el esposo de ésta se puso de pie, en el momento que trajeron el café, declarando que él iba a tomarlo con su mujer y Hannah podía hacer algo de tiempo antes de subir. Eso la dejó con el tío Valentín, que estaba sentado frente a ella con cara de aburrimiento.

Hannah sirvió el café y dijo en un impulso de valentía:

—Está muy distraído, doctor Van Bertes, supongo que estará pensando en su prometida. ¿No quiere hablarme de ella?

—¿Por qué te interesa?

—Bueno, creí que a usted le gustaría contarme algo de ella. El la miró con un gesto arrogante.

—Mi querida amiga, no puedo imaginar qué interés podrías tener en mi vida privada.

Hannah se ruborizó y se sintió profundamente avergonzada. Merecía ese desaire; tenía que estar loca al atreverse a hablarle de esa forma. Se tomó el café y dijo en voz baja que era hora de volver con el niño.

Ya en su cuarto, y mientras preparaba el biberón del pequeño, pensaba en el doctor Van Bertes. Estaba segura de que el famoso pediatra no sentía simpatía por ella.

Una hora más tarde, con el niño en brazos, se dirigió a la habitación de la madre, a quien advirtió que sólo le dejaría allí unos treinta minutos.

Era agradable tener un momento de respiro. Escribió a su madre, miró en todos los estantes y cajones para saber dónde estaban las cosas y preparar su ropa para la noche. En media hora lo tuvo todo listo.

Encontró a la señora muy cansada, y deseando entregarle al niño, para ponerse a dormir.

—Trate de dormir tranquila —le dijo en tono maternal—. Vendré a verla a eso de las ocho de la mañana. A esa hora Paul estará dormido hasta que toque darle el biberón de las nueve, y podré ayudarla a usted a vestirse y a bajar las escaleras. ¿Habrá alguien que nos ayude?

Le aseguró que tendría toda la ayuda necesaria.

Aunque el personal siempre estaba dispuesto a colaborar, a Hannah los días se le hacían eternos, sobre todo porque tenía que despertarse dos veces cada noche, para dar el biberón al niño, y esto hacía que no pudiese dormir bien. Se animaba pensando que esa situación no duraría mucho. Dentro de muy poco el pequeño Paul empezaría a dormir toda la noche y una vez que la señora Van Eysink perdiera el miedo de que sus huesos se iban a romper si se atrevía a volver la cabeza, podría, poco a poco, ocuparse ella misma de su hijo.

Por el momento, Hannah estaba embarcada en una acelerada rutina, sin mucho tiempo para sí misma, pero con la satisfacción de saber que sus dos pacientes progresaban bien y con rapidez. A pesar de estar ocupada todo el tiempo, sus obligaciones eran agradables.

El clima, aunque caluroso, no ofrecía problemas; había un precioso jardín adonde sacar a pasear el cochecito del niño y manos hábiles siempre listas para hacer todas las tareas aparte de cuidar de la señora Van Eysink y de su hijo.

La señora pasaba gran parte del día sentada en el patio, haciendo un poco de ejercicio cuando Hannah podía dejar el cochecito bajo la sombra de un árbol para ayudarla. El señor Van

Eysink iba y venía para luego ir a una oficina o a la otra, de modo que Hannah lo veía solo por las noches, y del tío Valentín no había señas. Se había ido al día siguiente de la llegada de su sobrina.

Después de unos cuantos días de actividad febril, las cosas se calmaron. Hasta lograba tener una hora o dos para sí misma ya fuera por la mañana o por la tarde. No era suficiente tiempo para ir a ningún sitio, pero no sentía necesidad de ello. Había una espléndida piscina al final del jardín, y una de las sirvientas le prestó un traje de baño, de modo que allí pasaba su tiempo libre, tranquila porque estaba cerca si cualquier cosa requería su atención. Sabía nadar bien. Había un trampolín y cómodos sillones para tomar el sol si lo deseaba.

La vida que llevaba, a pesar de las noches de sueño interrumpido y estricta rutina, era bastante divertida.

Al final de la semana el niño había aumentado medio kilo y la madre estaba cada día más activa. El doctor de la familia y el especialista que a menudo le acompañaba, le dieron nuevas instrucciones a Hannah y la felicitaron por su habilidad como enfermera. Le preguntaron a la joven si se lo estaba pasando bien y ella dijo que sí, lo cual era cierto.

El día siguiente al de la visita de los doctores fue más caluroso que ninguno. Hannah dejó a la madre y al hijo dormidos bajo la fresca sombra de los árboles junto a la casa, y se puso el traje de baño prestado, se recogió el pelo en un moño y se dirigió a la piscina. El señor Van Eysink no volvería hasta la tarde y todo el personal de la casa estaba en paz y tranquilidad hasta las tres y media, cuando llevarían el té al patio. A las tres, ella tendría que darle de comer a Paul, pero para eso faltaba poco más de una hora.

Se zambulló en el agua y nadó alegremente, disfrutando esos momentos de tranquilidad. Luego salió, se dejó caer en uno de los cómodos sillones colocados alrededor de la piscina y se quedó medio dormida. Cuando miró el reloj y vio la hora, recordó que apenas tenía tiempo de darse otro remojón antes de volver a la casa para ponerse de nuevo el uniforme. Había recorrido dos largos e iba a terminar uno más cuando se dio cuenta de que alguien la observaba.

El tío Valentín, vestido con un elegante traje veraniego, estaba allí de pie, esperándola. Además, no estaba solo. Hannah se detuvo

en un lado de la piscina, mirando a la chica que le acompañaba. Era una mujer muy bella, cuidadosamente maquillada, sin un solo cabello dorado fuera de lugar. Llevaba un vestido de seda que dejaba entrever cada una de las esbeltas curvas del bien formado cuerpo.

—Buenas tardes, Hannah —la saludó Valentín, con una mirada divertida, y le tendió la vieja bata de toalla, prestada también.

Hannah se quedó inmóvil, consciente de la apariencia de su cabello, que se había soltado de lo alto de la cabeza y colgaba empapado por todas partes. Se puso la bata, sintiéndose regordeta, torpe y en completa desventaja. Muy típico del tío Valentín, sin duda lo hizo con toda deliberación, porque esa preciosa criatura debía ser Nerissa, y el contraste entre ellas era bastante visible. Hannah le lanzó una mirada furiosa que sólo encontró una abierta burla en los ojos de él.

—Nerissa, te presento a Hannah Lang. Ella se está haciendo cargo de Paul y de Corinna durante unas cuantas semanas. Hannah, ésta es mi prometida, la señorita Van der *Post*.

Hannah tendió la mano mojada y la retiró de inmediato. La señorita ni siquiera hizo el intento de estrecharla, sino que, al contrario, pasó el brazo por el de su acompañante. Dijo «hola» con una voz suave que transmitió cierta sorpresa, diversión y desprecio muy bien mezclados.

—Venimos a tomar el té —comentó el tío Valentín, recorriendo con la mirada la bata de baño deforme y grande que llevaba Hannah. Ella la apretó con fuerza alrededor del cuerpo y dijo:

—Entonces, les veré más tarde.

Quince minutos después, muy pulcra con su almidonado uniforme blanco, fue por el pequeño Paul. Encontró a la señora Van Eysink atendiendo a las visitas, y al niño, agitado por la compañía, haciendo extraños ruidos de placer. Hannah lo habría llevado de inmediato a su cuarto, pero la madre quería que todos vieran a su hijo, del que tan orgullosa estaba.

—Espera un minuto, Hannah —le rogó amablemente—; el tío Valentín no le ha visto desde hace una semana y estoy segura de que Nerissa se muere por tenerle en brazos un rato.

Así, el pequeño, que ahora empezaba a ponerse molesto, fue estudiado y admirado por él y luego entregado a Nerissa.

Hannah, de pie, un poco apartada, la observó con atención. Era un cuadro enternecedor y desde luego hizo que el corazón del tío Valentín se acelerara con fuerza: la hermosa joven sosteniendo al niño. Pero Nerissa parecía incómoda; sostenía a Paul como si fuera un bulto de algo desagradable que podría desenvolverse en cualquier momento.

El niño también se sintió incómodo y actuó de acuerdo con la situación, poniéndose alarmantemente morado y gritando con todas las fuerzas de sus pequeños pulmones. Nerissa forzó una sonrisa que se convirtió en un gesto de enorme disgusto al enterrar Paul la cabecita en su hombro y babear. Para ser tan pequeño, babeaba profusamente; la joven lo apartó de sí dando un grito de horror.

—¡Lléveselo! Está sucio, mirad mi vestido, mi precioso vestido. Hannah llegó hasta ella en un instante y le quitó al niño que gritaba desaforadamente, para tranquilizarlo con cariño.

—Se puede lavar, no se preocupe. No es más que saliva, todos los niños lo hacen, ¿sabe? —Podía ver que la señorita Van der *Post* estaba más allá de poder tranquilizarse. Su precioso rostro estaba rojo de indignación.

—Está muy bien para usted —exclamó en excelente inglés—. ¡Con razón viste ese espantoso uniforme!

—Me mantiene seca —asintió Hannah con alegría y se acercó a la silla que ocupaba la señora Van Eysink. La madre estaba furiosa, pero no con Hannah ni con su pequeño hijo.

—Le daré de comer y me quedaré en su cuarto, durante un rato, ¿está bien? —sugirió Hannah—. Es tan pequeño que le altera estar con la gente.

Habló en voz tan baja que las otras personas no pudieron oírla, y la señora Van Eysink asintió.

—¿No te importa, Hannah? Diré que te suban el té. Mi querida Hannah, tan pronto como podamos hacer algún arreglo, me ocuparé de que tengas un día entero para ti misma. Eres casi una esclava y eso no me gusta; debimos haber contratado dos enfermeras.

—Estoy bien, y mientras usted crea que cumplo con mis obligaciones, no me importa que las cosas sigan así —se sonrieron una a la otra y luego Hannah se retiró con el niño.

Una vez que le dio de comer y lo cambió, se quitó los zapatos y la cofia y se acomodó en un sillón cerca de la ventana para saborear

el té con galletitas que le habían enviado. Estaba tomando la segunda taza y haciendo el crucigrama del periódico cuando alguien llamó a la puerta, a lo cual respondió: *kom binnen,* pues había aprendido ya unas cuantas palabras en holandés, y luego se volvió para ver quién era.

Podía haberlo adivinado. Era el tío Valentín quien, con su estatura, casi llenaba el marco de la puerta.

—No le despierte —susurró tenuemente.

Como respuesta entró en la habitación, se detuvo a ver al ocupante de la cuna y luego se sentó en una silla, cerca del asiento que ocupaba Hannah.

Ella dejó a un lado el periódico y la pluma con un gesto de disgusto. Tenía muy poco tiempo para sí misma y lo menos que él podía hacer era dejarla tomar su té en paz.

El señor Van Bertes pareció adivinar los pensamientos de Hannah, ya que dijo:

—Por favor, sigue con lo que estás haciendo. He subido porque quería darte una explicación acerca de la señorita Van der *Post.* A ella no le gustan mucho los niños. Es hija única y ya sabes cómo son esas cosas.

—No, no lo sé —observó Hannah con energía— dígamelo usted.

—Algunas veces uno es muy… —hizo una pausa—. Yo soy mucho mayor que tú y…

—Ya sé, es usted un especialista, acostumbrado a tener a hombres y mujeres pendientes de cada palabra que pronuncia, y yo no soy más que una enfermera. Si alguna vez me lo encuentro en el hospital, le prometo que seré todo lo servil que debo ser.

Él abrió los ojos enormemente y ella se asombró de lo vivido del azul de ellos.

—¡Eres una víbora! ¿Has bebido vino de nuevo?

—Esta vez no, y supongo que en el momento que usted se vaya desearé que me trague la tierra. Le pido que acepte mis disculpas, doctor Van Bertes. Creo que he sido muy grosera.

Sonrió de forma encantadora y ella casi sintió simpatía hacia él.

—Eres totalmente distinta a las mujeres que conozco. Te suplico que perdones a Nerissa; está muy avergonzada por lo sucedido.

—Claro que la disculpo. Creo que cambiará cuando tenga hijos propios. Tiene un cuerpo precioso —agregó Hannah para borrar una

mirada de tristeza que atravesó el rostro del doctor y que la sorprendió sobremanera—. Debe usted estar orgulloso de ella. A mí me da envidia.

—Tú tienes muchas cosas que ella no posee —comentó él—. Adiós, Hannah.

—Adiós, doctor Van Bertes —durante unos cuantos minutos él había sido muy diferente, y ella sintió que le caía bien, pero ahora tenía de nuevo esa mirada desagradable.

Se bebió el té ya frío y pensó que Nerissa y él formaban una pareja perfecta. Podía imaginarlos como marido y mujer. Siempre correctos y educados. Nunca se gritarían el uno al otro, ni se enfadarían, para acabar haciendo las paces, arrepentidos. No, expresar los sentimientos de esa forma, no era muy propio de ellos. Tal vez era para tenerle lástima; era posible que todavía amara a su primera mujer.

Hannah se comió la última galleta y se dedicó a terminar el crucigrama.

Una de las sirvientas llegó a decirle que la señora la llamaba y, claro, al niño también. Hannah le sacó de la cuna y salió de nuevo al patio. Hacía un poco más de fresco y puso a Paul en el cochecito antes de acercarse a la madre.

Esta última le indicó que se sentara y le ofreció una bebida helada de la jarra que estaba a su lado en una mesa.

—Ya se han ido —declaró—. ¡Qué mujer tan desagradable es Nerissa! No debía decirte eso, pero no hay nadie más a quien pueda comentárselo y si no lo hago, reviento. ¿Has visto cómo ha despreciado a mi hijo? Ella no es la esposa adecuada para mi tío Valentín. Él necesita que le quieran mucho y tener hijos propios. Lo conozco muy bien y sé lo que le conviene. En vez de casarse con esa… esa…

Dejó escapar una serie de palabras en holandés y luego se echó a reír.

—¡Menos mal que no me entiendes, Hannah, porque he dicho muchas groserías! Bueno, supongo que uno a menudo se equivoca. La pobre Nerissa no aguanta que se le estropee un vestido, y menos si es nuevo; tiene mucha ropa y eso es lo único que le importa. ¿Quieres que demos un paseo?

Pasearon con lentitud, de arriba abajo, Hannah sosteniendo un

brazo de la señora mientras del otro lado se apoyaba en un bastón.

—Voy mejor, ¿verdad?

—Muy bien. Otra semana más o dos y estará como nueva.

—Mi tío Valentín me ha hablado de ti —y como Hannah se volvió con brusquedad, prosiguió—: no, sólo me ha dicho cosas buenas, te lo aseguro. Pero dice que debes tener más tiempo libre. Va a contratar a alguna enfermera para que venga una vez por semana después del desayuno y se quede todo el día. Dice que ahora ya estoy lo bastante bien para ocuparme todas las tardes de Paul, después de su comida de las tres, así que puedes descansar hasta las seis. Mi marido llega a las cinco y además hay bastantes mujeres en la casa para ayudarme si algo se ofreciera; eso es lo que vamos a hacer. He sido muy egoísta, Hannah, no me he acordado de que tienes que alimentar a Paul dos veces durante la noche y que estás con él todo el tiempo durante el día. Te pido disculpas.

—No tiene que hacerlo. He venido para ayudarles a los dos, y no esperaba tener mucho tiempo para mí, después de todo he podido nadar un rato todos los días y el jardín es tan bonito que no hace falta ir a ningún otro sitio.

—Es bonito, ¿verdad? —asintió la señora complacida—. Pero vamos a hacer lo que dice mi tío. Él siempre tiene razón. La enfermera vendrá el sábado, ya que ese día Paul también está aquí y él puede ayudarme con el niño.

—Gracias. Si por alguna razón no funciona el arreglo, siempre podemos volver a lo mismo. Paul está evolucionando muy bien y no quiero arriesgarme a que tenga una recaída o empiece a perder peso. Con otro kilo más estará en el peso normal y entonces, ya no tendremos de qué preocuparnos.

—No parece ser mucho el peso que necesita aumentar ya.

—No, pero con eso estará bastante fuerte. Va de maravilla y tiene una rutina bien organizada. Voy a tratar de acostumbrarle, antes de irme, a comer cada cuatro horas y a que no tome el biberón de la noche. Creo que para cuando me vaya, ya estará acostumbrado.

—No quiero que te vayas —exclamó la señora, al parecer agotada.

—Bueno, todavía no pienso en eso. Llevo aquí algo más de una semana y dentro de poco usted se sentirá tan bien que no necesitará

mi ayuda.

—¿De verdad lo crees? ¿Será posible que mañana vayamos a dar un paseo en coche? Claus nos llevará y podemos sentarnos en el asiento trasero con Paul.

—No veo por qué no —respondió Hannah—, aunque creo que sería mejor esperar hasta que esté libre el señor Van Eysink, él puede acompañarla, y seguro que, después de tanto tiempo, está usted deseando salir otra vez con su marido.

—Sí, tienes razón. ¿Tú sabes conducir, Hannah?

—Sí, pero prefiero que me presten una bicicleta, si no le importa. Y usted también me dijo que había caballos. ¡Me encanta montar!

—Claro, puedes ir a montar cuando quieras. Hay una yegua que creo que te gustará, conoce todos los caminos, de modo que no puedes perderte.

Ambas rieron y luego las agudas exigencias del niño las hicieron acercarse al cochecito.

Hannah no se atrevió a montar la tarde siguiente. Primero tendría que echar una ojeada al terreno; pidió prestada una bicicleta a la misma sirvienta complaciente que le prestó el traje de baño y pedaleó por los alrededores.

Descubrió que cerca de allí había dos pueblos. Uno mucho más grande que el otro, con una iglesia enorme, dos tiendas, un café y un pequeño quiosco de música en el centro de la pequeña plaza. El segundo era mucho más chico, un puñado de casitas apiñadas alrededor de una iglesia blanca. Le gustó mucho, pero no tenía tiendas, ni siquiera oficina de correos, de modo que pedaleó hasta el otro pueblo para comprar sellos y chocolate y luego, con lentitud, regresó a la villa, comiendo por el camino.

Era agradable gozar del descanso. Se había quitado el uniforme y llevaba una falda rosa y una blusa de algodón, que le sentaba muy bien.

Cantaba con voz suave al avanzar, planeando volver a repetir esa tarde. El sábado iría a montar, pero a la semana siguiente tal vez volvería al pueblo para ver qué había en las tiendas. Traía muy poco dinero consigo y tendría que llevar algunos regalos. No tenía grandes deseos de volver a casa, estaba contenta, a pesar de la vida agitada que llevaba. Los Van Eysink eran amables y jóvenes,

además eran felices, y estaban encantados con su hijito y con la demás gente.

Hannah pensó que sería maravilloso poder conocer a un joven rico que se enamorara de ella a primera vista, que no la dejara marchar y le pidiera que fuera su esposa. La llevaría a una casa encantadora que tendría un enorme y bien cuidado jardín. Ella, desde luego tendría toda la ropa que deseara y de alguna manera misteriosa se convertiría en una mujer tan bella como Nerissa. Eso le recordó al tío Valentín y durante todo el camino no pudo dejar de pensar en él. Hannah no pudo explicarse, en aquel momento, por qué el señor Van Bertes formaba parte de su sueño imposible.

Capítulo 4

LLegó el sábado y, con él, la enfermera sustituía. Era ésta una chica alta, de aspecto saludable y carácter alegre. A Hannah le simpatizó de inmediato, y se sorprendió cuando Henrika le dijo en un inglés bueno, pero con un fuerte acento germánico:

—El doctor Van Bertes me ha dicho que eres una chica encantadora y yo estoy de acuerdo con él. ¿Quieres explicarme qué tengo que hacer? —Cuando Hannah acabó su explicación, ella preguntó—: ¿Y la señora? ¿Qué hay que hacer por ella?

—Casi nada —le aseguró Hannah—; sólo hay que estar pendiente de que haga sus ejercicios y acompañarla mientras da un paseo por el jardín.

Se despidió de su nueva amiga, besó la cabecita del niño y le dijo adiós por unas cuantas horas a su señora. Ya le había dicho lo que pensaba hacer, de modo que podían encontrarla con facilidad, aunque no creía que fueran a necesitarla, ya que Henrika sin duda era una chica competente. Se puso unos pantalones y una blusa de algodón, y se dirigió al establo, para, cinco minutos después, salir montada sobre el lomo de la yegua.

Era un ejemplar hermoso, y resultaba interesante montarlo. Hannah la dejó trotar al paso que deseara a lo largo de las veredas que ya había explorado en la bicicleta; primero el pueblo pequeño y luego el más grande, donde vio que había un café. Decidió que cuando llegara al pueblo comería algo y le daría agua al caballo.

Era una mañana clara, el cielo estaba limpio, sin una sola nube, y ya hacía calor. El bosque a ambos lados de la vereda la atraía, de modo que le dio un tirón a la rienda y la yegua tomó un sendero

arenoso que no conducía a ningún lado.

Era mucho después de mediodía cuando desmontó frente al café; vio que otro caballo estaba amarrado a la sombra de unos árboles cercanos; eso significaba que los dueños del establecimiento le permitirían darle agua. Dejó a los dos animales juntos, acarició el sedoso cuello de la yegua, y entró.

El local era muy pequeño y oscuro, después del sol exterior, y parecía muy lleno debido a que una mesa de billar ocupaba el centro; las mesas estaban colocadas alrededor, junto a la pared. La barra estaba frente a la puerta y titubeó un instante, un poco tímida, al sentir que todas las miradas se posaban en ella, pero luego se dirigió a la barra, para detenerse a medio camino al oír una voz conocida.

—Por aquí, Hannah —le aconsejó el tío Valentín, sentado cómodamente junto a la pared, y cuando ella se quedó quieta, con la boca abierta sin decidirse, se puso de pie y sacó la silla que estaba frente a él, de modo que no le quedó otro remedio que sentarse.

Esperó a que Hannah se sentara para volverse a acomodar y llamó al camarero.

—¿Qué quieres tomar? El zumo de naranja está helado y delicioso.

—Eso está bien, gracias, doctor Van Bertes.

—¿Me harás el honor de comer conmigo? Fui a ver a Paul y hay unas cuantas cosas que me gustaría hablar contigo.

—¿Le ve mal? —preguntó ella.

—Por lo que puedo notar, va de maravilla, pero hay una o dos cosas que tenemos que comentar.

El zumo de naranja llegó y ella lo sorbió poco a poco, mientras él se relajaba, tomando una cerveza y observándola.

—¿Qué cosas? —inquirió ella ansiosa de romper un silencio que se volvía molesto.

—Vamos a comer primero. No hay mucho donde escoger, pero el *uitsmijter* es excelente.

—¿Es de usted el caballo que está fuera? ¿Cómo ha sabido dónde estaba yo?

—Has tenido la precaución de decirle a Corinna tu itinerario. Hoy es el único día que tengo unas cuantas horas libres. Espero que

no te importe. ¿Te gustaría probar un *uitsmijter*?

—No sé lo que es; pero, si no tiene cebollas, lo probaré.

—Puedes elegir entre carne o queso —respondió con seriedad—. Lo sirven sobre pan con mantequilla, con huevos fritos encima y un poco de ensalada.

—Carne, por favor —pidió, y agregó con despreocupación—. Doctor Van Bertes, es mi día libre, de modo que espero que no le moleste si me voy después de comer.

—Claro —aceptó él—, aunque me gustaría que me acompañaras, pues pienso volver a la villa por un camino que es precioso y atraviesa el bosque. No tienes necesidad de dirigirme la palabra; yo iré por delante y tú puedes seguirme de cerca.

—Es usted muy amable —murmuró ella—, pero a mí me queda todavía la tarde.

—Ese paseo nos tomará toda la tarde.

—¿No está la señorita Van der *Post* con usted?

—Se fue a Friesland durante el fin de semana —contestó él un poco molesto. Hannah probó el plato que le sirvieron y comentó con un tono muy social:

—Lástima, supongo que usted debe extrañarla.

—Lo que quiero preguntarte es si tienes todo lo que necesitas para el niño y si te sientes a gusto cuidando de él. Me doy cuenta de que estás trabajando muchas más horas que de costumbre; tal vez dentro de dos semanas podamos confiar en Henrika durante más tiempo, pero quiero que te asegures de que Paul y ella armonizan antes de tomar eso en consideración. Si estás del todo satisfecha, entonces será posible que ella se ocupe de él cuando tú te vayas. Como están las cosas, le dije a Corinna que tiene que darte otra tarde libre, por lo menos, cada semana.

—Estoy satisfecha como están las cosas, y me parece que eso es asunto de la señora Van Eysink.

—¿Quieres decir que me meto en lo que no me concierne? Debo recordarte que estoy a cargo del pequeño Paul y, por lo que a mí respecta, pienso ocuparme de que se ponga tan fuerte y sano como cualquier otro niño de su edad. Paul y Corinna me han pedido que haga lo que considere necesario para su bienestar, y eso incluye asegurarme de que la enfermera que lo cuida no se ponga irritable e impaciente porque no tiene suficiente tiempo para descansar. ¿Te

gustaría otro *uitsmijter*… otro zumo de naranja? ¿No? ¿Tal vez un helado? Llamó al camarero y el hombre se acercó llevando un plato con helado, decorado con crema batida y nueces. Hannah pensaba negarse a comerlo, ya que él no había esperado su respuesta para saber si lo quería, pero, al ver el helado, se olvidó de su decisión.

Mientras comía, el tío Valentín hablaba sobre los paisajes de los alrededores, de los atractivos de Hilversum y Utrecht, el agradable clima, y de los muchos senderos que había por todas partes para pasear. Terminó diciendo que esperaba que su madre no la echara mucho de menos.

—Parece que no —aseveró Hannah al tomar la última cucharada —. Quiere mucho a la señora Slocombe. Gracias por la comida, doctor Van Bertes. Creo que me voy a marchar ya, si no, se me va a hacer tarde —dijo y con la mirada buscó el letrero del tocador para damas.

—Es la puerta que está al otro lado, la de la izquierda —señaló divertido el doctor.

Hannah le dio de nuevo las gracias y se despidió de él.

Todavía se encontraba allí cuando ella volvió al café, apoyado en la barra, hablando con el dueño del bar, pero se unió a ella en la puerta y caminó a su lado hasta donde estaban los caballos.

—Iremos por este camino un par de kilómetros y luego nos meteremos en ese bosque de la derecha.

—No se moleste por mí, a mí no me importa montar sola —le miró y se dio cuenta de que él no la estaba escuchando. Ese hombre sin duda estaba acostumbrado a tomar decisiones sobre muchas cosas y no tenía intenciones de que nadie lo hiciera cambiar de opinión—. Bueno, está bien, pero no entiendo por qué tiene usted interés.

—Tampoco yo —dijo él, ayudándola a montar en la silla y luego montó a su vez.

Cabalgaron en silencio durante un rato y luego Hannah, mirándole de reojo, vio que la cara de él tenía una expresión de consternación.

—Parece usted un poco preocupado. ¿Se trata de Paul?

—No —habló con tanta frialdad que ella se mordió el labio y azuzó al caballo para trotar más de prisa; pero él dijo en un tono común y corriente—. Dé vuelta hacia el sendero ahora. Queenie

conoce bien el camino.

Era precioso el paseo entre los árboles, y hacía fresco. Hannah se sentía cómoda en la silla de montar, las mejillas sonrosadas por el aire y el cabello flotando con libertad. Estaba muy guapa y el doctor le lanzó una mirada de soslayo al poner emparejados los caballos. Iban subiendo una pendiente no muy pronunciada y, en la cima, él extendió la mano e hizo que Queenie se detuviera.

—Si miras a la izquierda, verás la casa a un lado de esos pinos, y, ahora, si miras al otro lado, verás Hilversum.

—¿Dónde está Utrecht? —preguntó Hannah.

—Al sur. Está demasiado nublado para poder ver con claridad; en invierno, cuando los árboles no tienen hojas, se ve muy claramente. Debes ir allí un día, antes de volver a Inglaterra. Ahí hay muy buenas tiendas.

—He leído que hay un museo muy famoso —comentó Hannah y se olvidó de que el tío Valentín nunca la escuchaba y además no simpatizaba con ella, aunque en ese momento era un compañero bastante agradable—. Se llama Van Baeren, creo que tienen cosas de plata y pinturas.

—¿Te interesa la plata? ¿Y los muebles antiguos?

—Sí, aunque no entiendo mucho de esas cosas. También hay otro museo, el Central.

—Así es. Veo que te has documentado muy bien.

—Bueno, todavía estoy a tiempo de conocer algo de este país.

Continuaron cabalgando y, para Hannah, la tarde pasó con demasiada rapidez. Estaban dando la vuelta en un gran círculo y se detuvieron otra vez, al salir del bosque, en un estrecho sendero junto a un canal. Se sentaron en la orilla, dejando pastar a los animales mientras ellos reposaban con las espaldas apoyadas en un árbol caído.

—¿Monta usted a menudo? —interrogó Hannah.

—Siempre que me es posible. Vivo en el corazón de Utrecht, pero tengo a Charlie en casa de Paul; es una distancia muy corta para ir y venir.

—¿Y su prometida, la señorita Van der *Post*, también monta?

—Es una espléndida amazona.

—Me da la impresión de que lo sabe hacer todo, y además es preciosa.

—Lo siguiente que me dirás es la enorme suerte que tengo.

Ella se ruborizó, pues era exactamente lo que iba a decir, pero se enfrentó a la mirada helada de sus ojos con una expresión sincera.

—Pues sí, eso iba a decir, porque eso es lo que pienso, pero me parece que usted lo consideraría impertinente por mi parte.

—Así es, Hannah. Dime ¿tienes tú un novio o prometido o como lo quieras llamar?

—No.

—Yo soy mucho mayor que tú, ¿sabes Hannah?

—¿Y la señorita Van der *Post*?

—Estás siendo impertinente de nuevo.

De repente ella se sintió de lo más impaciente.

—¿Y qué espera? Yo no le he pedido que me acompañe, doctor Van Bertes, usted se ha empeñado en hacerlo.

—Así es. Vamos a establecer una tregua. Por hoy ya no discutiremos más. ¿De acuerdo?

—¿Cuánto tiempo tardaremos en volver, desde aquí? Le dije a Henrika que estaría de regreso puntualmente, por si tiene algún problema.

Su compañero sonrió débilmente; Hannah era una criatura extraña. Casi ninguna de las muchachas que invitaba a salir querían separarse de él, y ahora esta chica sin gracia y decidida, parecía ansiosa de librarse de su compañía.

—Dos horas, si no nos apresuramos demasiado. ¿Te gustaría ponerte en camino?

—Si a usted no le importa. Si quiere quedarse más tiempo, me puede señalar el camino a seguir.

—También yo tengo que estar en Utrecht poco después de la hora del té.

Siguieron cabalgando en silencio durante algún tiempo, dentro del bosque de nuevo, recorriendo senderos de arena, y Hannah sintió tristeza al ver que el día estaba a punto de terminar. Pero habría otros. El tío Valentín se lo había prometido, y ella no creía, a pesar de todas sus faltas, que romper sus promesas fuera uno de sus defectos. Llegaron a unas señales en el camino y Hannah exclamó:

—Oh… Drakesteyn. Aquí vivió la princesa Beatriz, ¿verdad?

—Sí, aunque supongo que ahora que ya es reina debe haberse mudado al palacio. Iremos por aquí, éste nos conducirá al camino

que queda cerca de la villa. Hay una pequeña casa de té cerca de aquí y tenemos tiempo para tomar una taza de té si te apetece.

—Me gustaría. El *ui-uitsmijter* me dio mucha sed.

La casa de té no era pequeña en absoluto, como pensó Hannah, y estaba llena de gente; mujeres jóvenes luciendo alegres vestidos veraniegos, hombres con camisas abiertas y pantalones ligeros, y un grupo de gente de edad mayor. Hannah se sintió avergonzada de sus pantalones viejos y su camisa barata.

—Me parece que no estoy vestida para esta clase de sitio, además, voy muy despeinada.

—Estás muy bien —le aseguró al conducirla al interior.

No sólo tomaron una taza de té. Había galletitas, pastelillos cremosos y exquisitos dulces de chocolate y crema batida, decorados con frutas escarchadas y nueces. Hannah decidió que si la habían invitado, más valía aprovechar la ocasión. Comió con apetito, como una colegiala de vacaciones.

—¿Alguna vez te pones a dieta? —preguntó el tío Valentín.

—No, pero debería hacerlo, ¿verdad? Estoy un poco llenita y supongo que me pondré gorda si no me cuido. Ya lo he intentado un par de veces, pero me da tanta hambre que no aguanto. Cuando empiece a subir de peso, creo que no me quedará otro remedio.

—Yo no me molestaría. Las dietas hacen la vida más aburrida, además, estás muy bien así. ¿Quieres otro pastel?

—No, gracias —negó con la cabeza y luego agregó con timidez —: ¿Nos vamos fuera?

—Está bien —asintió él y la observó mientras ella cruzaba el salón sorteando las mesas. A pesar de sus temores, Hannah tenía un cuerpo bonito y proporcionado y una o dos veces durante el día, él se había sorprendido preguntándose si no era más guapa de lo que a él le parecía.

Llegaron a la villa media hora más tarde y el doctor se despidió con amabilidad de ella. Cuando empezó a agradecerle todas las atenciones recibidas, él rechazó sus palabras con tanta impaciencia que ella se detuvo a media frase y se retiró a su cuarto. Claro, ahora que estaban de nuevo en la villa, quería deshacerse de ella. Incluso era probable que considerara toda esa tarde como una pérdida de tiempo.

Henrika la esperaba, sentada plácidamente, con Paul sobre la

rodilla.

—Ha estado mucho rato con la señora Van Eysink y se lo ha comido todo —informó—. Bueno, me voy. Tengo una cita esta noche. Voy a bailar. ¿Tienes novio, Hannah?

—No —y sonrió para demostrar que no le importaba en absoluto —. Lo he pasado muy bien. Gracias, Henrika. Espero que vengas el sábado próximo.

—Claro que sí. Hasta entonces.

La tarde pasó con tranquilidad, con Hannah yendo de un lado a otro con sus variados quehaceres y se sorprendió mucho cuando oyó sonar el gong que anunciaba la hora de cenar. Se unió al señor y la señora Van Eysink en el comedor, ya que el tío Valentín se había marchado ya. Se preguntó dónde estaría y luego le contó a la señora lo que había hecho durante el día.

La semana transcurrió con rapidez, cada día una pacífica repetición del anterior. Los dos pacientes se recuperaban de maravilla y la señora estaba ahora bastante animada, aunque aún temía una posible recaída. Hannah, con toda paciencia, la impulsaba a ocuparse más y más del niño, que había aumentado de peso y ahora tenía las mejillas sonrosadas y rubicundas y los brazos y piernas rollizos.

La noche del jueves, Hannah estaba contenta. Todo iba a pedir de boca y el sábado de nuevo tendría día libre. Puso el despertador para que sonara a medianoche y se durmió.

Debía ser la una de la mañana, y empezaba a dormitar de nuevo después de alimentar a Paul a las doce, cuando se despertó, notando que algo andaba mal. Casi en el momento de pensarlo ya estaba fuera de la cama e inclinada sobre la cuna del niño. La apariencia de Paul la hizo sobresaltarse; la carita estaba pálida como el papel y él demasiado quieto, sin llorar.

Le sacó con cuidado de la cuna y casi se sintió aliviada cuando vomitó, pero el vómito fue seguido de agudos gritos de dolor que no pudo acallar. Paul estaba muy enfermo y ella pensó que conocía el diagnóstico: obstrucción intestinal.

Con el niño acurrucado sobre su pecho se dirigió al teléfono y marcó el número anotado en un pedazo de papel colocado al lado. La voz del tío Valentín se oyó casi de inmediato.

—Soy Hannah —dijo, esperando que el miedo que sentía no se

trasmitiera a través de la voz—. Paul está enfermo. Tiene mucho dolor, cólicos, vómito, está muy pálido y el pulso muy acelerado.

—¿Cuándo tomó el último biberón? —preguntó con una voz calmada que la tranquilizó.

—A medianoche, se lo acabó todo y se durmió luego. Hace cinco minutos me desperté y fui a verle. Vomitó mucho y no ha dejado de gritar desde ese momento —esperó a que el doctor comentara algo y, como no lo hizo, continuó—: No le he tomado la temperatura todavía, pero tiene el pulso muy acelerado y está muy pálido.

—¿Tiene alguna idea de lo que puede ser?

—Parece una obstrucción intestinal —exclamó con impaciencia.

—¡Buen diagnóstico! Escucha. Estaré ahí dentro de diez minutos; mantén a Paul en brazos, despierta a alguien para que pueda entrar yo, y si se despiertan Paul o Corinna, tranquilízalos.

Al entrar Valentín con paso ligero dentro de la habitación, Hannah se preguntó qué habría hecho para llegar tan pronto. Vestía un pantalón y un suéter de algodón y tenía el cabello despeinado, pero ella ni siquiera se fijó en eso. Acostó al niño sobre la mesa y lo sujetó mientras el doctor lo auscultaba con cuidado.

—Tienes razón, Hannah, lo llevaremos al hospital y tendré que operarlo. Dámelo e iré a ver a Paul y a Corinna, mientras tú te vistes. Tienes unos tres minutos.

Cogió al niño y se dirigió a la puerta mientras Hannah, que en ese momento se dio cuenta de que lo único que llevaba era un delgado camisón, corría a su habitación y se ponía el uniforme. Estuvo lista en menos tiempo del indicado, y apareció muy arreglada y hasta peinada, dispuesta para acompañar al doctor que ahora venía con el padre del pequeño.

Nadie pareció tomarla en cuenta; le entregaron a la criatura mientras el médico, en holandés, hablaba con sinceridad con el padre y ella envolvió al pequeño bultito en mantas, recogió unos cuantos pañales y se quedó esperando.

—Trata de explicarle que no es tan grave como parece —dijo el médico volviendo a hablar en inglés—. He tenido dos casos iguales hoy, y los dos niños están ya perfectamente. ¿Verdad que es algo que sucede a menudo, Hannah?

—Sí, claro —aseveró, entendiendo su intención—. Es una operación menor y es increíble la rapidez con que se recuperan los

niños después. Además —continuó con una sonrisa hacia el padre —, está en las mejores manos posibles.

—Las tuyas iguales que las mías —saltó el doctor—. Voy a necesitar que te quedes en el hospital para ocuparte de él, Hannah. Nos iremos ahora, si estás lista.

Iba a responder que ya hacía tiempo que lo estaba, pero comprendió que era tan importante reconfortar a los jóvenes padres como llevar a Paul al hospital. Siguió al doctor, mientras varios miembros del personal se movían ansiosamente alrededor.

Alguien le abrió la puerta del coche y entró con el niño, que gritaba desaforadamente; no era el mismo coche de siempre y el doctor le dijo al ponerlo en marcha:

—Voy a tener que conducir muy rápido.

¡Y vaya si lo hizo! Hannah sabía que era vital para el pequeño Paul llegar cuanto antes. Valentín pisaba el acelerador con todas sus fuerzas, y Hannah respiró aliviada cuando el coche se detuvo frente a las puertas del hospital.

—Sígueme —le ordenó Valentín, cogiendo un momento al niño, que ahora estaba demasiado callado, para que bajara. Ella asintió, volvió a coger a Paul y corrió tras él, hacia urgencias. Les estaban esperando, puesto que probablemente el doctor había telefoneado desde la villa. Un pequeño grupo de gente les rodeó al entrar en el ascensor que, con las puertas abiertas, también parecía esperarlos.

—Entrarás conmigo en la sala de operaciones, Hannah, y quiero que estés preparada para recibir a Paul cuando termine de operarle. Le acomodaremos en una sala lateral, y no quiero que te separes de él. Mandaré a alguien para relevarte cuando considere que ya está fuera de peligro.

—Está bien —accedió Hannah, observando con ansia la pálida carita del niño. Nada la haría dejar al pequeño hasta que estuviera fuera de peligro. Podían volver a presentarse los síntomas durante las veinticuatro horas siguientes a la operación. Ella era una persona fuerte y, sin duda, podría permanecer alerta y lista para actuar con rapidez si llegara a ocurrir.

La sala de operaciones era moderna y el hospital contaba con un magnífico equipo quirúrgico. Además, todo estaba listo para la operación. Obediente a la orden del doctor, le entregó el niño a la enfermera ayudante y fue a ponerse la ropa adecuada para el

quirófano. El doctor y su asistente ya estaban en la sala de cirujanos, lavándose meticulosamente, y cuando ella entró, ya estaban listos. El anestesista estaba reconociendo cuidadosamente al pequeño Paul, que parecía una pálida muñeca de cera.

El tío Valentín realizó la operación con mucha calma y gran rapidez. Hannah se preguntaba cuáles serían sus sentimientos en un caso así; era imposible, desde luego, ver su cara, y aunque hubiera podido hacerlo, no creía que demostrara ningún sentimiento.

Por fin, terminaron de operar. El doctor se quitó los guantes y dijo:

—Hannah, coge a Paul y sígueme.

Tenía la manta lista; el niño, aún inconsciente, fue puesto en sus brazos y ella salió con cuidado de la sala de operaciones. Fueron por un corto corredor hasta llegar a un pequeño cuarto. Allí también estaba todo listo. Acostó al niño en la cuna y sostuvo la cabecita mientras el tío le inyectaba la aguja con el suero. El médico habló con su enfermera y luego le dio instrucciones a ella.

Durante el resto de la noche y todo el día siguiente, Hannah casi no se movió del lado de Paul. Al pensar en ello más adelante, no recordaba con claridad lo que hizo. Paul tuvo necesidad de constante atención desde el momento en que recobró el conocimiento, y eso fue poco rato después. Ella tenía que calcular el goteo del suero, y toda la medición tenía que ser exacta.

A media mañana tuvieron que parar la succión continua y empezar con dos aspiraciones por hora. Por la noche empezaron a darle glucosa con agua.

El tío Valentín entraba de cuando en cuando y, una vez que le quitaron el suero, el padre del pequeño, tan pálido como el hijo, entró a verle. Hannah recordaba los acontecimientos del día, como si se tratara de un sueño. Sabía que alguien había entrado a relevarla durante un ratito, lo suficiente para comer algo o tomar una taza de té, aunque no lo bastante para dormir un poco. Al mediodía ni siquiera tenía sueño, aunque sabía que cuando tuviera la oportunidad de cerrar los ojos caería como muerta durante muchas horas. El tío Valentín, que por primera vez aparentaba su edad, tenía poco que decir, pero Paul Van Eysink le cogía la mano y la sacudía una y otra vez. Él le había traído una maletita con sus cosas personales, la cual aceptó agradecida, preguntando por su

esposa y mandándole saludos tranquilizadores. Parecía que lo peor había pasado. El pequeño Paul empezaba a comportarse como un niño normal de nuevo, y pronto podría empezar a tomar pequeños biberones de leche rebajada con agua. Al anochecer, su falsa energía empezó a flaquear y tuvo el sentido común de darse cuenta de que tenía que decirle al doctor que debía reemplazarla antes de que se hiciera de noche. No hubo necesidad de hacerlo; cuando él atravesó la puerta, Henrika estaba con él, llena de vitalidad y deseos de tomar las riendas.

El doctor examinó al niño, dijo que estaba en perfectas condiciones y le pidió a Hannah que le entregara a Henrika el informe del día y tomara un descanso hasta las ocho de la mañana del día siguiente.

Ella le miró. Todavía parecía cansado, pero al menos estaba tan elegante como siempre, e igual de tranquilo.

—Quiero quedarme cerca de este cuarto —dijo ella con terquedad.

—Eres una acaparadora cuando se trata del trabajo, Hannah. Te han preparado el cuarto de al lado. La enfermera-jefe sugiere que tomes un baño y te prepares para dormir. Alguien te llevará algo para cenar. Mañana por la mañana te llevarán el desayuno a la cama y espero que puedas dormir bien durante toda la noche.

Le entregó un informe completo a Henrika, le echó un vistazo al niño y se metió en el cuarto contiguo, obedeciendo las instrucciones del doctor al pie de la letra, sobre todo porque estaba demasiado atontada, por la larga vigilia, para pensar por sí misma. Apenas había comido la mitad de la cena cuando ya estaba dormida.

La despertaron a las siete de la mañana con un excelente desayuno, y una vez que se bañó, maquilló y se puso un uniforme limpio y almidonado, volvió con bríos al cuarto del niño. Estaba mejor y no había duda de ello. Henrika le entregó un informe tranquilizador y se preparó para partir.

—Vendré otra vez esta noche y todas las noches hasta que puedan llevarse a Paul a casa. ¡Qué cosa tan repentina, Hannah! ¡Menos mal que te diste cuenta a tiempo! ¿No te ha importado tener que venir al hospital?

Hannah se sorprendió. Ahora que lo pensaba, no había tenido elección; había ido sin pensarlo, ni siquiera se le ocurrió que podía

ser de otro modo.

—No, no me ha importado en absoluto —aseveró—. Me alegro mucho de que te encontraran a ti para reemplazarme, Henrika.

—Yo también. Me llamó el doctor Van Bertes a mi casa. Él es un hombre espléndido, pero muy frío.

Hannah estuvo de acuerdo, pero sólo sonrió por toda respuesta. Al menos había salvado la vida del pequeño; tal vez en donde él tenía puesto su cariño no era frío.

Cuando se quedó sola, arregló la habitación, se aseguró de que tenía a mano todo lo que necesitaba, y se dispuso a seguir la rutina del día. El doctor ya había estado allí, y no era probable que volviera hasta dentro de varias horas; escribió el informe con letra clara y empezó a preparar el alimento del niño. Paul despertó en ese momento y ella lo sacó de la cuna, lo cambió y luego lo meció en sus brazos un ratito.

—Eres un muchachito valiente —le dijo con cariño— y ya estás mucho mejor, podemos dar las gracias al tío Valentín por eso.

—El tío Valentín tiene mucho que agradecerle a la dedicada enfermera también —dijo el doctor al entrar en ese momento y mirar al niño—. ¿Tú piensas en mí como el tío Valentín, Hannah?

No vio el doctor que el color rojo teñía el rostro de Hannah, ya que estaba cubierto por una mascarilla que no dejaba ver nada más que sus ojos.

—Bueno, tengo que admitir que sí, la señora Van Eysink siempre se refiere a usted así, de modo que no puedo hablarle a Paul de usted como el doctor Van Bertes, ya que no sabría de quién se trata.

—Siempre tienes una respuesta adecuada para todo. Corinna está fuera; prometió portarse bien y no llorar, de modo que la voy a dejar entrar durante media hora.

Se acercó a la puerta y, al abrirla, entró la señora Van Eysink apoyándose en un bastón, pero Hannah notó que se movía con mayor facilidad.

—Hola —saludó Hannah con alegría—. Si quiere sentarse, puede cogerle en brazos.

Una vez instalados la madre y el hijo, se volvió para poner en orden el expediente. La señora Van Eysink no pudo evitar derramar unas cuantas lágrimas aunque le había prometido a su tío que no lo haría.

—Hay algunas cosas que debe usted aclararme —declaró Hannah con voz grave y sacó al sorprendido doctor fuera de la habitación.

—¿Por qué aquí fuera? —preguntó al seguirla. Hannah le lanzó una mirada exasperada.

—Si yo fuera la señora Van Eysink y mi hijito estuviera tan enfermo, estaría furiosa si no me permitieran estar a solas con él siquiera unos instantes.

—Tienes razón —dijo, pero a ella le sorprendió ver la misma expresión de impaciencia de nuevo, de modo que añadió:

—Espero que no le importe, señor.

—No me importa, yo debía haberlo pensado, lo que sí me molesta es que tú, Hannah, me digas señor. No vuelvas a hacerlo.

—Perdón; nosotros, en Inglaterra, siempre llamamos señor a los especialistas.

—Igual que aquí, o algo equivalente, pero no trates de explicarme eso. Paul tendrá que quedarse aquí otros tres o cuatro días y luego podrá ir a casa. Vas a estar ocupada con él veinticuatro horas al día, ¿lo sabes, verdad? Pero su madre podrá quedarse con él una hora, más o menos, cada día. Esto ha hecho que ella deje de ser una inválida, de modo que dale cosas que hacer. Henrika pasará todos los sábados en la villa y es probable que medio día más.

La miró con fijeza y luego extendió la mano para bajarle la mascarilla.

—Estás muy pálida —observó—. No sabes lo agradecidos que te estamos, Hannah. No sé cómo podremos pagarte lo que has hecho.

Ella se quedó inmóvil, mirándole. El pasillo estaba desierto y silencioso a excepción de los ruidos ahogados propios del movimiento del hospital, en el fondo. Cuando él se inclinó inesperadamente y la besó, ella no se inmutó; estaba tan sorprendida que no podía creerlo. El dijo, algo aturdido:

—No entiendo por qué he hecho esto.

Entonces Hannah supo que no lo había soñado. No tenía nada que decirle, de modo que volvió a colocar la mascarilla en su lugar y se fue a la habitación de Paul.

La señora Van Eysink tenía tantos deseos de saber cada uno de los detalles de lo ocurrido, que Hannah se olvidó del incidente y se concentró en contarle a la madre de Paul todo lo que quería saber.

Trató de reconfortarla e hizo como que no veía las lágrimas que corrían por las mejillas de Corinna Van Eysink.

—El tío Valentín me ha prohibido llorar —dijo— y yo le he prometido que no lo haría, pero entonces aún no había visto a Paul.

—Es bueno llorar para desahogarse —aconsejó Hannah con voz maternal—. Se sentirá mucho mejor, además, ahora que ya ha acariciado y ha hablado a su hijo, también va a tener oportunidad de darle su biberón. Toma sólo unas cuantas gotas por el momento; pero mañana le daremos un poco más. ¡Gracias a Dios cada vez tiene más hambre!

—Vendré todos los días —declaró la señora—. Espero que no te moleste, Hannah.

—Claro que no. ¿Estará de acuerdo el doctor?

—Ha dicho que no hay objeción si tú estás de acuerdo.

—¿Ha dicho eso? Entonces venga cuando usted quiera, señora Van Eysink. Yo estaré aquí. A las siete me reemplaza Henrika y se va temprano por la mañana, de modo que tiene usted todo el día para escoger la hora.

—Eres encantadora —dijo la señora y se acercó para besar la mejilla de Hannah—. Cuando pienso lo que le hubiera pasado a Paul si no hubieras estado con él… Querida Hannah, ya encontraré la forma de demostrarte mi agradecimiento.

—Me alegro de haber estado junto al niño y haberme dado cuenta a tiempo de lo que pasaba. La verá mañana, entonces. Paul también se alegrará de verla.

Cuando la señora y su marido se fueron, se quedó sentada y quieta durante varios minutos. El niño dormía y era temprano para empezar a preparar el siguiente biberón. Durante largo rato recordó la conversación con el tío Valentín, tratando de comprender lo inesperado del beso que le había dado. Hasta ese momento Hannah pensaba que ni siquiera le era simpática, pero ahora ya no sabía qué pensar.

Capítulo 5

El pequeño Paul se recuperó sin ningún problema. Una vez más llegó a su casa para ser recibido con gran alegría, pero con un poco menos de ceremonia que la primera vez. El tío Valentín había insistido con firmeza en que el niño necesitaba tranquilidad. Por tanto, aparte de la visita de su abuela y unas cuantas miradas del personal de la villa, lo dejaron en paz.

Había flores por todas partes, claro, y el teléfono no dejaba de sonar, pero Hannah, una vez instalada en el cuarto de Paul ni siquiera lo notaba; estaba muy ocupada con el paciente, quien, a pesar de su minúsculo tamaño, empezaba a recuperar las fuerzas perdidas.

La señora Van Eysink había cambiado mucho, ya no era sólo la bonita joven mimada por todos. La enfermedad de su hijo la había hecho más responsable y la había dado fuerzas. Hasta ese momento tal vez consideraba al niño como un muñeco, y su mayor preocupación era cuidarse y recuperarse del terrible accidente que había sufrido. Pero, desde que vio en peligro la vida de su hijo, se olvidó de sí misma.

A Hannah le agradó este cambio y le explicó a la señora todo lo que era necesario saber para cuidar de un niño.

—Cuando yo me vaya, Henrika se ocupará de él unas semanas, pero es conveniente que usted vaya aprendiendo a hacerlo.

—Debí haberlo aprendido antes —reconoció con tristeza la señora Van Eysink—, pero he estado tan enferma que no he podido ocuparme de él; ahora ya me siento muy bien.

—Ha aprendido mucho —le aseguró Hannah—. Está capacitada

para encargarse de él desde este momento.

—Sí; creo que sí, pero no quiero que te vayas todavía, Hannah. Primero tiene que estar perfectamente sano y creo que todavía le falta un poco.

—No mucho, mírelo —dijo, y las dos se quedaron mirando al juguetón niño.

El tío Valentín llamaba por teléfono todos los días, no para charlar, sino para pedirle un informe detallado a Hannah, y tres días después de que volvieran a casa hizo una visita relámpago, durante la cual su actitud hacia Hannah fue fría y cortés, lo cual la hizo dudar de, si había soñado el episodio del hospital.

Una semana más tarde, se presentó de nuevo el tío Valentín, esta vez acompañado de la bella Nerissa; llevaba ésta un bonito vestido y el cabello muy bien arreglado. Hannah no pudo evitar pensar si a ella le gustaría que la besaran, ya que eso echaría a perder el cuadro de perfección que representaba. Quizá al tío Valentín no le gustara mucho besar. Frunció el entrecejo; si la memoria no le fallaba, debía tener mucha práctica en ello.

Llegaron juntos al cuarto del niño, y Hannah, con el pequeño en brazos, se quedó quieta esperando que alguien dijera algo.

Fue Nerissa la primera en hablar.

—¡Qué precioso hombrecito! ¡Es maravilloso que se haya recuperado tan pronto! —Le dedicó una sonrisa amplia al doctor—. Gracias, desde luego, a ti, Valentín.

—Gracias a Hannah —comentó él.

Nerissa se encogió de hombros; no había tenido siquiera la delicadeza de dirigirle la palabra a Hannah y agregó:

—Bueno, se supone que las enfermeras tienen la obligación de reconocer esas cosas.

—No, no necesariamente. Son humanas, como todos los demás. Esto ocurrió en plena noche, cuando aun la enfermera más dedicada podía estar dormida —se acercó al niño y acarició su mejilla—. Tiene muy buen aspecto. ¿Está comiendo bien? ¿Ha aumentado de peso?

Cogió al dormido Paul en brazos y miró con cuidado la carita tranquila.

Hannah sacó los expedientes e informes para que él los leyera, sentado en la silla cerca de la ventana, con el niño sobre las

rodillas. Luego preguntó a la señorita Van der *Post* si no quería sentarse.

—No. Sólo hemos venido un momento a ver al niño. ¿Estás listo. Valentín? Corinna y Paul deben estar esperándonos.

—Ve tú, Nerissa. Tengo que terminar de leer esto antes; te seguiré dentro de unos minutos.

Cuando su novia salió del cuarto, el doctor preguntó:

—¿Ya has tenido tu día libre, Hannah?

—No —negó ella sorprendida—. Henrika no ha podido venir. Está de vacaciones, pero a mí no me importa en absoluto.

—¿Vendrá la semana próxima?

—Sí, el sábado.

Él no respondió, sólo le devolvió la criatura antes de dirigirse a la puerta y el adiós que le dijo fue tan informal que parecía haberse olvidado de que ella estaba allí.

Cuando se fue, Hannah recordó que él ya había leído el expediente cuando le dijo a Nerissa que se fuera con los otros: Le pareció extraordinario que buscara una excusa para quedarse unos momentos más; sin duda alguien tan bello como Nerissa merecía atención constante, especialmente del hombre que iba a casarse con ella.

Hannah le dio de comer a Paul y le acostó de nuevo; luego fue a sentarse junto a la ventana, a escribir una carta a su madre. Las cartas que recibía de ella eran bastante animadas. La señora Slocombe debía ser maravillosa.

Le llevaron el té poco después y cuando la señora Van Eysink entró para ver a Paul, dijo que el tío Valentín y su prometida se quedarían a cenar. Al escuchar esto, Hannah preguntó si sería posible que le llevaran una bandeja a su cuarto, ya que tenía dolor de cabeza, debido al calor. No le gustaba mentir, pero la perspectiva de cenar con los otros cuatro, no la podía soportar.

Bastante malo era tener enfrente al tío Valentín, pero aguantar además a Nerissa, con esa sonrisa constante de superioridad, con la que pretendía que ella no estaba allí, era suficiente para echarle a perder la cena.

La señora Van Eysink dijo que claro que diría en la cocina que le subiesen la cena y que ella misma supervisaría la bandeja.

—Trata de irte a dormir temprano —le aconsejó—. Puedes cenar

en camisón y luego descansar en la cama hasta la hora de darle el biberón a Paul.

Hannah no tenía intenciones de hacer nada por el estilo, pero vio que la señora Van Eysink no iba a aceptar un no por respuesta. Le prometió que haría eso y la señora salió de la habitación.

La señora Van Eysink ya podía andar, aunque todavía seguía usando el bastón. Su rápida recuperación fue posible gracias a los mimos del marido, que la adoraba. El peligro que había corrido su hijo también la hizo sobreponerse, ya que, al olvidarse de sus males, éstos desaparecieron, casi por completo. Por otra parte, los familiares y amigos no dejaban de telefonear y enviarle flores y regalos. Eran una pareja muy popular y Hannah se encontraba a gusto en su compañía.

La señora Van Eysink cumplió su palabra. La cena que le envió estuvo deliciosa, y Hannah, en bata de casa, con el pelo recién lavado, comió con lentitud. Paul dormía, no le tocaba comer hasta dentro de una hora, y ella deseó por un momento poder salir a pasear al jardín, a recibir el aire fresco de la noche.

Como en ese momento no tenía otra cosa que hacer, puso la televisión, con el sonido muy bajo, y se concentró en la pantalla. Había un hombre de edad pronunciando una conferencia y ella no tenía idea de lo que decía, pero la voz le hacía compañía. No quería admitir que se sentía sola, pero la verdad era que sí lo estaba.

En eso llamaron a la puerta y ella pensó que sería una de las sirvientas que venía por la bandeja; alzó la vista con una sonrisa, pero fue tío Valentín el que entró.

—Me ha dicho Corinna que te duele la cabeza. No deberías estar viendo la televisión.

Hannah se sintió en desventaja, vestida con la bata de casa y el pelo mojado.

—Encuentro este programa muy interesante.

—¿Ah sí? —rió él—. Me sorprende, Hannah. El tipo está hablando de política, y en holandés, además.

—Bueno, me sirve de compañía —dijo, pero inmediatamente se arrepintió de sus palabras.

—Te sientes sola.

—No, claro que no —contestó con demasiada rapidez.

—A tu edad deberías estar bailando con algún hombre joven —

él parecía divertido, y ella se ruborizó avergonzada, esperando que añadiera: «¿Pero qué hombre joven en su cabales invitaría a bailar a una chica simplona como tú?». Claro que él no dijo eso, pero ella estaba segura de que lo pensó.

—No conozco a nadie aquí —le recordó; no había necesidad de agregar que tampoco en Londres conocía a demasiados muchachos.

—Entonces, tendremos que arreglar esto —dijo con amabilidad, y ella, temerosa de inspirar lástima, dijo con alegría:

—Estoy contenta como están las cosas, gracias. Si ha venido a ver a Paul, lo siento, pero está dormido.

—He venido a verte a ti, Hannah —dijo el médico al salir del cuarto.

Ella se quedó intrigada y olvidó la carta que había empezado a escribir. Buscaba una respuesta que explicase el repentino interés del tío Valentín, pero no encontraba ninguna. Sólo se le ocurrió una cosa, que el doctor no tenía confianza en ella y quería ver con sus propios ojos cómo cuidaba al niño.

Nada podía estar más lejos de la verdad. El tío Valentín, cuando volvió al salón, dijo que sería aconsejable que Hannah conociera a algunas personas de su edad.

—Tendrá que quedarse por lo menos una semana más del tiempo estipulado, lo cual significa que estará aquí dos semanas más, y no ha tenido gran oportunidad de conocer a nadie. No creas que te culpo a ti, querida —le dijo a su sobrina—, no podía ser de otro modo con Paul tan enfermo y tú todavía débil. Ha hecho un trabajo extraordinario y merece alguna recompensa, ¿no crees? Nerissa, tú debes conocer a alguna gente joven que podría invitarla a salir.

Nerissa sonrió encantadoramente, pero los ojos azules tenían una mirada vacía. Hannah para ella no existía, y le daba lo mismo si salía o no, pero nunca perdía la oportunidad de impresionar a Valentín.

—Claro que ayudaré —exclamó—. Conozco a mucha gente y encontraré a la persona adecuada. ¿No crees que sería mejor presentarle sólo a un muchacho? Si lo traigo aquí una tarde, ¿no sería muy natural que la invitara a cenar? ¿Crees que ella podría salir?

—Sí, desde luego —declaró la señora Van Eysink—. Si Hannah

le da el biberón de las seis a Paul, puede tener la noche libre, porque yo se lo daré a las nueve, siempre que sepa dónde está, claro.

—Nos aseguraremos de eso —interrumpió Valentín con una mirada agradecida hacia su prometida—. Eres muy amable, Nerissa. El sábado es su día libre, ¿no? —Entonces, vendré mañana. No te preocupes, Valentín, yo lo arreglaré todo.

Al día siguiente, Hannah paseaba con el cochecito del niño cuando vio aparecer a la señorita Van der *Post* y dirigirse hacia ella. Había alguien que la acompañaba, y Hannah no tuvo tiempo de preguntarse quién sería; se sintió algo decepcionada cuando vio que no era el tío Valentín.

—Hannah, quiero presentarte a un amigo; le he hablado de ti y me ha dicho que le gustaría conocerte.

Hannah parpadeó al ver al hombre que venía con ella. Era bajito y algo regordete, con pelo castaño, ya escaseando en las sienes, ojos oscuros casi invisibles detrás de las gruesas gafas y bigote.

—Henk Van der Kampen —dijo Nerissa con voz dulzona—. Henk, te presento a Hannah. Estoy segura de que vosotros tendréis mucho de qué hablar. Yo voy a charlar con Corinna una media hora.

A solas con el visitante, Hannah tuvo oportunidad de estudiarle. Era espantoso; a Hannah no le gustaban los hombres con bigote y tampoco le gustaban los ojos que no se enfrentaban a la mirada de nadie. Por cortesía le preguntó:

—¿Vive cerca de aquí?

—En Soest, cerca de la casa de Nerissa. ¿Le gusta ser enfermera? —preguntó como si se tratara de una profesión muy inferior.

—Mucho. ¿Y usted a qué se dedica? ¿Es médico?

—¡Claro que no! Yo no hago nada.

—Qué aburrido —observó Hannah—. Si me disculpa, me gustaría llevar al niño a pasear.

—Iré con usted. Es un jardín muy bonito.

—Precioso —murmuró ella, y esperó que él dijera algo si lo deseaba. Se preguntó qué era lo que pretendía Nerissa. Dudaba mucho que el aburrido tipo que caminaba ahora a su lado le hubiera dicho a Nerissa que quería conocerla. No se explicaba qué interés podía tener aquel hombre en ella.

Se dio cuenta de que él había dicho algo, pero ella no había oído ni una palabra.

—Le estoy preguntando si le gustaría ir a cenar conmigo el sábado. Estaba demasiado asombrada para responder. Ni por un momento se imaginó que él se hubiera prendado de ella, pero debía haber algún motivo para esa invitación.

—Se lo agradezco mucho, pero el pequeño todavía necesita muchos cuidados. Tengo el sábado libre, pero no quiero alejarme, por si me necesitan.

Él lanzó un gruñido al oír eso y cuando ella dijo que era hora de entrar en la casa con Paul, la siguió y, aunque intentó entablar una conversación, él casi no le contestó. Fue un alivio llegar a la casa y entrar, pero el respiro no duró mucho. La señora Van Eysink y Nerissa estaban en el vestíbulo y Nerissa dijo de inmediato:

—¿Está todo arreglado? Estoy segura de que os divertiréis juntos y Corinna dice que le encantará ocuparse de Paul durante algunas horas, ya que tiene pocas oportunidades de estar con él. También me parece que a ti te hará bien salir un poco, Hannah.

—Puede que tenga razón, pero prefiero no ir a ningún lado. Gracias, de todas maneras.

—Tonterías; tienes que ir. El niño pronto no reconocerá a su madre, tú lo acaparas como si fueras un dragón guardando a su presa.

—¡No es cierto! —Se encendió la señora Van Eysink—. Sabes ser muy desagradable, Nerissa. No sé lo que hubiéramos hecho sin Hannah; siempre le estaremos agradecidos.

Nerissa soltó una carcajada y se puso de pie.

—Uno se olvida de los hospitales y las enfermeras apenas se puede apartar de ellos. Además, Valentín me ha pedido que trate de alejarte un poco de Paul. Henk, puedes venir por Hannah el sábado a eso de las siete. Bueno, vámonos. Ya vendré dentro de unos días.

La señora Van Eysink y Hannah se miraron una a otra al desaparecer de la vista el coche de Nerissa.

—Perdona, Hannah, pero tengo que admitir que no aguanto a esa mujer, y pensar que va a ser mi tía me da náuseas. Ha sido muy grosera contigo. Lo siento.

—No se preocupe, señora Van Eysink —recomendó Hannah, pensativa—. Creo que ella tiene razón. Ahora que Paul ya está

mejor, yo debería irme a casa, y si el tío Valentín le ha dicho que me apartara de él, tal vez es porque piensa igual.

La señora golpeó con fuerza el pie contra el suelo, hizo un gesto de dolor y Hannah la hizo sentarse en una silla.

—No se preocupe, no se ha hecho nada; sus huesos ya están fuertes de nuevo, pero no le conviene hacer eso con frecuencia.

—Hannah, eres tan dulce… No te irás todavía. ¿Por qué habría de pensar el tío Valentín eso? La otra noche, cuando vinieron a cenar, fue él quien sugirió que podías sentirte sola y que deberías salir con gente de tu edad.

—¿De verdad? Entonces, tal vez deba ir, ¿no? —Luego agregó en tono molesto y serio—: ¡Ojalá no tuviera bigote!

Se echaron a reír con ganas. Luego hablaron sobre la ropa que debería ponerse. El vestido rosa, claro, ya que no había tenido oportunidad de estrenarlo. A Hannah le hacía ilusión estrenar los vestidos que había comprado, y si la cena era buena, tal vez hasta Henk podría resultar agradable.

El sábado llegó y con él Henrika, tan animada como siempre, llena de historias que contar acerca de sus vacaciones. Comentó el espléndido color que tenía Paul y se alegró al saber que Hannah tenía un compromiso para salir esa noche.

—Y me voy a montar todo el día —dijo Hannah y se puso los pantalones y una camisa para ir al establo donde la esperaba la yegua.

Era un día precioso y decidió ir por el bosque, a lo largo de los senderos de arena. Cuando encontró un claro con un café a un lado, se detuvo a tomar un bocadillo y limonada antes de continuar. Había marcado la ruta en el mapa esa mañana antes de salir y además había bastantes personas a quienes preguntar, si llegara a perderse. No tuvo ningún problema y regresó a la villa ya entrada la tarde.

Se arregló y, cuando estuvo lista, fue a buscar a la señora Van Eysink y a Henrika para saber su opinión. Las dos dijeron que estaba guapísima.

Henk llegó, conduciendo un coche deportivo. Hannah se puso una pañoleta sobre su pelo cuidadosamente peinado, se puso un abrigo que le prestó la señora Van Eysink y bajó las escaleras. Era una lástima, ni el vestido bonito ni la perspectiva de una buena

cena iban a hacer a Henk fácil de tragar, pero, como todo el mundo parecía pensar que le haría bien, sonrió saludándole amistosamente y se metió en el coche.

—Vamos a Utrecht —le informó él—. Hay un restaurante que creo que le gustará. —Hannah le aseguró que estaría encantada, y se propuso ser una compañía agradable durante el resto del corto trayecto. Recordaba la primera vez que fue a Utrecht, en unas circunstancias totalmente distintas. Valentín conducía hábilmente, mientras que Henk lanzaba maldiciones impacientes a causa de los semáforos, los peatones que cruzaban las calles y cualquier coche que adelantaba al suyo.

En el restaurante, el comportamiento de Henk siguió siendo el mismo. Estaba insoportable, gritando a los camareros y quejándose en voz alta del servicio. Hannah hubiera deseado que se la tragara la tierra. La voz sonora de Henk atraía la atención de todos los que los rodeaban ya que estaba claro que sus quejas no eran razonables. El restaurante era espléndido, los camareros trabajaban con rapidez y amabilidad, y la comida, cuando la sirvieron, estaba deliciosa. La actitud de Henk era incomprensible. Hannah hizo lo que pudo por ser amable, y varias veces trató de iniciar una conversación. Pero Henk siempre la interrumpía con respuestas cortantes. Fue un alivio cuando al fin pidió la cuenta y salieron del restaurante. Al entraren el coche dijo malhumorado:

—Ha sido una cena horrible; no sé qué ha pasado hoy. Siempre me han tratado muy bien aquí. Supongo que no querrás ir a bailar, ¿verdad?

Había echado a andar el vehículo antes de que ella respondiera, y bailar era lo último en el mundo que deseaba hacer. Evidentemente, él trataba de culparla por lo que consideraba mal servicio del restaurante, aunque cómo llegó a esa conclusión, ella no podía entenderlo.

Casi no hablaron durante el camino y Hannah suspiró aliviada al ver las luces de la casa al final del sendero. Él detuvo con brusquedad el coche frente a la puerta de entrada y ella abrió la puerta y se bajó.

—Gracias por una cena tan agradable —mintió; la cogió por sorpresa cuando él la agarró por el brazo y tiró de ella.

—¿Ni siquiera recibo un beso de agradecimiento?

—No, creo que no. Creo que nada me obliga a besarle.

Se soltó de él y empezó a subir los escalones cuando él gritó airado:

—¡Ya me ha dicho Nerissa que eres una cursi, y es verdad! ¡Que no se atreva a pedirme más favores nunca!

Hannah abrió la puerta y entró, sin mirar hacia atrás. La casa estaba silenciosa y a media luz. Henrika seguramente se habría ido hacía horas y la señora Van Eysink le había dado de comer a Paul y ya estaría acostada. Hannah atravesó el vestíbulo y, cuando se disponía a subir las escaleras, se abrió la puerta del salón y apareció el tío Valentín.

—¿Te has divertido? —preguntó.

—No —dijo Hannah sin mayor explicación y se dirigió a las escaleras, pero él estiró la mano y cogió la de ella para obligarla a volverse.

La miró durante un largo minuto y ella le devolvió la mirada, con los ojos muy abiertos para controlar las lágrimas; acababa de darse cuenta de lo que había querido decir Henk acerca de hacerle un favor a Nerissa. Él ni siquiera quería invitarla; lo hizo porque Nerissa se lo había pedido. Pero ¿por qué se le había ocurrido semejante cosa, precisamente a Nerissa?

—Ven a tomar una taza de café —invitó el tío Valentín con amabilidad—. Paul está dormido, acabo de verle.

Hannah le siguió sin decir nada y se encontró sentada en una silla, con una taza de café en la mano y él a su lado.

—Estaba preocupado —empezó él—. Nerissa me ha dicho esta noche que ibas a salir con Henk Van der Kampen; ese chico es un patán, un majadero y un mal educado. No se me ocurre por qué pensó que podíais entenderos. ¿Por qué aceptaste salir con él, Hannah?

De nada le sirvió tener los ojos muy abiertos, ya que una lágrima logró escapar y correr por su mejilla.

—Nerissa dijo que usted quería apartarme un poco de Paul, que yo parecía un dragón a su lado y que no dejaba que la madre le viera lo suficiente —se detuvo para tragar las lágrimas; entonces se dio cuenta de lo que acababa de decir y sintió que no debía haber hablado de esa manera—. ¡Por favor, olvide lo que le he dicho! Estoy muy alterada; nada de eso es verdad.

—Tienes razón, Hannah, nada es verdad. Yo nunca le he pedido a nadie que te aparte de mi sobrino, y eso es lo último que haría. Además, Corinna te necesita. A pesar de sus buenas intenciones, no está, del todo bien todavía. Tanto ella como su hijo, están saliendo adelante gracias a tus cuidados.

Hannah se secó las lágrimas y suspiró.

—Supongo que interpreté mal a la señorita Van der *Post*. Yo no tenía ningún deseo de salir con Henk, sabe usted, pero me dijeron que usted lo sugirió. Fue horrible, gritó al camarero y montó un escándalo en el restaurante, luego se puso furioso porque no le dejé besarme cuando me trajo a casa. ¡No me gusta nada ese Henk!

—A mí tampoco me gusta, Hannah —dijo sin sonreír, aunque sus ojos brillaban.

—Bueno, dijo además que era una cursi y que Ner… —Se detuvo con brusquedad.

—Continúa —dijo él con voz suave.

—Se me ha olvidado lo que iba a decir —comentó Hannah, dejando a un lado la taza y mirando sus pies—. Creo que me estoy portando como una niña. No entiendo por qué le estoy contando todo esto precisamente a usted.

—¿Por qué dices eso, Hannah?

—Bueno; usted y yo estamos a kilómetros de distancia. Vivimos en mundos diferentes. Su ambiente y el mío son completamente distintos. Creo que Henk me ha echado la culpa de todo lo que pasó en el restaurante por esa razón. Debo ser un fracaso como compañera para cenar. Tampoco con usted tuve demasiado éxito, ¿no es así?

El tío Valentín murmuró algo entre dientes, luego se levantó y fue hasta donde ella estaba sentada. Parecía enorme, así de pie junto a ella, y extrañamente reconfortante.

—Estás muy guapa con ese vestido, Hannah —ella alzó la vista con timidez. No estaba acostumbrada a oír cumplidos, especialmente cuando venían de señores elegantes y seguros de sí mismos. Se secó las últimas lágrimas con el dorso de la mano y le dedicó una sonrisa.

—Es nuevo —le explicó—. Lo compré por si salía alguna vez. Bueno, al menos he tenido la oportunidad de usarlo.

Se puso de pie y el tío Valentín no se movió en absoluto.

—Creo que más vale que me vaya. Paul no tardará en despertarse y no quiero que empiece a llorar y despierte a todo el mundo.

—Buenas noches, Hannah —dijo con gentileza después de besarla con sentimiento.

Ella murmuró algo y luego salió de la habitación, subió las escaleras y entró en su alcoba. Había un espejo de cuerpo entero dentro del armario y se puso frente a él para contemplarse. El vestido era bonito, pero cualquier mujer sabría a primera vista que era corriente y sospechó que Valentín era bastante hombre de mundo para darse cuenta de ese detalle.

Examinó su cara; suponía que no estaba tan mal, pero no tenía una belleza especial, y su pelo, aunque era largo y fino, era de color castaño muy corriente. No había nada en ella para atraer a un hombre, por lo menos, al hombre que a ella le hubiera gustado atraer. Además, él ya estaba acaparado por la bella y odiosa Nerissa. «Estás loca», le dijo a su reflejo, «los hombres como Valentín no se fijan en muchachas como tú». Se alejó del espejo y empezó a desvestirse. Lo que le había ocurrido era muy extraño. Cuando conoció al tío Valentín, éste ni siquiera le simpatizaba y ahora estaba enamorada de él.

Le sirvió bastante para su paz espiritual no verle durante varios días, y cuando le vio, Nerissa estaba con él, llena de sonrisas y falsa dulzura, haciendo carantoñas el niño y preguntando cuándo se iría Hannah.

—Debe extrañar a sus amistades —le dijo con una sonrisa, pero con frialdad en la mirada— y también a su madre. Me ha contado Valentín cuánto depende de usted. Es muy amable por su parte pagar a la acompañante mientras usted está fuera, pero, claro, quiere muchísimo a Corinna y ella estaba encaprichada en que usted viniera —el tono implicaba que ella no podía de ninguna manera entender el porqué de ese capricho.

Nerissa se inclinó sobre la cuna y Hannah se sorprendió al escuchar estas palabras. Ella siempre creyó que los Van Eysink contrataron a la señora Slocombe y que el tío Valentín sólo hizo los arreglos para evitarle problemas a Corinna.

—Es un niño precioso —dijo Nerissa con voz lo bastante alta para que Valentín, que hablaba cerca de allí con los Van Eysink,

pudiera oírla.

En realidad parecía un querubín allí acostado, bien despierto, sonriendo con alegría. Hannah, llena de odio por Nerissa, lo sacó y se lo ofreció. Necesitaba que le cambiaran los pañales y no le haría daño a esa bruja darse cuenta de que los niños bonitos no siempre eran muñequitos que olían bien.

El tío Valentín las observaba. Nerissa, con una sonrisa fingida, aceptó el pequeño paquete, dirigiendo una mirada furiosa a Hannah y al hacerlo, cogió al niño como si se tratara de una bolsa con huevos rotos. La sonrisa desapareció con rapidez y estaba a punto de echarse a llorar cuando el tío Valentín cruzó el césped con agilidad, cogió al sobrino en brazos y se lo devolvió a Hannah.

—Creo que tú estás equipada para cuidar de él en este momento, Hannah —observó con calma, lo que hizo que un escalofrío recorriera la espina dorsal de Hannah. Se dio cuenta de que el tiro le había salido por la culata. El hombre que la miraba con tanto disgusto no se parecía en nada al que la besó la otra noche.

Puso a Paul en el cochecito y se lo llevó a su cuarto. Ya estaba limpio y feliz en sus brazos, cuando se abrió la puerta y entró Valentín.

—No ha estado bien lo que has hecho, Hannah —observó sin preámbulo—. Nerissa no sabe nada sobre niños.

Había llegado a un punto en el que ya nada le importaba, así que comentó:

—Pues ya es hora de que aprenda. ¿Cómo demonios va a hacer cuando tenga los suyos? Supongo que tendrá una niñera permanente, y media hora después de tomar el té verá a las pequeñas criaturas limpias y secas que ni siquiera sabrán que ella es su madre —se detuvo, porque las lágrimas estaban a punto de salir de sus ojos, llenos de ira, al pensar que los hijos del tío Valentín iban a tener una madre de ese tipo, cuando él seguramente sería un padre ideal.

—No todos somos iguales, Hannah —declaró él.

—Ya lo sé, pero ella nunca cambiará, seguirá siendo igual aunque tenga un hijo; en lo único que piensa es… —Se detuvo de nuevo al ver la mirada fija de él. El silencio que siguió fue muy largo y luego ella dijo en voz muy baja—: Supongo que usted tendrá ganas de regañarme, y lo comprendo muy bien, pero no diré

que siento lo que he dicho.

—No tengo intenciones de regañarte, Hannah, y no espero disculpas; ya discutiré el asunto con Nerissa. Veo que no estás contenta, ¿verdad? ¿Quieres volver a Londres? Tenía esperanzas de convencerte de que te quedaras otra semana, pero si quieres irte, creo que se podría hacer algún tipo de arreglo.

—¿Quiere usted que me vaya?

—No, Hannah, no quiero que te vayas.

—Henrika atiende muy bien a Paul, y yo debo costarle una fortuna al señor Van Eysink.

—Tú se lo entregarás todo a ella cuando tengas que marcharte. Yo me encargaré de que venga a quedarse varios días antes de que te vayas, para que sepa exactamente lo que tiene que hacer —él sostenía su mano y ella no tenía deseos de soltarla, ya que él parecía haber olvidado que la tenía ahí—. ¿Qué vas a hacer en tu día libre?

—Pienso ir a Baarn a comprar algo para mi madre; también me gustaría conocer el pueblo.

—¿Hasta qué hora se queda Henrika?

—Hasta las seis, así que tengo todo el día. Él asintió, le soltó la mano y se puso de pie.

—Bueno, debo irme, tengo que dar una conferencia esta noche. No has visitado el hospital, ¿verdad, Hannah?

—No, sólo conozco la sala de cuna y la de operaciones. Es un hospital maravilloso, ¿verdad?

—Eso creemos nosotros. Voy a arreglar una visita para ti antes de que vuelvas a Inglaterra. ¿No podrías hacer tus compras en Utrecht el sábado y combinaríamos las dos cosas?

Hannah no entendía por qué el doctor era tan amable.

—Claro que sí, pero ¿será apropiado? ¿No está el sábado una buena parte del personal fuera de servicio?

—No lo creo. Yo te avisaré.

Cuando el doctor salió, Hannah se quedó largo rato pensando en él. Se había portado muy mal y él, sin embargo, había sido de lo más correcto con ella; hasta un poco divertido, le pareció. Tal vez también Nerissa lo tomara a broma.

El viernes, la señora Van Eysink le dijo que el tío Valentín había telefoneado para decir que ella podía visitar el hospital el sábado.

—Te espera a las dos, Hannah; Paul te llevará en el coche. El tío dijo que él se encarga de que alguien te traiga después. ¿No te parece bien? Creo que te divertirás. No te has divertido en absoluto desde que llegaste. Si no hubiera sido por la enfermedad de Paul, habrías tenido más libertad. ¿No estás enfadada por haber tenido que trabajar tanto?

—En absoluto —le aseguró Hannah—. Me siento muy a gusto aquí, y voy a echarles de menos a todos cuando me vaya.

—También yo te voy a echar de menos —aseveró la señora Van Eysink con una lágrima furtiva en los ojos—; pero no tenemos que pensar así. Yo debo convencerme de que estoy bien y también mi hijito. Paul está muy contento porque tanto el niño como yo estamos bien. Es un padre excelente. Un día también tú tendrás un buen marido, Hannah.

«No», pensó Hannah para sí; «si no puedo tener a Valentín, no quiero a nadie más. Y a él no puedo tenerlo». Forzó una sonrisa y dijo:

—Así lo espero.

Capítulo 6

El sábado por la mañana, cuando se levantó Hannah, hacía más calor que nunca; el cielo estaba azul y el viento no soplaba. Sospechó que se avecinaba una tormenta antes de llegar la noche y mientras bañaba a Paul pensó qué se pondría.

No tenía mucho dónde escoger, de modo que se decidió por una falda plisada, una blusa y una chaqueta que combinaba muy bien con el color de la falda; así, si llovía no estaría ridícula, y, si hacía calor, podría quitarse la chaqueta.

Tan pronto como llegó Henrika, se cambió de ropa y sacó la bicicleta del garaje para ir al pueblo a echar unas cartas al correo. No sabía cuánto duraría la visita al hospital y lo más probable era que no tuviese tiempo para ir de compras; además, no sabía cómo iba a regresar. Tal vez alguien la llevara hasta el autobús que pasaba por la carretera principal y la dejaba a medio kilómetro de la casa. No tenía intenciones de preocuparse por ello, mientras pudiera estar de regreso a las seis de la tarde.

Se arregló el pelo y las uñas y se maquilló de nuevo antes de comer con el matrimonio. Después de comer el señor Van Eysink la llevó en el coche hasta Utrecht.

Al llegar al hospital Paul insistió en acompañarla para mostrarle el camino. Fueron a lo largo de un ancho corredor lleno de puertas. El señor Van Eysink le explicó que ésa era la parte vieja del hospital, y era la que usaba la administración. Mientras hablaba abrió una de las puertas y la condujo adentro.

Entraron en una habitación amplia con una mesa en el centro, una docena de sillas alrededor, y dos sillones de cuero junto a la

pared. El tío Valentín estaba sentado en uno de ellos y, cuando les vio, se puso de pie.

—Justo a tiempo, ¿no Valentín? —saludó Paul; luego se dirigió a Hannah—: Que te diviertas.

—Pareces sorprendida —observó el tío Valentín.

—Bueno; la verdad es que lo estoy. Yo pensé que habría una enfermera.

—¿Por dónde quieres empezar? ¿Tal vez la sala de urgencias?

Estaban muy ocupados allí, pues Utrecht era una ciudad grande y daban servicio a los pueblos de los alrededores. Hannah, callada al principio, se relajó y comenzó a hablar y a hacer preguntas. Cuando llegaron al piso médico, preguntaba más cosas de las que él podía responder.

Lo último que visitaron fue el ala pediátrica, que ella nunca tuvo la oportunidad de explorar cuando estuvo allí con el pequeño Paul. Fue agradable volver a saludar a la enfermera-jefe y tener tiempo de ver las cosas con calma. Como ése era el lugar de trabajo del doctor Valentín, tardaron bastante mientras Hannah metía las narices en cada rincón de la unidad. Al fin se sintió satisfecha y dijo con cierto sentido de culpabilidad:

—¡Qué tarde es! Perdone, creo que por mi culpa ha perdido usted la tarde.

—En absoluto, Hannah —respondió mientras bajaban con lentitud los escalones. Cuando llegaron al vestíbulo de entrada ella dijo con rapidez:

—Lo he pasado de maravilla. Es un hospital precioso y estoy muy contenta de haber tenido la oportunidad de verlo en todos sus detalles. Muchísimas gracias, doctor Van Bertes —y le tendió la mano.

Él la cogió de la mano pero no se la estrechó.

—Todavía no hemos terminado —comentó—. Hay algo más que quiero que veas antes de volver. ¿Es muy importante lo que tienes que comprar, o puede esperar una hora?

—No tengo ninguna prisa —aventuró Hannah. Ésta sería tal vez la última oportunidad de hablar con él antes de volver a casa y quería aprovechar cada instante.

—En ese caso, ven por aquí —dijo y se dirigió al estacionamiento donde los médicos dejaban sus coches. El coche del

doctor estaba allí, y él abrió la puerta para que ella entrara. Hannah supuso que irían a visitar otro hospital que tenía interés que ella viera.

Las calles estaban llenas de tráfico, gente y coches por doquier, y el tío Valentín no parecía tener prisa, conduciendo el automóvil sin esfuerzo por el centro de la ciudad y luego dando la vuelta por una calle muy estrecha.

Las casas eran antiguas, pero las fachadas habían sido pintadas recientemente y todo estaba limpio y brillante. Al fondo de la calle había una plaza con una hermosa fuente en el centro.

—Que bello es todo aquí —observó Hannah mirando en todas direcciones—. Estas construcciones parecen del siglo diecisiete. Las casas deben ser enormes por dentro, sin duda. ¿Son casas particulares u oficinas?

—¡Dios me libre! —exclamó Valentín con vehemencia y se detuvo frente a una mansión. Hannah le lanzó una mirada inquisitiva que él ignoró. Al abrir la puerta le dijo con informalidad:

—¿Te gustaría tomar una taza de té?

—¡Ay, sí! —exclamó antes de pensar en lo que hacía y luego agregó—: Me parece que ya ha perdido mucho tiempo conmigo. Puedo tomar el té cuando vaya de compras.

—Yo decido lo que hago con mi tiempo, Hannah —murmuró con voz de mando y ella no tuvo deseos de quedarse en la calle discutiendo con él; le acompañó por los escalones hasta llegar a la puerta del frente, que se abrió antes de que llamasen, y apareció un imponente hombre de mediana edad que contestó algo que Valentín le preguntó y luego saludó con cortesía a Hannah.

—¿Es su casa?

—Sí —respondió con cierto orgullo—. Cuando la construyeron, hace unos doscientos años, vivía aquí una familia grande, con un sinnúmero de sirvientes, y ahora me temo que sólo quedo yo. Y Wilrik, claro está —añadió señalando al hombre—, además de su esposa y unas cuantas muchachas que ayudan en las tareas de la casa.

Hannah estaba admirando el imponente vestíbulo. El techo era alto y las paredes estaban recubiertas de madera; sobre una mesa dorada, cubierta de mármol, había un ramo de flores que daba un aire alegre al conjunto. Una espléndida lámpara colgaba del techo,

pero no tuvo tiempo de verlo todo, ya que Wilrik había abierto una puerta doble y el tío Valentín le comentaba algo.

Pasaron a otra habitación que la dejó sin habla. Los extensos muros, recubiertos de seda, estaban llenos de numerosos cuadros enmarcados en ricos marcos dorados y tallados, y el techo, aún más alto que el del vestíbulo, estaba todo pintado. En la pared del frente había un precioso tapiz que armonizaba con los brillantes colores del resto del cuarto. Las vitrinas estaban llenas de porcelanas, cristal y plata que hacían juego con toda la riqueza que las rodeaba y con los cómodos sillones y sillas, así como varias mesitas pequeñas.

—Siéntate, por favor —dijo el tío Valentín.

Y señaló una pequeña silla tapizada con crinolina de color rosa. Cuando ella se sentó, él se dejó caer en un enorme sillón junto a ella.

—Cierra la boca, Hannah. Pareces una trucha preocupada. La indignación se apoderó de ella, pero sólo durante un segundo.

—Pues no soy ninguna trucha, y si espera que no demuestre asombro delante de todo esto, está muy equivocado.

—¿Te gusta? —quiso saber.

—Es preciosa. Supongo que después de vivir aquí mucho tiempo uno se acostumbra y lo ve como algo natural.

—Es probable que sí, hasta que alguien hace algún comentario. Pero, te aseguro que me gusta vivir aquí y pienso seguir haciéndolo.

Una mujer muy sencilla trajo la bandeja del té. Valentín la presentó como la esposa de Wilrik, Meta, y cuando ella salió, dijo:

—Haz los honores, por favor, Hannah.

Ella sirvió el té para los dos con mucho cuidado, ya que las tazas eran de porcelana muy fina y la tetera era antigua y de plata. El tío Valentín cogió la taza con el platito y le ofreció un canapé antes de volver asentarse.

—Mi esposa nunca se sintió a gusto en esta casa —comentó de repente.

—Sí, ya sé que estuvo usted casado —hizo una pausa sin saber realmente qué decir.

—Nos divorciamos hace quince años. ¿No te parece que ya es hora de que me vuelva a casar, Hannah? Casi te doblo la edad.

—No, no es cierto. Yo tengo veinticuatro años.

—Y pareces más joven. Durante varios años estuve muy

satisfecho con mi vida, pero ahora me doy cuenta de que no es suficiente.

—Bueno, pero ya se va a casar con la señorita Van der *Post*; tiene usted suerte. Todo lo que le rodea es bello y su futura esposa es preciosa.

—Sí, es verdad —asintió con sequedad— y muy popular también; tendremos tantos compromisos sociales que no la quedará tiempo para ocuparse de la casa.

—Bueno, es lógico que una mujer tan guapa y tan popular como Nerissa tenga muchos compromisos.

—Sí, pero yo no busco sólo eso —comentó con impaciencia—. Yo quiero tener una esposa que me espere cuando llegue a casa, tejiendo junto al fuego o ayudando a los niños a hacer los deberes; las últimas semanas me he dado cuenta de que eso es lo que en realidad deseo.

—Sería un poco raro —aventuró ella— que una esposa de hoy se dedique a tejer todo el día.

—Nunca he dicho que esté tejiendo todo el día. Yo me ocuparía de hacerla feliz. Debo parecerte un viejo estúpido, Hannah.

—No, no pienso eso —repuso con vehemencia— y entiendo muy bien lo que dice. Quiere llegar a casa por las noches y encontrar a su mujer e hijos esperándole y contentos de verle llegar. Como los Van Eysink.

—Ellos son muy jóvenes.

—¿Y eso qué tiene que ver? Yo creo que se puede amar así a cualquier edad.

—Claro que sí —dijo con una expresión de ternura—. ¿Te gustaría ver algo más de la casa antes de que te lleve de regreso?

Hannah se puso de pie. Sin duda él estaba arrepentido de haber hablado así con ella; a lo mejor había discutido con Nerissa y estaba preocupado.

—Sí, me encantaría, pero no quisiera hacerle perder más tiempo —asintió mirando el reloj—. Son más de las cinco y supongo que tendrá algo que hacer esta noche.

—Sí, pero hay tiempo suficiente —abrió la puerta y cruzaron el vestíbulo hasta otro par de puertas que conducían al comedor.

La joven se quedó sin habla. Se encontró en un magnífico cuarto; las paredes estaban recubiertas de madera. Había dos

enormes ventanas, por las cuales entraba un torrente de luz. Lo que más le llamó la atención a Hannah fue una espléndida mesa de caoba que había en el centro de la habitación, alrededor de la cual estaban colocadas doce sillas estilo *Chippendale*; un aparador, también de caoba labrada, estaba contra la pared, y en la esquina una vitrina de la misma madera, llena de objetos de plata y porcelana. El suelo era de madera pulida y barnizada, casi cubierto por sedosas alfombras.

—¡Es precioso! —suspiró Hannah emocionada, queriendo quedarse un rato, pero su anfitrión la condujo a través de la habitación hasta una pequeña puerta en el otro extremo y entraron a otro cuarto más pequeño, con alegres cortinas de *chintz* floreado. Había una mesa redonda, con seis sillas tapizadas en brocado rojo y un precioso mueble de estilo holandés tipo escritorio, con una silla de nogal frente a él y, colocado cerca de una pequeña chimenea, un cómodo sofá cubierto con tapicería hecha a mano. Era un cuarto acogedor, muy íntimo, y Hannah se volvió a mirar a Valentín quien la observaba con una débil sonrisa dibujada en los labios.

—¿Te gusta? Mi madre siempre usaba este cuarto para lo que ella llamaba sus momentos de quietud. Aquí hacía sus cuentas y se sentaba a coser o tejer mientras yo, en la mesa, luchaba con mis trabajos escolares. Mi hermana y hermanos eran más jóvenes que yo; todavía estaban en sus cuartos jugando, y mi padre rara vez llegaba antes de las seis.

Ahora sabía por qué añoraba que su mujer lo esperara ya fuera tejiendo o haciendo alguna otra labor, con sus hijos cerca. Se sintió al borde de las lágrimas al pensar en Nerissa, quien seguramente no sabía tejer ni pensaba tener hijos. Trató de encontrar algo que decir y decidió quedarse callada. Por fin, dijo:

—¿Cuántos hermanos y hermanas tiene?

—Una hermana y dos hermanos. Todos están en Canadá en este momento, pero viven en Holanda. Todos están casados. Mi vida, Hannah, no siempre ha sido fácil y bonita. Cuando yo tenía un año, durante la guerra, se llevaron a mi padre a un campo de concentración. Volvió dos años después y, quizás porque vio la muerte muy cerca, desde entonces sólo pensó en su mujer y en sus hijos, y en crear un mundo mejor para ellos. Era un hombre extraordinario.

—¿Y su madre?

—Murió hace dos años; te hubiera simpatizado. Nunca se recuperó después de la muerte de mi padre. Como dato curioso, la hermana de ella vive aún; tiene ochenta años y está muy bien para su edad. Tenemos que visitarla un día para que la conozcas antes de volver a Inglaterra. Por aquí se sale al vestíbulo —dijo al abrir otra puerta—. Aquí está mi estudio —y antes de que ella pudiera asomar la nariz, cerró esa puerta y abrió otra que conducía a la biblioteca.

Era otra habitación muy amplia, bien iluminada por dos ventanas altas, con hileras de libros que cubrían los estantes y una galería que corría a media altura con una pequeña escalera de caracol en una esquina. Las sillas parecían cómodas y había suficiente espacio para que una docena de personas se sentara allí a leer, sin molestarse unas a otras.

—La persona que construyó esta casa debe haber tenido una familia muy numerosa —comentó Hannah.

—Doce hijos, según me dijeron, y todos vivieron hasta una edad bastante avanzada, lo que era bastante raro en esos días. Mis hermanos y mi hermana ya tienen cinco hijos entre todos, y supongo que habrá más.

—A mí me gustan las familias grandes —declaró Hannah—; supongo que se debe a que yo soy hija única —en eso vio el reloj sobre la chimenea y exclamó—. Dios santo, ya son casi las seis. Creo que va usted a llegar tarde a su cita. Gracias por enseñarme su casa, es preciosa y siempre la recordaré.

El tío Valentín no puso ningún reparo. La siguió de vuelta al vestíbulo donde Wilrik, como empujado por un sexto sentido, esperaba para abrirles la puerta; esta vez hizo una leve reverencia y le dirigió a Hannah una sonrisa paternal.

Hannah se esforzó para que no decayese la conversación durante el camino de regreso; pero aunque su compañero respondía a todas las preguntas, ella tenía la sensación de que estaba lejos de allí con los pensamientos. Lo más probable era que estuviera contento de que la tarde hubiera llegado a su fin e impaciente por llegar a su compromiso de la noche.

Pero, al parecer, estaba equivocada. Al llegar a la villa, él bajó del coche, le abrió la puerta y luego la acompañó adentro. Una vez en el vestíbulo, Hannah extendió la mano con cortesía y empezó el

discurso de agradecimiento, pero él no la escuchó; le cogió la mano, eso sí, pero no para saludarla, sino para retenerla, y cuando Paul Van Eysink entró, para saber si se había divertido y para preguntar si querían beber algo, él la sostenía aún.

—Ahora no tengo tiempo —dijo mirando el reloj—. ¿Qué tal si vuelvo dentro de una hora? ¿Te da eso suficiente tiempo para atender al niño y cambiarte?

—¿A mí? —preguntó con enorme sorpresa.

—Sí, a ti. Te quiero invitar a cenar, Hannah.

—¿De verdad? —preguntó tan azorada que los dos hombres se rieron—. ¿Y Nerissa? ¿No le importará a ella?

—¿Por qué habría de importarle? —respondió en un tono que implicaba que si fuera alguna otra persona en vez de Hannah tal vez sí tendría objeción—. Sólo vamos a cenar juntos, Hannah. Nerissa se ha ido a París durante el fin de semana y, sin duda, también ella estará cenando con alguien. ¿Por qué va uno a verse obligado a cenar sólo cuando no está el otro?

A Hannah le pareció una explicación demasiado larga e innecesaria, pero podía entender ese punto de vista; además, ¿que podía temer Nerissa de ella? No era una rubia arrebatadora, como la señorita Van der *Post*; era una chica corriente, en la que el doctor nunca se fijaría.

—¿Hannah?

—Perdone, estaba pensando…

—¿Te parece bien a las ocho entonces? —inquirió él con los ojos brillantes.

—Sí, claro. Estaré lista. Iré a preguntarle a la señora Van Eysink si no tiene otros planes.

—No los tiene —declaró el marido con ánimo—. De hecho, estábamos pensando en una noche tranquila, atendiendo a Paul para ir practicando, de modo que no tienes que volver para el biberón de las diez. Si nos lo dejas todo preparado, nosotros le daremos de comer.

—Son ustedes muy amables; pero de todas maneras creo que debo preguntárselo —se disculpó y fue a ver a la señora.

Hannah cambió al pequeño y, después de darle el biberón, le acostó en la cuna. Luego, se dedicó a arreglarse ella misma. No tenía mucho tiempo; se dio una ducha, se puso el vestido de punto

rosa y, en diez minutos, se maquilló y arregló el pelo para estar lista a la hora convenida. Cuando llegó abajo, el tío Valentín ya estaba en el salón, conversando con los Van Eysink. Parecía el príncipe azul con el que todas las chicas sueñan. Se puso de pie al verla entrar:

—Así me gustan las mujeres, puntuales. Vámonos, he reservado una mesa para las ocho y media. De modo que no estaba lejos el lugar al que iban. Hannah no preguntó dónde la llevaba; se sentó a su lado, sintiéndose feliz y hablando despreocupadamente de cualquier cosa que le viniera a la mente.

—¡Qué rápido ha pasado el verano! —observó—. Y ha sido tan bello…

—¿En lo que respecta a clima? —inquirió él sin convicción.

—En todo. Es una pena que la señora Van Eysink tuviera ese terrible accidente, pero si no hubiera sido por eso nunca habría tenido la oportunidad de cuidar de Paul y de venir a Holanda.

—Y de trabajar veinticuatro horas al día y sacrificar tu tiempo libre sin chistar —comentó él secamente.

—Eso no tiene importancia. Voy a echar mucho de menos todo esto, cuando me vaya.

—¿Vas a volver al hospital o tienes otros planes?

—No, si me quedo allí, tarde o temprano me ofrecerán un puesto de enfermera jefe.

—¿Es eso lo que ambicionas, Hannah?

—No especialmente, pero la paga es mejor —miró hacia fuera por la ventanilla y dijo—: Ah, es Utrecht. ¿No hemos pasado por aquí esta tarde?

—Aquí es donde viniste con Henk —antes de que ella pudiera hacer ningún comentario, él estacionó el coche, abrió la puerta para que ella saliera y la tomó del brazo, mientras se dirigían al restaurante.

Hannah no estaba muy contenta. No se había divertido allí con Henk, pero no recordaba haberle dicho al tío Valentín dónde había ido esa noche.

De todos modos estaba convencida de que su actual acompañante no les gritaría a los camareros y, aunque ella fuera aburrida, no se lo diría en la cara. Pronto descubrió, sin embargo, que esa velada no iba a ser nada parecida a la desastrosa salida con

Henk.

Les condujeron a una mesa junto a la pista de baile y el *maître* llamó a un camarero para que les atendiera; en un abrir y cerrar de ojos aparecieron las bebidas y, poco después, les presentaron los menús.

El tío Valentín apenas había abierto la boca, pero allí estaba el *maître* de pie, recomendando el plato especial de ese día, preguntando con dulzura si a Hannah le gustaban los espárragos al natural como principio, o si tal vez prefería una ensalada de aguacate con una salsa especialidad del chef.

Hannah empezó a sentirse relajada y contenta. Le encantaba que la mimaran, y cuando miró en forma inquisitiva al tío Valentín, él sugirió que tomara los espárragos, que eran deliciosos, y le dijo que después comiera la langosta *thermidor*. Hannah, que nunca la había probado antes, pensó que era una buena idea y cuando el camarero se alejó y ella sorbía con gusto el jerez, le comentó con algo de timidez.

—No parece ser el mismo lugar al que vine con Henk; quiero decir que él pidió la comida sin preguntarme siquiera qué me gustaría tomar. Supongo que pensó que no sabría qué escoger. ¡Así sí es divertido!

—Me alegro mucho, Hannah. ¿Te gusta bailar? Ella asintió.

—Entonces dejaremos que la cena espere un poco.

Era una pista bastante amplia y no había mucha gente. El tío Valentín bailaba como ella supuso que lo haría, y aunque ella tenía pocas oportunidades para hacerlo, no bailaba mal. Bailaron en silencio y cuando la música cesó volvieron a la mesa y empezaron a comer los espárragos.

—Bailas muy bien —observó Valentín, probando el vino que el camarero acababa de servir y asintiendo con aprobación. Hannah observó mientras le llenaban la copa y cuando el hombre se retiró dijo:

—Ya sé que no es clarete; parece champán, ¿no?

—Claro —rió Valentín—. Es champán y va muy bien con la langosta.

—¿Ah, sí? Como usted puede ver, no salgo muy a menudo —probó un poco el líquido ámbar y dijo con un suspiro—: Está delicioso.

—Me alegro de que te guste. ¿Quieres bailar otra vez? Bailaron una pieza y se sentaron de nuevo. Unos minutos después el camarero llevó la langosta. Hannah pensó en el placer de ser servida con cortesía y destreza, como si ella fuera alguien importante a quien había que complacer a toda costa; y sin embargo, su acompañante no hizo ningún esfuerzo para impresionar a nadie ni trató de llamar la atención de las demás personas. «Ésta sí es una compañía agradable». Iba a la mitad de la langosta cuando alzó los ojos y le vio mirándola, de modo que se quedó con el tenedor a medio camino. Él parecía divertido por algo y ella miró la copa, pensando si de nuevo había bebido más de la cuenta y estaba hablando otra vez demasiado.

—¿Estoy parlanchina de nuevo? Me mira de una forma…

—Hannah, quiero suplicarte que olvides ese estúpido comentario que hice. No me gusta que pienses que soy un ogro mal educado.

—Usted no podría ser mal educado aunque lo intentara —aseguró Hannah con ternura—. Arrogante sí, pero siempre con cortesía, y está muy lejos de ser un ogro.

—En ese caso, podemos bailar otra vez.

Era medianoche cuando volvieron a la villa. La casa estaba a oscuras con excepción de una lámpara en el vestíbulo y otra en el descansillo de la escalera. Hannah pasó frente al tío Valentín, al abrir éste la puerta para dejarla entrar, y se detuvo.

—No sé cómo agradecerle esta espléndida velada. La recordaré siempre.

—Yo también, Hannah —para su sorpresa, él salió con rapidez, dejándola allí, preguntándose qué había dicho para hacer que se fuera con tanta prisa.

Mientras se desvestía pensando en eso, le echó un vistazo al niño dormido en la cuna y se metió a la cama, donde, a pesar de tener mucho sueño, se quedó despierta, reviviendo cada instante y cada palabra de Valentín.

Al fin logró conciliar el sueño. Unas horas más tarde la despertó el llanto de Paul:

—Pareces un pajarito hambriento, pero tragas como un gigante —le dijo con amor—. ¿Me echarás de menos cuando me vaya? No lo harás. Me olvidarás muy rápidamente, igual que Valentín —murmuró acariciando las sonrosadas mejillas.

Una lágrima corrió por la cara de Hannah y cayó sobre la calva cabecita. Dejó de mamar en el biberón para mirarla con los despiertos ojitos azules.

No vio a Valentín en los días que siguieron. Si se había ido de viaje, no había motivo para que nadie se lo dijera. A la hora de las comidas, cuando estaba con los Van Eysink, se hablaba acerca de la partida de ella y los arreglos que tenían que hacer; de la llegada de Henrika, quien tomaría su lugar dos días antes de irse Hannah.

La señora Van Eysink había estado en Utrecht para una revisión médica y el resultado era satisfactorio. Se hablaba mucho acerca de las vacaciones que tomarían en el otoño, pero nunca se mencionaba al tío Valentín.

Una tarde, cuando sólo faltaban cinco días para que Hannah volviera a su casa, Nerissa fue de visita. Hannah estaba en el cuarto de Paul, preparando el biberón, colocando la ropita del niño y escribiendo una cuidadosa lista de instrucciones para Henrika, que llegaba al día siguiente. Había llovido y no sacaría a Paul hasta más tarde. El verano se estaba convirtiendo en un otoño húmedo, aunque todavía hacía calor. Sentada junto a la ventana abierta, concentrada en su trabajo, al principio Hannah no oyó las voces que venían de la planta baja, pero de repente reconoció la voz de Nerissa que decía:

—Vamos a sentarnos aquí, Corinna, y por favor, hablemos en inglés. Dentro de poco iré a Inglaterra con Valentín y tengo que practicar el idioma —lo correcto hubiera sido alejar la silla de la ventana, para no oír, pero Hannah se acercó aún más para escuchar mejor—. ¿Ya se va Hannah dentro de unos cuantos días, verdad? —preguntó Nerissa con una risita—. La vas a echar de menos.

—Mucho —respondió Corinna con una voz menos audible, ya que hablaba con voz más baja—. La hemos hecho trabajar mucho y ella nunca se ha quejado. Tiene muy poco tiempo para sí misma aquí.

Hannah no se dio cuenta de la mirada que Nerissa lanzó hacia la ventana donde ella estaba, pero sí escuchó claramente sus palabras.

—Mira, estoy segura de que en el hospital trabaja aún más y en un ambiente mucho más desagradable. Además, ha ido a montar muchas veces y también ha salido con Henk.

—¿Por qué le dijiste a Henk que la invitara? —preguntó Corinna

—. La pobre no se divirtió nada con él. Si no llega a ser por Valentín, que la llevó a cenar el otro día, se habría ido de aquí sin pasar una sola noche agradable.

Hubo una pausa.

—Ah, es verdad, se me había olvidado —tanteó Nerissa con precaución, pero las que escuchaban no se dieron cuenta de ello—. A cenar y a bailar —dijo Nerissa intencionadamente.

—Así es, no volvieron hasta pasada medianoche.

—Sí. Valentín me ha dicho que nunca se había aburrido tanto. Ella no es su tipo, claro, pero se sentía en la obligación de llevarla a algún sitio antes de que volviera a Inglaterra. Henk la encontró aburrida a morir, pero, claro, él es demasiado joven para ocultar sus sentimientos; Valentín sabe hacer las cosas de maravilla, ella hasta pensó que él también se divertía.

—No creo que debas decir eso —dijo Corinna—. Hannah es una chica encantadora, nosotros nunca la hemos encontrado aburrida.

—¡Eres tan inocente, querida! —rió Nerissa—. Cualquier hombre la encontraría insípida, sobre todo Valentín; pero eso sí, él siempre cumple sus obligaciones. Yo no debía haber aceptado esa invitación para ir a París, pero así él pudo atender ese asunto sin desperdiciar una noche que podía pasar conmigo.

—No está bien que digas eso —declaró enfadada Corinna—. Valentín sabe cuánto le debemos a Hannah.

—Claro que lo sabe y por eso se molestó en hacerlo. Después de todo, él no dispone de mucho tiempo libre, y al sacrificar todo un día tratando de divertir a alguien que no le importa si vuelve a ver o no, demuestra que está enterado de cuánto la estimáis. Él haría lo que fuera por Paul y por ti, Corinna. No me ha dicho si bebieron champán, pero seguro que sí. Nunca hace las cosas a medias.

—El tío Valentín es el mejor hombre que conozco, después de Paul, claro —declaró Corinna secamente—. Tienes mucha suerte, Nerissa.

—Sí, ¿verdad? —exclamó la joven con una carcajada sarcástica —. El lo tiene todo. Una casa preciosa, un chalet en el campo, mucho más dinero del que yo podré gastar y un nombre prestigioso en el mundo de la medicina.

—No me refería a eso —la voz de Corinna era fría y airada—. Quiero decir que es una persona agradable, amable, paciente y con

un corazón de oro.

—Bueno, eso también, claro —comentó Nerissa despreocupada—. Vamos dentro. Parece que va a llover y no quiero que se me estropee el peinado.

Hannah se quedó inmóvil como una estatua. Los fisgones rara vez escuchan algo bueno acerca de sí mismos, eso lo sabía muy bien, y ahora estaba plenamente demostrado. Como ella no era una persona de mente retorcida, ni siquiera se le ocurrió que Nerissa hubiera preparado el escenario y que con toda deliberación hubiera torcido la verdad.

Estaba roja de indignación y vergüenza, imaginando al tío Valentín contándole todo eso a Nerissa, riéndose a mandíbula batiente de ella; ni por un momento imaginó que Nerissa no sabía nada del asunto, excepto que él sacó a cenar a Hannah, y que lo demás lo había inventado para usarlo en su propio beneficio.

—Bueno —le dijo en voz baja al niño dormido—, así es como están las cosas. No puedo dejar de amarle, pero tengo que tratar de olvidarle. Afortunadamente me voy pronto y ya no tendré que verle nunca más.

En eso estaba equivocada, ya que le vio al día siguiente. Los Van Eysink habían decidido organizar una fiesta de despedida para ella. No le habían dicho nada, ya que querían que fuese una sorpresa.

El día siguiente Hannah estuvo muy ocupada preparándolo todo para el viaje y dándole a Henrika las últimas instrucciones.

Eran casi las siete y el niño ya había comido y dormía plácidamente. Las dos chicas estaban limpiando la habitación juntas, cuando la señora Van Eysink entró a verlas. Henrika, que estaba enterada del secreto, sonrió cuando la señora le dijo a Hannah que se pusiera un vestido bonito y bajara a la planta baja.

—Hoy vamos a cenar un poco más tarde —explicó—; tenemos una fiesta, Hannah, de modo que quiero que te arregles y bajes cuanto antes. Henrika se quedará aquí con Paul y después bajará a cenar —luego sonrió y la cogió del brazo—. Es para ti. No es gran cosa, pero queremos que sepas que te estamos muy agradecidos por todo lo que has hecho.

Hannah se dio una ducha y se puso uno de sus bonitos vestidos cortos; luego descendió la escalera, un poco nerviosa.

El salón estaba lleno de gente. Alguien le puso una copa en la

mano y luego pasó de un grupo a otro; todos tenían algo amable que decirle. El señor Van Eysink propuso un brindis en honor de ella y la joven se quedó de pie sin saber qué hacer ni hacia dónde mirar. Estaba tratando de alejarse del círculo de gente que la rodeaba, cuando vio al tío Valentín, con Nerissa colgada de su brazo.

Se volvió rápidamente y sintió un gran alivio al ver que la madre de la señora Van Eysink se dirigía hacia ella y empezaba a charlar animadamente. La señora no hablaba gran cosa de inglés y el holandés de Hannah no alcanzaba más de una docena de palabras, de modo que tuvo gran dificultad para explicarle a la mujer que su nieto estaba ya perfectamente. Cuando pudo, lanzó una mirada de reojo y no había señales de Valentín. Estaba más tranquila, cuando oyó su voz a sus espaldas:

—Buenas noches, Hannah. Espero que te estés divirtiendo, aunque para nosotros no es ésta una ocasión feliz.

Se dio la vuelta con brusquedad, aliviada al ver que estaba calmada y despreocupada.

—Es una fiesta muy bonita, gracias, y me estoy divirtiendo mucho. Claro que voy a echar de menos a Paul, pero estoy segura de que Henrika va a cuidarle perfectamente, sé que le dejo en buenas manos. —Hannah recordaba todas las cosas que había dicho Nerissa. Tendría que inventar algo para que Valentín no se sintiera obligado a quedarse conversando con ella, pero no tuvo que molestarse al acercarse Nerissa y exclamar:

—¡Qué fiesta más bonita, Hannah! ¿No estás contenta?

—Sí, mucho. ¿Me disculpan, por favor? Ahí está la tía de la señora Van Eysink que quería que le informara de algunas cosas acerca del niño —les dedicó una amplia sonrisa y se las arregló para no encontrárselos en toda la noche. Lo que no esperaba era que se quedasen a cenar. Había unas seis personas invitadas, entre ellos Valentín y Nerissa.

Al entrar en el comedor, a la hora indicada para la cena, Hannah encontró en su sitio un enorme ramo de flores.

—Son para que te las lleves a casa —dijo el señor con cariño—. Las pondrán en el sótano para que se conserven frescas —hizo un sonido al golpear el cuchillo contra la mesa y todos se quedaron callados—. Hannah, queremos darte las gracias, ante la familia, por

toda la ayuda que nos has prestado y por la devoción que has demostrado cuidando a nuestro hijo. Aquí tienes esta pequeña muestra de nuestro aprecio que espero usarás y te hará recordarnos.

Hannah abrió el estuche, mientras los demás aplaudían. Había un reloj allí dentro, de oro, muy bonito y elegante. Se lo puso y dio las gracias con voz tímida; se levantó y fue al otro lado de la mesa, donde estaba sentada la señora Van Eysink.

—Se lo agradezco también a usted, señora. Les he tomado mucho cariño a Paul y a usted. Debo decirle que es la paciente más valiente que he tenido jamás.

—Ah, Hannah, no sé cómo expresarte lo que siento, lo único que deseo es que volvamos a vernos otra vez.

Hannah regresó a su sitio y, después de eso, comenzaron a cenar. Sirvieron el tipo de alimentos que Hannah sabía que no comería nunca más, con champán para acompañarlos.

Durante todo el tiempo se las arregló para no volver a ver al tío Valentín que estaba sentado al otro lado de la mesa, y cuando, de forma accidental, se topó con su mirada, ella se volvió con rapidez, pero alcanzó a ver la expresión de su cara, pensativa y triste, lo cual era extraño.

Casi se sintió aliviada cuando notó que era hora de darle de comer al niño y pudo disculparse. Se despidió de todos, de uno en uno, incluyendo a Valentín, aunque en realidad no le dirigió la palabra; luego se unió a Henrika en la puerta y subió las escaleras, contenta de que ya no tendría que volver a verle jamás.

Capítulo 7

Los dos días siguientes pasaron tan de prisa que Hannah no tuvo tiempo de pensar en todo lo ocurrido. Al día siguiente, muy temprano, salía para Inglaterra. Había acabado de hacer sus maletas y estaba sentada en el cuarto de Paul anotando algunas instrucciones de última hora para Henrika, cuando entró Valentín, sin anunciarse.

Hannah palideció al verle y se puso de pie tan repentinamente, que todos los expedientes y notas cayeron al suelo. Él los recogió y los puso sobre la mesa para luego dirigirla una mirada inquisitiva.

—¿Me tienes miedo, Hannah?

—No, desde luego que no; es que me he sobresaltado. Paul está despierto si es que ha venido a visitarle —le entregó las notas y se quedó inmóvil mientras él las leía. Cuando hubo acabado de leer, dijo:

—Muy bien —después hizo la siguiente observación, que a Hannah le pareció fuera de lugar—. Eres una de las pocas mujeres que conozco, Hannah, que todavía sabe quedarse callada. Siempre me distraen acomodándose el pelo, mordiéndose las uñas o dejando escapar suspiros o tosecitas veladas.

—En el hospital eran muy estrictos con nosotras respecto a eso —le dijo con frialdad.

—¿Qué es lo que pasa, Hannah?

—Nada. Supongo que estoy nerviosa.

El alzó las cejas y dijo, con voz impersonal:

—Bueno, ¿qué te parece si reconozco al jovencito? —Lo hizo, con toda calma y cuidado, moviendo ágilmente las manos sobre el

cuerpecito del niño—. Está perfecto. ¿Crees que Henrika sabrá cuidarle como tú?

—Sí, es una buena enfermera. No tardará en volver, si usted quiere hablar con ella.

—No creo que sea necesario. Podrían intentar aumentarle otros veinte centímetros cúbicos, todavía está algo débil, ¿no te parece?

—Sí, ¿pero cree usted que lo soportará?

—Si lo hacen con cuidado, no habrá problema. Dentro de unos diez días estaré en Londres y me gustaría invitarte a cenar, Hannah.

—No, gracias —respondió con voz dura—; voy a estar muy ocupada.

—Eso parece una excusa —hizo un gesto de desaprobación.

—Lo es. No quiero volver a verle jamás. Lo que es más —la voz, a pesar de ella, fue más aguda de lo que pensaba—, estoy segura de que usted no tiene ningún interés en verme a mí tampoco.

Él dio varios pasos y la cogió de las manos.

—¿Qué te ha pasado, Hannah? Algo sucede; también anoche estuviste distante conmigo.

La puerta se abrió y entró Henrika. Valentín susurró una palabra desagradable que ella no oyó y Hannah no pudo entender. Se transformó de nuevo en el doctor agradable, que está visitando a un paciente, saludó a Henrika con afabilidad y, después de hablar con ella unos minutos en su propia lengua, se volvió hacia Hannah con un placentero:

—Adiós, Hannah, te deseo lo mejor para el futuro.

Ella no pudo responder, porque el llanto habría ahogado sus palabras y no quería que Valentín supiera que estaba a punto de llorar.

Cuando el taxi que la conducía desde el aeropuerto se detuvo frente a la puerta principal del hospital St. Egbert, Hannah vio un edificio gris, sucio y poco acogedor, muy distinto de lo que recordaba.

Londres era el mismo, pero Hannah lo encontró todo diferente, le parecía que todo había cambiado, aunque, en el fondo, sabía que la que había cambiado era ella.

Decidió ir a deshacer el equipaje, saludar a sus amigas que estuvieran fuera de servicio y luego ir a ver a su madre, a que hasta el día siguiente no le tocaba reincorporarse al trabajo.

Visitar a su madre no era algo que en este momento le apeteciese mucho, ya que en las últimas dos o tres cartas que recibió de ella parecía insatisfecha; lo que era más, su madre había sugerido que tenía una idea espléndida que quería discutir con Hannah.

Compartió una tetera y una caja de galletas con varias amigas, mientras respondía a toda una serie de preguntas acerca del viaje a Holanda, escuchó los últimos chismes del hospital y, sin muchas ganas, se dirigió a coger el autobús que la llevaría a casa.

El número treinta y seis le pareció más deprimente que nunca, descolorido e inerte bajo un cielo veraniego que se oscurecía por momentos, cubierto de nubes amenazadoras. No había en realidad mucho cielo visible, pensaba Hannah, recordando los cielos abiertos de Holanda, los árboles y los tranquilos senderos y, sobre todo, la preciosa casa antigua en donde vivía Valentín.

Abrió la puerta del apartamento con la llave y entró, llamando a su madre al mismo tiempo para recibir la siguiente bienvenida:

—Ya era hora, Hannah; pensé que el avión llegaba antes de la hora de la comida.

Hannah echó la chaqueta sobre un sillón y entró en el pequeño salón. Su madre estaba acostada, como tan a menudo la encontraba, en un sofá, con un libro sobre el regazo. No se levantó, pero dijo:

—Espero que ya hayas comido, querida. La señora Slocombe me hizo una tortilla deliciosa y siempre me deja unos bocadillos preparados para el té. Ha sido una bendición para mí.

Se sentó y estudió con cuidado a Hannah.

—Estás bronceada, pero no pareces muy contenta. Pensé que después de verte rodeada de tanto lujo, tendrías aspecto de venir de la cima del mundo.

—Fui a trabajar, mamá —exclamó Hannah y se inclinó a besar la mejilla maquillada.

—Sí, querida, ya lo sé, pero no me aburras con los detalles; después de todo, sólo se trataba de un niño, y en el hospital a veces tienes que cuidar a seis al mismo tiempo, ¿no? Ha hecho tanto calor en Londres… a ti te ha ido bien porque estabas en el campo y además con piscina. No creo que pueda soportar otro verano aquí.

—Te gustaría mudarte, ¿verdad, mamá? Si quieres puedo solicitar trabajo en un hospital de provincias y buscaremos una casa

pequeña.

—No quiero decir eso —interrumpió la señora Lang—. Tengo una idea mucho mejor; me extraña que no se te haya ocurrido a ti misma. Puedes dejar el St. Egbert y trabajar a través de una agencia de colocaciones. El otro día, en el club de *bridge*, la señora Angell me dijo que una enfermera particular puede ganar más de cien libras a la semana atendiendo enfermos en sus hogares, además de todos los regalos que recibe. Claro está que, por el momento, no podríamos mudarnos a un lugar mejor, pero yo podría pasar algún fin de semana en la playa y la señora Slocombe quedarse con nosotras. De hecho, ya se lo he pedido.

—¡Mamá! —exclamó Hannah, fuera de sí—. No podemos darnos el lujo de pagarle a ella; creo que son cuarenta libras, ¿no? —preguntó haciendo un rápido análisis mental de sus ingresos—. A mí no me alcanza el dinero para gastar eso y aunque tú usaras tu pensión…

—Eso no lo puedo hacer; sólo Dios sabe lo que tengo que ahorrar y las economías que tengo que hacer para no tocar mi pensión —dijo la señora dejando que una lágrima le corriera por la mejilla—. No sé qué voy a hacer. Si tu padre viviera, nunca te perdonaría esa falta de interés por mí. Cuando él vivía se ocupaba de que yo tuviera esos pequeños placeres de la vida, y las hijas tienen la obligación de cuidar a sus madres; no es como si fueras a casarte.

Hannah se quedó callada durante unos instantes, tratando de frenar su temperamento, la impaciencia y toda una serie de sentimientos poco filiales.

Quería gritarle a su madre que no había motivo alguno por el que ella no pudiera buscarse un empleo de media jornada para contribuir a los gastos de la casa, mudarse al campo y hacer las camas y el desayuno mientras Hannah trabajaba en el hospital de la localidad; disminuir lo que gastaba o sencillamente dejar de quejarse de la mala suerte que tenía. Pero era su madre, se dijo a sí misma, y tenía que velar por ella.

Pensando en su futuro, todo le daba igual. Lo más probable era que nunca se casara; amaría a Valentín el resto de su vida; ella nunca pudo conformarse con platos de segunda mesa. En realidad, ni siquiera le importaba lo que haría ahora. Tal vez un cambio la

ayudaría a olvidar.

—No llores, mamá —dijo en voz baja—. Iré a ver al director del hospital mañana y me despediré. Tendré que seguir yendo por lo menos durante un mes, pero eso me dará tiempo para buscar una agencia.

—¿Y podrá quedarse la señora Slocombe?

—Sí, mamá —ella estaba ahorrando para comprarse un nuevo abrigo de invierno y un par de botas, pero tendría que aguantarse otro año con el viejo y usar el dinero para pagarle a la señora Slocombe. Había gastado muy poco dinero en Holanda y le debían un mes de sueldo en el hospital—. Mamá, ¿podrías tú ayudarme a pagar a la señora Slocombe? Siquiera unas cuantas libras.

Las lágrimas de la señora Lang, que desaparecieron cuando logró lo que quería, aparecieron de nuevo, como por arte de magia.

—¿Cómo puedo yo disponer de un solo céntimo? No tengo nada que ponerme y todo el mundo en el club de *bridge* estrena algo casi cada mes; el cielo sabe que no pido nada del otro mundo.

Hannah pensó que no valía la pena seguir discutiendo. No tenía fuerzas para pelear, porque no tenía ningún interés en el futuro. Extrañaría mucho a los niños, pero tal vez más adelante podría volver a trabajar en el hospital.

—Tengo que irme, mamá. Me tengo que presentar a trabajar mañana temprano. No sé cuándo me toca estar libre, pero te llamaré esta noche.

—Sí, querida. Me alegro de que lo hayas pasado bien en Holanda; las chicas jóvenes no se dan cuenta de las maravillosas oportunidades que tienen. ¿Te han hecho algún regalo?

—Sí, un reloj.

—Ya tienes uno —comentó la señora Lang pensativa—. Tal vez podrías venderlo y el dinero…

—No, mamá.

Eso era algo que conservaría el resto de su vida, se dijo Hannah mientras viajaba en el autobús de regreso al hospital, sólo como un recuerdo de toda la gente que había conocido en Holanda.

Pensaba mucho en Valentín, pero se prometió tratar de olvidarle. Iba a ser muy difícil; parecía estar clavado e instalado permanentemente en el fondo de su corazón, listo para saltar en un momento de descuido. Sabía que las cosas tristes tienden a

palidecer y a tornarse manejables; recordaba que después de la muerte de su padre, sucedió así, y ahora sólo era cuestión de que pasara tiempo hasta que lo lograra también esta vez.

El director del hospital no estaba de acuerdo con la renuncia de Hannah.

—Es usted candidata para el puesto de enfermera-jefe, señorita. No entiendo cómo quiere buscar otro empleo, teniendo ya uno en el que se reconoce su valía. Hannah le explicó cuidadosamente la situación, dejando claro que si abandonaba el hospital, no era por su gusto.

—Considero que es desperdiciar una gran enfermera —dijo con convicción—. La mayor parte del tiempo estará malgastando su talento en pacientes que no necesitarán sus cuidados. Quizá de vez en cuando encontrará algún caso que valga la pena. Me da pena que se vaya —dijo con una sonrisa—, pero comprendo que sienta que es su obligación hacerlo. Le corresponden cinco días de vacaciones, más los dos días libres que le tocan antes, de modo que dentro de tres semanas podrá dejar el hospital.

Eso fue todo. Hannah les dio la noticia a sus amigas esa noche, mientras charlaban tomando el té, y después de un rato ya no trató de explicarles los motivos por los cuales se veía obligada a abandonar su actual empleo.

—¡Vas a odiar ese trabajo! Tus pacientes serán ricachones miserables que te tratarán como a una esclava.

—Ya lo sé —asintió Hannah—, pero necesito el dinero. Además, le he prometido que la llamaría esta noche —y salió a telefonear.

—Yo creo que lo que pasa —explicó Pat Rogers, su mejor amiga, a todas las presentes—, es que está muy deprimida. Parece no importarle lo que pase…

—¿Os ha contado algo acerca del trabajo en Holanda? ¿Ha conocido a alguien allí?

—Supongo que a mucha gente —declaró Luisa y luego añadió con entusiasmo—: Me pregunto si habrá visto allí a ese tipazo… ¿cómo se llama? ¿El tío Valentín? A ella no le simpatizaba, pero era de lo más atractivo —iba a empezar a describir los encantos de él cuando volvió Hannah.

—Bueno, al menos mi madre está contenta —les dijo ella a todas las que la rodeaban.

Tres semanas podían pasar con bastante rapidez cuando uno no quería que lo hicieran. Hannah se encontraba más ocupada que nunca con los prematuros y deseaba, día tras día, que las horas transcurriesen con mayor lentitud. Cuando estaba libre, iba desganada de agencia en agencia, tratando de escoger la que más le conviniera. Recibió noticias de los Van Eysink y ella les contestó, con cartas alegres y animadas en las que no mencionaba en absoluto el cambio de trabajo. Dentro de poco dejarían de escribirle; tal vez se acordarían de enviarle una tarjeta por Navidad durante uno o dos años, luego se olvidarían de ella, de modo que no había necesidad de que lo supieran.

En su casa, Hannah se veía obligada a escuchar la charla excitada de su madre acerca de lo que se pensaba comprar con el dinero extra.

En sus pensamientos, siempre aparecía Valentín. No pudo olvidarle, por más que lo intentó. En la cama, de noche, recordaba cada instante que habían pasado juntos. No sumaban mucho, pero revivía cada uno con placer. Cada vez que recibía una carta de los Van Eysink, esperaba que hablarían de él, pero eso no ocurría nunca.

El había estado varias veces en Inglaterra, y aunque ella le dijo con claridad que no quería volver a verle, tenía la esperanza de que apareciera por St. Egbert, aunque no había motivo para ello; y si Nerissa viajaba con él, como con seguridad lo hacía, entonces, nunca dispondría de tiempo.

Llegó el último día y Hannah guardó sus cosas y se despidió, ofreciendo una pequeña reunión de despedida con teteras y teteras de humeante té y galletitas. Sus amigas le entregaron un regalo.

Irse no fue tan difícil como ella esperaba. Sufrió mucho más cuando se fue de la villa en Holanda; en primer lugar, todavía echaba de menos al pequeño Paul; ninguno de los niños que cuidó después se le parecía, tal vez porque ninguno estuvo tan cerca de perder la vida como lo había estado él.

Además, tenía un trabajo ya, una anciana con pulmonía; vivía en Mayfair y, a cambio de diez largas horas de trabajo al día, estaba dispuesta a pagarle a Hannah un fabuloso salario, el transporte de ida y vuelta y alimentos. La encargada de la agencia de colocaciones le dijo que duraría por lo menos dos semanas, y

Hannah supuso que la mujer debía estar muy enferma; aun con todos los antibióticos modernos, la gente de edad a veces tenía dificultad en recuperarse con rapidez.

Después de la fiesta de despedida Hannah se dirigió a casa, preparó la cena y luego se fue a la cama. Pero no pudo dormir, se quedó acostada, imaginando a Valentín bailando hasta la madrugada con su preciosa Nerissa. En realidad él en ese momento estaba en el Hotel Claridge, sentado en su habitación y pensando en ella. Ya estaba enterado de que había renunciado al puesto en el hospital y quería verla antes de irse de Londres para dar una conferencia en Birmingham.

Había ido a buscarla al hospital, pero ella ya se había marchado, de modo que tendría que verla a la mañana siguiente, cuando Hannah seguramente estaría en casa; tomaría un tren más tarde. Le llevaba saludos de los Van Eysink y de Henrika, además de un informe de los progresos de Paul.

Pero lo que quería saber en realidad era por qué Hannah no quería volverle a ver. No era un hombre presuntuoso, pero estaba seguro de que la original falta de simpatía hacia él ya no existía, y que hasta le gustaba como amigo. Uno aprendía a quererla, reflexionó. Además, en todas esas semanas, no había dejado de pensar en ella.

El teléfono sonó y levantó el auricular para escuchar la voz melosa de Nerissa que quería informarse de cómo estaba. Él le respondió con brevedad y, con la excusa de que estaba cansado, colgó.

Nerissa, al otro lado de la línea, se quedó pensativa. Ella no sabía que Valentín hubiera estado cansado en toda su vida.

A la mañana siguiente, al bajar del autobús en la calle Brook, Hannah le vio. Él acababa de llamar un taxi y la vio al mismo tiempo. Ella ni siquiera se detuvo a pensar y se metió en la red de callecitas estrechas donde estaba la casa de su nueva paciente.

Su respiración era todavía agitada cuando llamó a la puerta de la elegante mansión, mirando por encima del hombro, temerosa de que Valentín apareciera en cualquier momento. Al abrirse la puerta se sintió decepcionada al ver que, efectivamente, él no la había seguido.

La anciana no estaba enferma en absoluto. Según el expediente

que le dejaron a Hannah, había tenido un principio de neumonía en un pulmón y la respuesta al antibiótico fue buena. Ahora estaba acostada en la cama, con un camisón de seda pura adornado de encaje fino, maquillándose la cara. Ni siquiera era tan vieja.

Hannah, a quien le fastidiaban las farsas, tuvo la tentación de dar la vuelta e irse, pero necesitaba el dinero. Había que pagar a la señora Slocombe y hacer frente a los gastos domésticos, como teléfono o gas. Además, tenía que comprarse un uniforme nuevo. Pasó una hora llevando cosas de un lado a otro, y respiró aliviada cuando apareció el doctor.

Era simpático, muy condescendiente y de trato agradable. Cuando Hannah oyó su nombre supo quién era. Era conocido porque ofrecía servicios gratuitos en dos hospitales infantiles por lo menos y nunca cobraba cuando sabía que el paciente no tenía dinero. Ella sintió simpatía por ese hombre tan amable y adoptó una actitud muy profesional mientras examinaba a la paciente, ya que sabía que eso era lo que esperaba que hiciera.

El examen duró bastante tiempo, interrumpido constantemente por las quejas de la señora acerca de innumerables cosas. El doctor pudo manejar la situación con habilidad, gracias a la cooperación decidida de la enfermera. Al fin dijo:

—Mi querida amiga, creo que puede usted levantarse de la cama durante un rato. La señorita Lang sabrá qué hacer para que se sienta cómoda y, si sucede algo, ella me informará inmediatamente.

—¿Cuánto tiempo más tendré que sufrir esta espantosa enfermedad? —inquirió la paciente.

Hannah se preguntaba cómo podía él soportarlo. Pero, en cierta forma esa mujer estaba enferma; enferma de tener demasiado y, a la vez, no tener nada que hacer.

—Me imagino que otros diez días, y luego le sugiero que se tome unas vacaciones en algún lugar tranquilo; tal vez en un hotel junto al mar.

Al estar recibiendo instrucciones en el vestíbulo de la planta baja, Hannah le preguntó:

—¿Cree usted que la señora de Courcy me necesita aquí durante diez días?

—Diferente del trabajo del hospital, ¿verdad, señorita? Creo que tendrá que ser al menos eso. No todos son así, sin embargo. De vez

en cuando se encuentra algún paciente que de verdad necesita cuidados. Buenos días.

El siguiente caso que tuvo fue un anciano encantador que murió cuatro días después y el tercero fue de nuevo en Mayfair, una mujer de mediana edad que sufría de úlcera gástrica y se negaba a mantener la dieta prescrita. Era innecesario tener una enfermera para eso, pero insistió en ello, declarando que se moriría si no se le daba atención constante. Toda una fila de enfermeras habían sido despedidas por ella, así que ya la conocían bien en la agencia. Le sugirieron a Hannah que intentara cuidarla, y, con la actitud pasiva de siempre, accedió a tomar ese trabajo.

—Avísame cuando ya no lo soportes —le dijo la encargada— y buscaré quien te reemplace.

Hannah se presentó puntual a su nuevo trabajo. Llamó a la puerta de la lujosa casa y le abrió un mayordomo que parecía no simpatizar con las enfermeras. La condujo a la planta alta donde estaba la paciente, una mujer todavía bonita que la saludó secamente.

—De modo que usted es la nueva enfermera. Espero que entienda bien mi caso. El doctor Sims no tardará en llegar; mientras tanto usted puede ayudarme a tomar un baño.

El día le pareció interminable. Las seis de la tarde no llegaban nunca y cuando al fin fue la hora, Hannah se sentía cansada y fastidiada. La verdad era que ganaba mucho dinero, pero eso no era vida para ella y no tenía ninguna satisfacción en su trabajo.

Hannah, ya en el autobús de regreso a su casa, pensaba en su situación: «Lo intentaré un mes más, y si no tengo un caso interesante, volveré al hospital. Tendré que despedir a la señora Slocombe y podremos salir adelante». En ese momento no se le ocurría cómo, pero cualquier cosa era mejor que su actual existencia.

Trató de explicárselo a su madre esa noche, pero fue inútil. La señora Lang dijo que estaba segura de que el siguiente caso sería más interesante y había que pensaren los magníficos regalos que le darían.

—Tu primera paciente te regaló ese frasco de perfume tan caro, y la familia del anciano también te dio un buen regalo.

Hannah se dio por vencida.

A la mañana siguiente se fue a trabajar, sintiéndose rendida. No había podido dormir en toda la noche, pensando en Valentín. ¿Qué hacía él en Londres aquel día? Hannah, muy dentro de su ser, tenía la esperanza de que él la buscaría, pero pensaba: «Ni siquiera lo ha intentado; después de todo, sabe dónde vivo, y no le habría sido difícil encontrarme».

La paciente estaba de un humor de mil diablos. La dieta la estaba matando, no había dormido bien, se moría por instantes y a nadie le importaba. El que tuviera un marido afectuoso, una figura vaga de quien la señora hablaba mucho, pero que Hannah no había visto nunca, además de innumerables amistades que la llamaban por teléfono a todas horas del día, eran hechos que olvidaba por completo. Se desquitó de todo ese mal humor con la enfermera, quien, la verdad, no hacía mucho caso a su paciente.

Había pasado la mitad de la mañana y, después de tomar las medicinas, la falsa enferma le ordenó a Hannah que lavara su delicada ropa interior, que era demasiado fina aún para la mejor lavandería. Hannah sabía que ésa no era su obligación, sobre todo en una casa con tanta servidumbre, pero no dijo nada; necesitaba el dinero y no quería arriesgarse a perder ese trabajo.

Estaba lavando cuando, una sirvienta llegó a decirle que se presentara inmediatamente ante la señora. Hannah se enjuagó las manos, se secó y bajó al salón, donde la señora de la casa estaba tumbada en una *chaise-longue*. Trató de recordar si había olvidado ejecutar alguna de las tareas que le habían encargado. No pudo pensar en nada; debía ser alguna locura nueva que se le había ocurrido a la paciente para sentirse más cómoda. Hannah suspiró y abrió la puerta.

Allí estaba Valentín, tranquilo. Su apariencia era la de un conocido miembro de la profesión médica. Había junto a él una chica, sentada en una silla, con un uniforme de enfermera. La paciente estaba hablando por teléfono.

—Buenos días, Hannah —dijo Valentín con una leve sonrisa. Parecía cansado y, tras esa máscara de compostura, ella notó que estaba preocupado. Nadie dijo nada, de modo que tuvo que escuchar la voz de su paciente. Parecía que hablaba con la agencia de colocaciones y, por las miradas que le lanzaba, debía ser algo referente a ella. Colgó el auricular y se dirigió a Valentín:

—Realmente, me ocasiona usted un gran inconveniente —le regañó en tono burlón—, pero la agencia me asegura que la necesidad de usted es mucho mayor que la mía, de modo que le haré el favor de permitir que la enfermera Lang se vaya. La señorita Smith parece muy agradable —añadió mirando a la otra joven.

—Le estaré eternamente agradecido, señora Soames. Me doy cuenta de que usted necesita los cuidados de una enfermera, por eso me tomé la libertad de pedir una sustituía para la señorita Lang. Veo que es usted una persona de buen corazón y puede comprender que mi sobrina la necesita con urgencia. La señorita Lang cuidó al niño desde que nació y lo entiende como nadie, exceptuando a su madre, claro, pero ella está demasiado enferma para poder ocuparse de su hijo.

—¿Está enfermo Paul? —preguntó Hannah recobrando al fin el habla.

—Sí —respondió él dejando a un lado la máscara de seriedad—. He venido a buscarte para llevarte a Utrecht a cuidarle, Hannah.

Ella asintió. No era el momento de hacer preguntas. Le dijo adiós a su paciente, llamó aparte a la otra enfermera para darle un breve informe acerca de lo que tenía que hacer y se presentó de nuevo en el salón donde Valentín estaba despidiéndose de la señora Soames. No dijo nada al salir de la casa con ella, pero la condujo hasta un taxi que esperaba afuera y, al arrancar, comentó:

—¿Podrías recoger unas cuantas cosas en unos diez minutos, Hannah? Yo se lo explicaré todo a tu madre. No hay tiempo que perder.

—¿Tan enfermo está Paul?

—Tiene una gastroenteritis, pero muy seria.

—¡Cuánto lo siento, pobre niño! —exclamó Hannah y se olvidó de todos sus problemas al poner la mano sobre el brazo de él—. ¿Está en el hospital? ¿Qué ha pasado con Henrika?

—Tanto ella como Corinna están enfermas con una especie de infección gástrica —se volvió y miró la cara acongojada de Hannah —. Espero que no te importe, Hannah. Corinna se siente muy mal e insiste en que tú eres la única que puede ocuparse de Paul.

—No, claro que no me importa. Ella sabe que siempre estoy lista para ayudarla, si puedo hacerlo.

Hannah se sintió defraudada porque había sido Corinna y no

Valentín quien la había llamado; luego se enfadó con ella misma por pensar en eso cuando lo único que debía preocuparle era el niño.

—¿Vamos en barco o en avión?

—En avión. He traído mi avioneta.

Valentín sabía hacer las cosas, sin duda. Le oyó hablar con su madre, mientras ella metía rápidamente en la maleta lo que pudiera hacerle falta durante unas cuantas semanas y le extrañó que su madre, en vez de disolverse en lágrimas, sonriera feliz.

—De modo que voy a quedarme sola otra vez dijo como si de verdad lo sintiera; —pero Valentín tiene tan buenas razones para llevarte con él que no puedo quejarme. Avísame cómo van las cosas — añadió con un beso en la mejilla de Hannah.

—Huiste despavorida —comentó Valentín en el taxi rumbo al aeropuerto—. Pensé llamarte a tu casa, pero parecías asustada. Volví a Holanda sin intentar siquiera verte.

—Me sorprendí mucho y, de todas formas, era tarde y no podía detenerme. Iba a mi primer trabajo independiente.

—¿Por qué te fuiste de St. Egbert?

—Bueno, quería un cambio. ¿Quiere decirme qué le pasa a Paul?

—Se puso enfermo de repente hace dos días y al día siguiente le dio fiebre a Corinna, con todos los síntomas de infección gástrica. Unas cuantas horas después Henrika empezó con los mismos síntomas. Hice que internaran a Paul en el hospital y vine a buscarte —luego añadió con impaciencia—: ¡Y no me ha sido nada fácil encontrarte!

—¿Y si yo me hubiera negado? Después de todo, estaba en un trabajo.

—Sabía que no te negarías a venir, Hannah, y no trates de decirme que esa mujer está enferma o que estás trabajando como enfermera particular por gusto.

—No tengo intenciones de decirle nada —dijo ella con dulzura —; pero éste no es el momento de discutir. ¿No quiere informarme de todo acerca del pequeño Paul para no perder tiempo al llegar?

Él la miró durante largo rato.

—Si no estuviera tan cansado y preocupado te retorcería el pescuezo, Hannah; lo que es más, creo que nada me daría más satisfacción que hacer eso.

Ella no respondió, pero le agradó ver que Valentín estaba en forma de nuevo. La mirada fría que le lanzó cuando ella preguntó si Paul estaba enfermo, le llegó a lo más profundo del corazón, pero ahora era de nuevo la personalidad de siempre. Hannah pensaba que si Valentín se enfadaba un poco con ella, eso quería decir que su persona no le era del todo indiferente.

—Te diré todo lo que sé, cuando estemos en el avión —contestó al acercarse al aeropuerto.

El taxi siguió más allá del edificio principal y Hannah, sin saber adonde iban, se vio arrastrada dentro de un pequeño edificio, entregó el pasaporte, dejó que le registraran la maleta y luego sintió que de nuevo la arrastraban. Había un pequeño avión deportivo a corta distancia y Valentín se acercó a grandes pasos a él, cargando la maleta, mientras ella casi corría para mantener el paso.

—¿Por qué está estacionado aquí? —preguntó sin aliento.

—Un arreglo especial. Cuando hay urgencias las cosas siempre pueden arreglarse. Además, tengo influencias.

—¡No lo dudo! —murmuró Hannah.

—Te he oído —observó su compañero.

Ella subió al avión sin más ceremonia y se quedó callada mientras él abrochaba los dos cinturones y ponía en marcha el aparato. Era de cuatro plazas y muy cómodo, y a pesar de que a ella no le gustaba volar, la forma experta de pilotar de Valentín le inspiró confianza.

Ya en el aire, él pareció relajarse y dijo:

—Escúchame con atención, Hannah.

Le dio una larga explicación sobre la enfermedad del pequeño.

—Desde luego, se encuentra aislado, y tú lo estarás también; ya he hecho los arreglos oportunos en el hospital. No le dan más que agua hervida, pero ni eso tolera. Esta mañana le han puesto suero, pero no sé cómo responderá al tratamiento. Ahora, todo depende del cuidado que tú le des.

—Ya sabe que haré todo lo que pueda. ¿Hay otros casos de lo mismo?

—No, gracias a Dios.

Hannah vio desaparecer las costas de Inglaterra en la distancia. Hacía menos de dos horas estaba lavando la ropa íntima de la señora Soames; la vida parecía llena de sorpresas, y, aunque no era

adecuado, pensó que la enfermedad del pequeño Paul Van Eysink en cierto modo la había beneficiado. Pero, rápidamente, desechó esos pensamientos.

Un rato después preguntó:

—¿Cuándo ha dormido usted por última vez? ¿Cuándo ha comido algo?

—He podido descansar una hora antes de salir hoy por la mañana y he tomado una taza de café; no tengo hambre y te aseguro que puedo aguantar bastante sin dormir una noche entera, siempre que me pueda echar una siesta de vez en cuando.

—No va a servir de nada si continúa así —dijo Hannah con severidad—. Me doy cuenta de que no ha tenido tiempo de comer o dormir, pero tiene que hacerlo tan pronto lleguemos al hospital.

—No sabía que eras tan mandona, Hannah.

—¿Por qué dice eso? Nuestra relación no es muy importante fuera de nuestro trabajo. Además, no es que yo trate de mandarle lo que tiene que hacer. Me preocupa Paul. ¿Qué pasará si empeora y usted no puede tener los ojos abiertos para hacer algo por él?

—¿Siempre les hablas así a los médicos para los cuales trabajas? —balbuceó Valentín.

—No, nunca le he hablado así a ningún doctor del hospital. Perdone, me había olvidado de que es usted un médico famoso.

El avión aterrizó en un campo aéreo al este de Bilthoven, a sólo unos cuantos kilómetros de Utrecht, y allí los esperaba el coche de Valentín. Al cabo de unos minutos estaban instalados dentro de él y corriendo rumbo al hospital.

Por el camino, Hannah iba pensando que Valentín no sólo era un hombre rico, sino que también tenía influencia en los sitios en que la necesitaba. Si uno nacía en el círculo adecuado, la vida podía estar totalmente libre de complicaciones.

Condujo con toda rapidez por el corto trecho de carretera, pero se vio obligado a aminorar la velocidad al entrar en la ciudad, donde los detuvo el denso tráfico. Valentín parecía haber recuperado su control de acero; no demostró impaciencia en absoluto, y al verle, uno podía pensar que iba a dar un paseo y que tenía todo el tiempo del mundo a su disposición.

Al llegar a su destino, sin embargo, trató de recuperar lo perdido, lanzándose hacia el interior, corriendo con ella a su lado

hasta llegar a la unidad pediátrica, sin darle tiempo de ordenar sus pensamientos.

La enfermera-jefe sonrió, asintió y luego le habló a Valentín en holandés. Hannah supuso que le estaba dando un informe acerca del estado de Paul y esperó con paciencia.

—No parece estar mejor —le dijo—. ¿Quieres hacerte cargo inmediatamente?

—Claro. Sólo necesito ponerme el uniforme.

—Antes creo que los dos deberían tomar un café —dijo la enfermera-jefe.

Al doctor le pareció una pérdida de tiempo, pero en realidad no lo era; los dos estaban cansados por el viaje y necesitaban tomar algo caliente. Hannah miró de reojo a Valentín y se maravilló de su autocontrol, lo cual hacía que pudiera mantenerse de pie tanto tiempo, y aunque estaba pálido y demacrado, su apariencia era la de siempre.

Después de tomar el café se sintió mucho mejor. Diez minutos más tarde apareció con un uniforme prestado y con la cara cubierta por una mascarilla; estaba lista para atender al minúsculo paciente.

El pequeño Paul tenía una habitación al final de un estrecho corredor y el cuarto que ocuparía ella estaba al lado. Cuando le tocara descansar, debería usar la puerta que había en el extremo del pasillo y que la llevaría directamente al vestíbulo principal, sin pasar por el resto de la unidad pediátrica. Comería con todos los demás, claro, pero algunas veces se vería obligada a tomar las más estrictas precauciones. Bastante malo era tener al pequeño Paul al borde de la muerte con gastroenteritis, pero hacer que el mal cundiera por el hospital sería una pesadilla.

Le habían dicho que entrara cuando estuviera lista y abrió la puerta para encontrarse con Valentín y la enfermera a la que iba a suplir, junto a la cama. Casi no reconoció al niño, con los ojitos hundidos y una palidez espectral. Estaba dormido, pero respiraba agitadamente. Hannah le miró y, luego, al médico.

—Sí, Hannah. Está muy grave —aseveró al quitarse la chaqueta y ponerse una bata, sin la expresión de cansancio que tenía un rato antes—. Habrá que darle una fuerte dosis de antibióticos, y le examinaré después. Me alegro mucho de que estés aquí.

—También yo —aseguró ella.

Ella se encargaría de que se curase. No tenía la habilidad y la experiencia de un pediatra, eso lo sabía muy bien, pero poseía la paciencia para hacer que los niños tomaran los líquidos necesarios, gota a gota, sabía limpiarles después de cada vómito y no se decepcionaba aunque no hubiera resultados positivos en un primer momento.

Ese niño había luchado por la vida desde que nació, y volvió a luchar cuando le operaron; ahora le tocaba repetir la hazaña y ella estaría a su lado para ayudarle. Miró al padrino por encima de la cuna y le sonrió bajo la mascarilla. Durante un momento se olvidó de que había alguien más en el cuarto.

—No se preocupe, Valentín, le sacaremos adelante. Ya lo hicimos antes y lo volveremos a lograr.

Capítulo 8

La enfermedad era más grave de lo que Hannah había pensado en un primer momento. Durante las primeras veinticuatro horas estuvo a punto de perder la esperanza, pero siguió luchando sin cesar, alentada por esos ojos azules, redondos y hundidos que la miraban con tanta tristeza.

Cuando Valentín entró por tercera o cuarta vez ese día, ella tenía a Paul en brazos.

—Está luchando mucho —le informó—. Dígaselo a la señora Van Eysink.

—Claro que se lo diré. ¿Has comido algo?

—Sí, gracias, ¿y usted?

—Sí, he obedecido tus órdenes y hasta me he echado una siesta. ¿Cómo ves al niño, Hannah?

—Se va a curar.

—Dios te bendiga —exclamó y salió del cuarto.

Ella hizo sus propios arreglos con la enfermera-jefe y ni siquiera le informó a Valentín. Se quedó con Paul hasta medianoche y a esa hora mandaron un reemplazo. Comió algo con rapidez y se durmió inmediatamente. Pronto la despertaron, como ella había pedido, a las cuatro de la mañana.

Cuando él apareció, a las seis, vestido con unos pantalones viejos y un suéter, Hannah ya estaba sentada con Paul en su regazo, arreglada y almidonada, con un uniforme limpio.

—Creo que está mejor —le informó—. Retuvo diez centímetros cúbicos de agua hervida durante una hora.

El se inclinó hacia el niño y escuchó el pechito para luego

revisar los expedientes.

—No está peor. Sigue tratando de hacerle tomar gotitas de agua durante las dos horas siguientes; a esa hora volveré y, si todo está en orden, intentaremos darle un poco más. ¿Has descansado algo, Hannah?

—Sí, gracias; he dormido de maravilla y me han traído café. Todo el mundo se porta muy bien conmigo. ¿Cómo siguen la señora Van Eysink y Henrika?

—Creo que Henrika ya ha pasado lo peor, pero Corinna aún sigue bastante grave.

—Pobrecita. Le dirá que Paul ya ha logrado retener algo en el estómago, ¿verdad?

—Sí, y su padre vendrá a verle esta mañana. Tengo que irme. Me toca consulta a las ocho. Vendré más tarde y, si hay algo urgente, la directora sabe dónde encontrarme; no dudes en mandar por mí.

El día pasó y Valentín iba y venía, con Hannah siempre esperándole. Aunque era fuerte notaba los efectos del cansancio y bajo sus ojos, se marcaban unas profundas ojeras.

El pequeño había logrado retener las cantidades minúsculas de agua que le fueron administradas durante el día y aunque no parecía estar mejor, tampoco estaba peor. Además, su respiración era más tranquila, lo que confirmó Valentín durante la visita que le hizo al entrar la tarde.

Paul Van Eysink también había ido, tanto por la mañana como por la tarde. Tenía la cara tan pálida como la de su hijo, patéticamente ávido de oír cualquier buena noticia que pudiera haber.

—Corinna está un poquito mejor —le informó a Hannah—. Se siente tranquila al saber que estás aquí, Hannah; se muere de ganas de venir a verle, pero no está lo suficientemente bien todavía.

—No debe hacerlo —replicó Hannah—. Cuando ella esté mejor, ya tendremos a Paul fuera de peligro.

—Eso es lo que me ha dicho Valentín —exclamó esperanzado Paul Van Eysink.

Eran las seis de la tarde y Hannah acababa de administrarle al niño las gotas de agua prescritas cuando entró Valentín. Venía una enfermera con él, con bata y mascarilla, igual que la enfermera jefe.

Cogió el expediente y examinó con cuidado al niño antes de decirle algo a la enfermera; luego se dirigió a Hannah.

—Va muy bien. Quiero que descanses una hora, Hannah. No discutas, por favor. Queremos que estés bien, necesitas reposar, aunque sea un ratito. Ve a cambiarte y te espero en la puerta de entrada, dentro de quince minutos. Yo le explicaré a la señorita Witteveen lo que tiene que hacer.

Aunque prefería quedarse con el niño, Hannah obedeció, ya que no quería discutir cuando Valentín usaba ese tono de voz. ¿Por qué en la puerta de entrada dentro de quince minutos? ¿Dónde podía ir? Una hora, dijo él; había un parque allí cerca y sin duda podía conseguir algo de comer. Caminaría un rato y luego comería para volver a su puesto hasta que llegara la enfermera de noche a sustituirla a las diez. Paul estaba un poquito mejor; y podría dormir varias horas, segura de que si algo no marchaba bien, estaría a su lado en cosa de segundos.

Se dio una ducha, se cambió y en diez minutos estaba en la puerta principal donde la esperaba Valentín, hablando con dos señores.

—Hola, has sido muy rápida. Te presento a dos de los médicos de aquí, el doctor Dirk Wouters y Karel Wintermann.

Apenas tuvo tiempo de estrechar las manos de los doctores cuando ya estaba yendo escalera abajo y metiéndose en el coche de Valentín.

—Mire —explicó Hannah que, aunque estaba contenta por la compañía de Valentín, había decidido ser sensata—, pensaba ir a dar un paseo por el parque y luego comer algo.

—Ay, creo que no te he dicho nada. Quiero que vengas a mi casa. Mi ama de llaves nos ha preparado algo de comer y se va a ofender si no aparecemos. Además, hay alguien que quiero presentarte.

—¿A quién?

—Espera y verás —circuló por las intrincadas callecitas que Hannah recordaba muy bien y, al final, detuvo el coche frente a la casa.

Wilrik salió a recibirlos, con un ligero asentimiento de cabeza en dirección a su patrón y una sonrisa de bienvenida a Hannah, antes de abrirles las puertas del salón para que entraran. Valentín le dijo

algo al pasar y luego la siguió.

Había una persona allí, sentada en uno de los sillones, una anciana pequeñita de pelo cano, elegantemente vestida y con los ojos azules fijos en ellos. Llevaba un vestido negro de crepé con el cuello alto a la antigua y las manos, todavía bellas, estaban cargadas de anillos.

—Es mi tía —dijo Valentín—, tenía muchos deseos de conocerte. Hannah avanzó hasta el sillón y extendió la mano. La anciana, a pesar de ser pequeñita, parecía tener un carácter fuerte y Hannah sonrió tímidamente.

—Mucho gusto —dijo la señora—. De modo que tú eres Hannah. Me han hablado muy bien de ti. No eres una gran belleza, de esas que lucen en los salones de la alta sociedad, pero es mejor así. Bonito cuerpo, ojos expresivos. A mí no me gustan esas mujeres que tienen la mirada en blanco, ya lo sabe Valentín. Es una pena que tengamos tan poco tiempo, pero trataremos de aprovecharlo.

La anciana miró a su sobrino, quien estaba de pie junto a la gran chimenea, con una sonrisa dibujada en los labios.

—Sírvenos a Hannah y a mí una copa de jerez, por favor. ¿Por qué estás tan callado?

—Mi querida tía, no me has dado oportunidad de abrir la boca. Siéntate, Hannah, y deja de mirar el reloj, te prometo que te llevaré de vuelta cuando sea la hora.

Valentín sirvió las copas y se acercó a sentarse junto a ellas, con una bebida en la mano y una mirada divertida mientras escuchaba el interrogatorio de la anciana. Fue sorprendente el número de preguntas que logró hacer durante unos o dos minutos. Hannah las respondió todas con brevedad, sabiendo que la gente mayor siempre tiene curiosidad acerca de los asuntos de los demás, y esta señora le era simpática.

La joven le contó, a grandes rasgos, la vida que llevaba. Le dijo su edad, le dio detalles acerca de su casa y su niñez, habló de su madre y le informó que estaba muy satisfecha con su profesión. Desde luego estuvo de acuerdo en que los Van Eysink eran personas encantadoras y el pequeño Paul un niño precioso. Y cuando la viejecita le preguntó la opinión que tenía de Valentín, Hannah meditó la respuesta.

—Si hay alguien que puede hacer que Paul se recupere, ése es su

padrino —replicó con toda compostura.

Oyó a Valentín dejar escapar una carcajada ahogada, pero no se volvió a mirarle. Su interlocutora fue la que hizo el comentario:

—Veo que también eres discreta.

Asintió la cabecita canosa y le devolvió a Valentín la copa vacía.

—Estoy lista, si lo estáis vosotros.

Comieron en un pequeño comedor que Hannah no había visto antes, en una mesa redonda muy bien puesta. La deliciosa comida la sirvieron inmediatamente, de modo que todavía quedaban diez minutos de sobremesa cuando trajeron el café.

Valentín observó a Hannah mientras, de soslayo, miraba el reloj de pared que estaba en la habitación y le dijo en tono tranquilizador:

—No te preocupes, Hannah. Tienes tres minutos para terminar el café, cinco minutos de camino al hospital y dos minutos para llegar a la unidad pediátrica. Claro, antes hacen falta unos segundos para bajarnos del coche.

Él lo tenía todo muy bien calculado; quedaban exactamente dos minutos de la hora cuando salió del automóvil, y cuando empezó con un apresurado discurso de agradecimiento, él la detuvo.

—Yo voy contigo —comentó y la condujo al ascensor sin una palabra más.

Todo estaba en silencio, a excepción del llanto de los recién nacidos. La puerta, al final del corredor, estaba cerrada y, antes de abrirla, Valentín se inclinó hacia Hannah y la besó con fuerza.

Ella se cambió de ropa como un autómata, se puso la bata y la mascarilla y se unió a los otros junto a la cuna. La enfermera asintió con la cabeza y Valentín, también con bata y la cara tapada, la miró de reojo, no dejando que se notara que unos minutos antes la había besado con tanto ardor.

—Vamos a mantener el suero otras veinticuatro horas —la instruyó— y, en el siguiente alimento, le aumentarás el líquido. Yo vendré temprano mañana y, si tolera bien lo que le des durante la noche, le empezaremos a dar leche diluida.

La mirada que le dirigió era tan impersonal como la voz, así como el saludo de cabeza que le dirigió al salir.

Hannah estaba demasiado ocupada con las necesidades del niño para poder ordenar sus pensamientos, pero se prometió que lo haría

cuando estuviera en la paz y quietud de su cuarto, una vez que llegara la enfermera de noche y se metiera en la cama.

Fue una decisión sensata que no pudo llevar a cabo, debido a la necesidad que tenía de dormir. Se quedó sumida en un profundo sueño apenas puso la cabeza sobre la almohada.

Por la mañana, cuando llegó Valentín, la enfermera de noche se había ido ya, y el niño estaba despierto.

—Está mejor —anunció Valentín—. Tenemos que observarlo otras cuarenta y ocho horas. Vamos a empezar con la leche diluida y veremos. ¿A qué hora estás libre hoy, Hannah?

—No lo sé, pero no importa. Estoy bien así; ya descansaré más adelante, cuando él esté bien.

—No veo por qué no puedes tener unas cuantas horas hoy por la tarde. Hablaré con la jefa.

—Gracias, pero si él vomita después de tomar la leche, no me iré.

—Harás lo que yo te diga, Hannah, y no creo que vomite. Me parece que ya ha pasado el peligro. Eso no quiere decir que yo prometa nada, sin embargo.

—¿Por qué son los doctores tan cuidadosos con lo que dicen? ¡Claro que va a salir adelante!

—Tal vez no tenemos la fe que tienes tú.

—¡Qué va! —murmuró ella al salir él del cuarto.

A lo largo de la mañana hizo dos visitas y, a media tarde, volvió acompañado de la misma enfermera sustituía que trajo el día anterior. Con un acento autoritario, que ella no pudo ignorar, exclamó:

—Ahora, ve a descansar, Hannah, y no regreses antes de dos horas. Mientras se cambiaba, pensaba qué podría hacer en su tiempo libre. Primero iría al parque, ya que necesitaba hacer algo de ejercicio y tomar un poco el aire fresco y, por lo que se podía ver desde la ventana, parecía hacer buen tiempo; aunque el verano estaba llegando a su fin, la temperatura era muy agradable.

Se puso una falda plisada y una blusa y cogió su chaqueta. Debía haber traído más ropa, pero no tuvo tiempo para hacer la maleta. Se arregló la cara y el pelo con rapidez y se dirigió a la puerta principal. Iba a cruzar el estrecho patio cuando un coche se detuvo frente a ella.

—Entra —dijo Valentín con un tono imperativo.

—Voy a dar una vuelta por al parque.

—Otro día. Corinna quiere verte y creo que le hará mucho bien que tú misma le digas que Paul está haciendo leves progresos. Tal vez tengas tiempo para un paseo más tarde.

Le sonrió con tanto encanto que el corazón de ella latió aceleradamente y tuvo que controlarse antes de hablar.

—Muy bien —aceptó y luego añadió tontamente—: ¿También usted tiene hora libre?

Él se estiró, abrió más la puerta y, una vez que ella se acomodó, la cerró antes de seguir adelante.

—He tenido que dar clase esta mañana y luego he pasado consulta. A mis pacientes privados los veo esta noche.

—¿Los niños también son pacientes privados? —preguntó Hannah sorprendida.

—Hay muchos, en sus casas, claro está. Algunos tienen problemas de alimentación o malformaciones que puedo corregir sin necesidad de servicio hospitalario. ¿Has sabido algo de tu madre, Hannah?

—Está muy bien. La señora Slocombe va todos los días.

—¿Piensas volver al trabajo de enfermera particular? —le preguntó.

—Pues sí, no me queda otro remedio —se detuvo, enfadada consigo misma, ya que no quería hablar de sus asuntos privados con Valentín.

—¿Para poderle pagar a la señora Slocombe? —sugirió Valentín con voz tan tranquila que ella continuó con naturalidad.

—Sí, sale muy cara, ¿sabe? Así puedo ganar casi el doble que en el hospital.

—Pero tú prefieres trabajar allí.

—Ah, sí. Yo prefiero el hospital —afirmó con otra pausa. No debía estarse quejando, y mucho menos con él—. Tal vez encuentre un trabajo interesante la próxima vez; la agencia de colocaciones es muy buena —volvió la cabeza y le sonrió, pero él miraba hacia adelante, el perfil serio, de modo que ella continuó—: ¿Cómo está Nerissa, quiero decir, la señorita Van der *Post*? Supongo que la ve a menudo, debe ser muy agradable para usted tenerla a ella para hablar cuando termina el trabajo en el hospital y contarle cómo ha

pasado el día.

Valentín le lanzó una rápida mirada y ella notó en sus ojos frialdad y dureza; de nuevo había dicho algo que no debía, y él no tardaría en decirle que no se metiera en lo que no le importaba.

No lo hizo. Con voz inexpresiva comentó:

—En realidad, no la he visto desde que se puso enfermo Paul. Aliviada al ver que no le cortarían la cabeza, Hannah siguió adelante:

—Qué tonta soy; claro que no querrá exponerla a contagiarse del virus de Paul.

—Pues no parezco tan cuidadoso cuando se trata de ti, Hannah.

—Yo soy enfermera.

—A veces se me olvida —rió él—. Ya llegamos. Encontrarás a Corinna abajo, en el salón pequeño. Entra; yo te alcanzaré en unos minutos.

Hannah entró y le dieron una calurosa bienvenida antes de conducirla adonde estaba la señora Van Eysink, sentada en una silla mirando por la ventana, sin hacer nada.

Al ver a Hannah, dejó escapar un chillido emocionado.

—¡Hannah! Le he dicho al tío Valentín que tenía muchas ganas de verte, pero nunca pensé que podrían dejarte venir. ¡Me alegra tanto que estés aquí…! Tomaremos el té y me contarás cómo sigue Paul —los labios le temblaron y una lágrima corrió por su pálida mejilla—. Dime, Hannah, ¿se va a recuperar? No te imaginas lo malito que parecía, y no teníamos idea de qué hacer; la pobre de Henrika y yo también estábamos muy enfermas.

—Paul está mejorando lentamente —dijo con seguridad—. El tío Valentín ya se lo ha dicho, ¿no? Él no mentiría acerca de eso. Poco a poco empieza a tomar sus alimentos y hoy ha aumentado un poquito de peso. Usted tiene que ponerse fuerte, señora Van Eysink, para poder ayudar a Henrika a ocuparse de él. Crece a pasos agigantados y muy pronto empezará a notar las cosas, a sentarse, a jugar con sus juguetes, y reclamará toda su atención. ¿Cómo se siente usted?

—Ya casi bien, sobre todo ahora que sé que mi hijo está mejorando. Henrika me llamó esta mañana para decirme que el doctor le dará permiso para volver dentro de una semana. ¿Crees que Paul ya estará recuperado para entonces?

—Más vale que le pregunte eso al tío Valentín.

—El tío Valentín dice que, con toda probabilidad, así será.

Hannah se preguntó cuánto tiempo habría estado allí, escuchando lo que decían, al verlo avanzar a grandes pasos hacia ellas y darle un beso a su sobrina. Se quedó sin habla cuando se acercó a ella y también la besó.

—Formáis un cuadro perfecto las dos juntas, charlando —comentó como explicando su actitud.

Hannah estaba muy roja, pero se mantuvo impasible con cierto esfuerzo.

—Me agrada ver a la señora Van Eysink mejor de lo que esperaba —observó con tranquilidad—. Este tipo de infecciones le dejan a uno muy débil.

—Así es —aseveró él con seriedad, pero ella sabía que se burlaba—. Corinna, le he prometido a Hannah dar un paseo. ¿Quieres que sea ahora o tomamos el té antes?

—Primero el té —saltó Corinna—, y luego, si me lo permitís, me gustaría acompañaros.

—Claro que sí —exclamó Hannah, con tanta vehemencia que Valentín soltó una carcajada.

Pasearon por el jardín, Corinna abrigada, ya que por las tardes empezaba a refrescar. Caminó entre ellos, hablando con alegría, haciendo planes para el regreso de su hijo y declarando que ya casi se sentía bien y quería verle.

—Mejor esperar unos días más —aseveró Valentín—. Va de maravilla, pero Hannah todavía tendrá que trabajar bastante antes de que esté bien del todo. Dentro de cuatro días yo creo que podrás verlo, pero tienes que tener en cuenta que no va a estar tan juguetón como antes, aun después de ese tiempo.

—No importa, si va a estar bien —lloriqueó Corinna.

No hablaron mucho de regreso al hospital. Cuando ya casi estaban allí, Hannah le dio las gracias a su compañero y, al llegar, se escurrió con rapidez. De nuevo en su puesto le pareció que ese agradable suceso nunca había ocurrido, aunque tenía recuerdos que lo hacían muy real, por ejemplo, el beso que le había dado Valentín. Tal vez se estaba haciendo falsas ilusiones al pensar que al día siguiente la volvería a llevar a algún sitio.

Al día siguiente, fue varias veces a visitar al niño y la trató con

bastante frialdad. Antes de irse interrumpió una conversación en holandés con la enfermera jefe para decirle:

—Tomarás dos horas entre las seis y las ocho. La hermana encontrará a alguien para sustituirte durante ese tiempo, ya que antes no es posible encontrar a nadie. Lo lamento mucho.

Cuando el reemplazo llegó, Hannah se cambió con rapidez y bajó a la puerta de entrada. Había salido dos veces con Valentín y lo había pasado muy bien, pero no había necesidad de que él se molestara por ella.

Caminó animosamente por el parque y, un poco más lejos, fue a tomar un café con un bocadillo en un pequeño restaurante y empezó a caminar de regreso.

Esperaba para cruzar una calle cuando vio el coche de Valentín con él al volante y Nerissa a su lado. Ella hablaba con entusiasmo mientras él miraba hacia el frente, pero había tanto tráfico, que no podía hacer otra cosa. Hannah lo siguió con la vista mientras el coche estuvo visible, luego cruzó la calle pensativa.

Aceleró el paso, tratando de no pensar en las dos personas del coche. Irían a cenar o bailar, supuso; Nerissa debía ser una compañera agradable para eso; era bella y, seguramente, divertida. Hannah se mordió el labio con un gesto de rabia, sintiendo odio hacia la muchacha.

Sintió cierto alivio al volver al refugio del hospital y sentar a Paul sobre sus rodillas, apreciando el enorme esfuerzo que hacía para terminar el escaso alimento que recibía.

Al día siguiente vio a Valentín y, cuando la enfermera dijo que ese día podía tomarse tres horas, decidió rechazar cualquier proposición que él le hiciera, pero no le hizo ninguna. Ella se fue de compras; cosas insulsas, como jabón y pañuelos de papel, y compró un regalo para su madre. Esa noche, cuando estaba de turno de nuevo, Valentín no le dijo nada que no tuviera que ver con el pequeño paciente.

Al día siguiente le dijeron que podía volver a tomarse el mismo tiempo. El niño estaba mucho mejor y ella pensó para sí que no tardaría demasiado en no requerir sus servicios. Unos días más y Henrika estaría de vuelta y lo más probable era que mandaran al niño a su casa.

Pensó visitar uno o dos museos; tendría tiempo suficiente, y

podría tomar una taza de té en algún lado. Se puso la falda y la blusa, aburrida ya de verlas, se echó encima el impermeable y se dirigió a la salida.

Cruzaba la puerta, cuando el portero la llamó y le entregó una nota. En letra casi ininteligible, Valentín la invitaba a esperarlo allí hasta que llegara. Ella, desde luego podía marcharse, aunque no tenía deseos de hacerlo, o dejarle un mensaje con el portero. Tendría que ser por escrito y, como había decidido no volver a salir con él, buscó en el bolso un papel y un lápiz y empezó a escribir.

Estaba escribiendo la nota, cuidadosamente redactada, cuando se dio cuenta de que Valentín estaba inclinado detrás de ella, leyéndola.

—Fuiste de compras ayer —dijo—, no puedes querer hacer lo mismo hoy. Además —añadió enderezándose—, mi tía quiere que tomes el té con ella. Le simpatizas mucho, y ella es muy anciana.

—Necesito hacer ejercicio. Así que, ya que su tía me está esperando, iré. Pero prefiero ir andando. No está lejos y a mí me gusta pasear.

—Mira qué raro. También a mí me gusta. Se puede llegar cruzando el parque y así se evita la mayor parte del tráfico. Iremos por ahí.

—No hay necesidad de que me acompañe —empezó Hannah, dirigió su mirada hacia la cara de él, para encontrar una sonrisa irresistible, de modo que se volvió para mirar hacia otro lado.

—Ninguna en absoluto —accedió él—, pero así tendremos ocasión de hablar tranquilamente sobre Paul. Pronto podremos enviarle a su casa, y supongo que entonces querrás irte de vuelta a Inglaterra.

—Sí —contestó Hannah con un nudo en la garganta—, me gustaría saber qué decide, para hacer mis planes.

Salieron juntos del hospital y ella deseó tener otra cosa para ponerse que no fuera ese impermeable viejo, especialmente cuando él llevaba uno que era muy elegante.

El parque estaba muy bonito, brillante con las dalias en flor, los crisantemos y los árboles y arbustos ornamentales; el césped estaba recién cortado y muy verde, y en un rincón había unos niños, jugando felices. Había muchos perros y, por entablar conversación, Hannah le preguntó:

—¿Usted tiene un perro?

—Sí, un mastín inglés; se llama *Nipper*. Nos llevamos mutuamente a dar un paseo por las mañanas, antes de ir a trabajar, y de nuevo por las noches; el resto del día lo pasa en el jardín o con Wilrik, excepto cuando yo estoy en casa, claro.

—Me gustan los perros —observó Hannah—. Mi padre tenía un perdiguero, pero cuando él murió y nos mudamos a Londres, se lo regalaron a unos amigos. A veces, lo echo de menos.

—Son muy buena compañía. Paul y Corinna piensan comprar un cachorrito para que crezca junto a Paul.

—¿Ya está fuera de peligro, verdad? —Hannah se había olvidado de que ya no pensaba salir con Valentín; era un compañero muy agradable y se sentía a gusto con él; hasta Nerissa estaba fuera de sus pensamientos.

—Así lo espero. Pobrecito, ha tenido muy mala suerte, pero es un niño fuerte. Es posible que dentro de tres días pueda irse a casa. Henrika puede llegar un día antes y sería conveniente que tú pudieras quedarte unos cuantos días para dejarlo todo en orden. Creo, además, que Corinna quiere invitarte a quedarte con ellos, siquiera un día, como huésped. No te preocupes por el viaje; yo te haré la reserva tan pronto como se decida el día exacto de tu regreso. ¿Cómo andas de dinero?

Hannah estaba a punto de decirle que casi no tenía nada en el bolso, pero no se atrevió. Le dijo que no había problema, que tenía lo suficiente para arreglárselas hasta que volviera a Inglaterra. Claro que tendría que ponerse a trabajar inmediatamente.

—¿Tienes algo en perspectiva? —preguntó, como si supiera lo que pensaba.

—No exactamente —respondió y notó que era una contestación bastante tonta.

El no siguió hablando del asunto sino que cambió de conversación; tampoco mencionó para nada el nombre de Nerissa.

Una vez frente a la puerta de la casa de Valentín, Wilrik, que les estaba esperando, abrió con alegría, le dedicó una sonrisa benevolente a Hannah y les cogió los impermeables antes de conducirlos por el vestíbulo hasta la puerta del salón. Después de dedicarle una última sonrisa a Hannah, se dirigió a la cocina.

Allí se sentó en una silla, sacó el periódico del bolsillo y lo

extendió, pero antes de ponerse a leer le comentó a su esposa, que se ocupaba de preparar la bandeja de té:

—Está aquí de nuevo y es una chica encantadora. Muy agradable y muy hábil también, exacta para el patrón. La otra no sirve para él.

—En eso tienes razón —observó la esposa—, pero no te entusiasmes, Wilrik. ¿Hablan en inglés entre ellos?

—Siempre. Ella todavía no habla nuestro idioma, pero aprenderá sin mucha dificultad; es una joven muy agradable.

—No tendrá oportunidad frente a la otra.

—Tiene los ojos grises. Son muy suaves y gentiles, también.

Hannah, sin saber nada de esa conversación, saludó a la tía de Valentín, se sentó donde le indicaron y escuchó con ánimo el inagotable torrente de palabras de la anciana. De vez en cuando parecía quedarse adormilada, y después de unos minutos se despertaba con nuevo ímpetu para describir a varios miembros de la familia, las casas donde vivían y los muchos niños que tenían.

—Ya es hora de que empieces a tener familia, Valentín. Vives en esta casona como un lobo solitario. El sobrino se estiró en el enorme sillón a un lado de la anciana, le sonrió y le prometió que lo pensaría con detenimiento, luego le preguntó si quería tomar una taza de té.

Wilrik lo sirvió, con una apariencia más digna que nunca, y cuando al fin salieron por las puertas dobles al jardín, allí estaba para abrirlas, sonriendo paternalmente en dirección a Hannah.

El jardín era precioso, mucho más grande de lo que Hannah esperaba. Admiró las flores y los arbustos y luego preguntó:

—¿Siempre abre Wilrik todas las puertas cuando van a salir?

—Sospecho que está interesado por ti —rió Valentín—. Por lo general, me permite abrir a mí. Él y yo somos buenos amigos; ha estado con la familia casi toda su vida. Se le ha sugerido que se retire, pero no quiere ni oírlo; se quedará hasta que él mismo decida irse y creo que eso no ocurrirá nunca.

—Me simpatiza —observó Hannah.

Hannah pensó que la sugerencia de que el mayordomo se marchase sería de Nerissa. Ella debía querer alguien joven y elegante vestido de mayordomo, para abrirle las puertas de su casa. ¡Su casa! Hannah sintió dolor al pensar eso.

Entraron de nuevo y se despidieron de la viejecita, para luego salir corriendo a la calle. Esta vez, Hannah le dedicó a Wilrik una sonrisa muy cálida. Él era parte de la casa y parte de Valentín, así que ella lo quería por eso.

Paul hacía rápidos progresos al fin y dos días después podría irse a su casa. Valentín lo dijo cuando entró a verle a la mañana siguiente.

—Henrika estará en la villa mañana —le informó a Hannah con voz agradable pero impersonal— y lo tendrá todo preparado. Si quieres, puedo hacer los arreglos para que vuelvas a Inglaterra dos días más tarde —añadió, esta vez con un tono mucho más personal —. Corinna me pidió que te invitara a quedarte más días con ellos si puedes hacerlo… tal vez una semana.

Si ésa era la última vez que lo veía, era mejor que se fuera de una vez.

—Tengo que volver —aseveró con seguridad—. Es muy amable por parte de los Van Eysink invitarme, pero debe haber mucho trabajo esperándome. Pasó sus horas libres sola ese día y también al siguiente. Cuando Valentín fue a la unidad pediátrica, tenía un aire de frialdad amistosa. Ni siquiera le preguntó lo que había hecho en su tiempo libre; ni siquiera se preocupó de preguntar si la habían reemplazado.

El último día, le dieron libre la hora de cenar. Guardó las pocas pertenencias que tenía consigo para estar lista para irse temprano al día siguiente, y luego decidió ir a dar un paseo.

Había atravesado buena parte del hospital cuando se encontró con Valentín que subía los escalones de dos en dos.

—Aquí estás —exclamó con alegría—. Mi tía quiere verte.

—No lo sabía; voy a hacer las últimas compras, dentro de una hora me toca estar de turno otra vez. Me queda poco tiempo.

—Una hora y veinte minutos para ser exactos. Podemos parar en la tienda que quieras, por el camino. Además, quiero hablar contigo, es sobre tu billete de avión, le he dicho a Corinna que yo me ocupo de sacártelo. Paul no está, se fue unos cuantos días en un viaje de negocios.

El coche estaba estacionado afuera, pero antes de abrir la puerta, Valentín le preguntó:

—¿Prefieres ir andando, Hannah?

Dar un paseo le sentaría bien, pero por otro lado, tal vez nunca mas tendría la oportunidad de viajar otra vez en un coche como ése. Se lo dijo a él y, aunque sólo sonrió y mantuvo la puerta abierta, ella notó un extraño destello en su mirada. Ya habían recorrido la mitad del camino cuando le recordó:

—Había algo que me quería decir acerca del billete de avión.

—Ah, sí. No hay nada disponible hasta el viernes. Es un día más de lo que tú querías. Vamos a ver, hoy es lunes, y mañana os vais a la villa, lo cual te deja el miércoles para estar con Henrika y un día más… Corinna estará encantada. Siente mucho que hayas tenido tan poco tiempo para ti misma desde que llegaste. A propósito, el vuelo es por la mañana. Yo me voy a Bruselas durante varios días.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—Mañana por la noche; voy a ir en el coche.

—Entonces no estará de vuelta antes de que yo me vaya —como él no respondió nada, ella se embarcó en una serie de comentarios banales acerca de Paul, para darle la impresión de que estaba animada, hasta que llegaron a su casa. Wilrik se olvidó por completo de su habitual dignidad y expresó la alegría que sentía de verla, al tiempo que le decía algo a Valentín.

—Dice Wilrik que han preparado un pastel estilo inglés especialmente para ti.

—¡Qué amable! Me gustaría decirle algo en holandés, pero sólo conozco unas cuantas palabras, lo suficiente para hacerme entender en el hospital, y no creo que ninguna de ellas sea apropiada para agradecerle a alguien un pastel.

—No te preocupes, yo le diré a Wilrik lo que has dicho; le va a fascinar.

Se notó que estaba encantado. Las severas facciones se transformaron en una amplia sonrisa e inclinó la cabeza antes de decirle algo a Valentín en voz muy baja. La expresión del doctor cambió inmediatamente, y Hannah, que ya conocía cada uno de sus gestos, se dio cuenta de que estaba enfadado por algo.

—¿He dicho algo malo? —preguntó—. ¿He dicho algo que les haya molestado?

—Claro que no. Wilrik está muy contento —le dijo algo al anciano y luego le dio a Hannah un leve empujoncito—. Mi tía nos espera y dentro de un momento nos traerán el té y el famoso pastel

en tu honor.

Se quedaron con la anciana media hora y, con la entusiasta cooperación de *Nipper*, terminaron el pastel. Hannah se despidió de la señora con un beso en la mejilla.

—No hace falta decir adiós —dijo la señora y Hannah pensó que, debido a su edad avanzada, la anciana se olvidaba de las cosas.

Al volver al hospital también se despidió de Valentín.

—Supongo que ya no le veré antes de irme —dijo tristemente.

—No lo creo, pero tal vez vaya un rato a la villa más tarde para ver a Paul. Me parece muy típico de ti, Hannah, escoger para decirme adiós un lugar donde no puedo hacer nada más que estrechar tu mano. Tendré que intentar ir mañana a hacer esa visita.

No quedaba más por decir. Ella murmuró alguna tontería acerca de lo tarde que era y echó a correr hacia el interior del edificio. Sería maravilloso verle de nuevo al día siguiente, pero ¿podría soportar el volver a prolongar la agonía?

Capítulo 9

Volvieron a la villa poco después de las nueve de la mañana. El pequeño Paul dormía plácidamente después de tomar el biberón, sobre el regazo de Hannah, que iba sentada en el asiento trasero del coche.

La partida fue un acontecimiento especial y todo el personal de la unidad pediátrica estuvo allí para desearles buena suerte. El padre de Paul conducía con cuidado, como si temiera que la velocidad mayor de cincuenta kilómetros le hiciera daño a su hijo, y al acercarse a la villa dijo en voz baja:

—Les he dicho a todos que no vengan durante unos cuantos días, Hannah. No quiero que molesten al niño. Me parece que todavía está muy débil.

—Es muy pequeño —observó Hannah—, pero le prometo que ahora que ya ha salido de ésta, se recuperará muy pronto; sólo se trata de que aumente de peso, y lo hace cada día. Además ahora ya tiene más edad y es más fuerte.

—Eso mismo nos ha dicho Valentín. Lástima que no puedas quedarte, Hannah. ¿Por qué no vienes a pasar con nosotros una semana esta primavera? El campo está precioso en esa época.

—Me gustaría mucho, pero todavía no sé cuándo podré tomarme las vacaciones —o tal vez ya no volvería a tener vacaciones, ya que ahora no trabajar significaba no ganar nada.

Era agradable ver a la señora Van Eysink tan repuesta y a Henrika tan gorda y placentera como siempre, lista y esperándoles en el cuarto de Paul. Hannah puso al niño en el cochecito y paseó por el jardín con Henrika y la señora Van Eysink, hasta que el cielo

se oscureció amenazando lluvia, lo que las obligó a meterse en la casa. Paul ya había comido y dormía la siesta. Ya habían terminado de comer, cuando la señora Van Eysink dijo:

—Hannah, quiero que tengas tiempo libre; ahora, en este instante. Estamos las dos para ocuparnos de Paul y tú hace días que no descansas. Quiero que vayas a algún sitio a divertirte toda la tarde. ¿No te parece buena idea?

—No hay nada que hacer, Hannah —aseguró con una mirada triunfal Henrika— y tú ni siquiera has tenido oportunidad de tomar el aire fresco. Aunque está muy oscuro, no parece que vaya a llover y puedes ir a pasear.

—O tal vez prefieras montar —agregó la señora Van Eysink.

—Pues sí, me encantaría dar un largo paseo; siempre he querido saber a dónde conducen todos esos senderos; los que hay en el bosque, más allá del primer pueblo.

—Ah, sí…, por esa parte hay unos paisajes preciosos.

—¿No me perderé?

—Claro que no —rió Henrika—. Hay letreros por todas partes.

Y así era, como descubrió Hannah una hora más tarde, sólo que, por desgracia, para ella no significaban nada. Se olvidó de mirar el mapa antes de salir y ahora, situada ante un letrero que marcaba cuatro direcciones diferentes, no tenía idea de cuál debía seguir.

Estaba perdida. La rodeaban árboles en todas direcciones, así como senderos para caballos y para peatones. «¡Si por lo menos saliera el sol!», pensaba Hannah. Ya eran las cinco de la tarde y se moría por una taza de té, estaba cansada y acalorada, con sed y, además, un poco asustada. El sentido común le decía que si se mantenía en un solo camino, tarde o temprano, la llevaría a algún sitio; pero no sabía qué hacer cuando el camino se bifurcaba.

Siguió andando, tratando de no fijarse en el cielo que se oscurecía de nuevo y una fina niebla que se alzaba entre los árboles, y llegó a un pequeño claro de donde salían seis senderos diferentes. Ahora sí se sintió asustada. Tendría que usar un proceso de eliminación y echó a suertes por cuál de ellos seguiría. Siguió por el que más cerca estaba, aunque parecía ser el más estrecho y oscuro de todos.

Había recorrido unos cuarenta metros cuando oyó pronunciar su nombre. Valentín apareció ante ella y Hannah se lanzó en sus

brazos sin pensarlo. Él la apretó con fuerza y ella enterró la cara en su hombro y se echó a llorar.

—¡Valentín, Valentín, estaba pensando en ti y ahora apareces así! —Alzó los ojos llorosos hacia él y le sonrió temblorosa, dejando entrever sus sentimientos con tanta claridad que no hacían falta palabras para explicarlos.

Él no habló, sólo la apretó contra él y besó la parte superior de su cabeza. Cuando ella trató de alejarse, él la sostuvo con mayor vigor.

—Pobrecita mía, estás muerta de miedo, ¿verdad? Te llevaré de regreso inmediatamente, todos están preocupados por ti; por fortuna, Henrika recordó que querías explorar el bosque. Llevo un buen rato buscándote.

La apartó un poquito de él y miró hacia abajo; ella nunca lo había visto igual, mirándola como si acabara de descubrir algo preciado. Tal vez si no hubiera descubierto esa expresión, no habría dicho lo que dijo en ese momento. Las palabras salieron sin control, aunque sabía que se arrepentiría de ellas más tarde.

—Valentín, hay algo —explicó con la mirada fija en los ojos azules— que quería decirte y ahora no puedo contenerme, sólo te pido que no me hagas caso, ya que sé que vas a casarte con Nerissa. Te quiero; creo que me enamoré de ti hace varias semanas, sólo que al principio no lo sabía. Te lo digo ahora porque creo que no sería justo que no lo supieras. Podrías pensar que no me simpatizas en absoluto y eso no sería honesto por mi parte, ¿no crees? Creo que me siento mejor ahora que ya estás enterado —sonrió un poco temblorosa.

—Hannah… mi pequeña Hannah…

La voz era amable, pero ella, en ese momento parecía no escuchar. Le interrumpió antes de que siguiera:

—No tiene importancia. Espero que Nerissa y tú seáis muy felices.

—Mi querida Hannah —dijo después de una breve pausa—, tenemos que hablar. Tengo muchas cosas que decirte, pero éste no es el momento. Voy a llevarte a la villa y más tarde quedaremos en algún lugar tranquilo para hablar.

—Este sitio es muy tranquilo.

El suspiró y ella sintió que la dulzura de antes se desvanecía con

una sensación de frialdad.

—Hannah, tengo que salir esta noche y se me está haciendo tarde. La frialdad se convirtió en hielo y, para ocultar la confusión y la desdicha que sentía, exclamó con entusiasmo:

—Qué egoísta soy, vámonos, por favor. Estoy diciendo muchas tonterías y te estoy entreteniendo.

Las lamentaciones que sofocó unos cuantos minutos antes, ahora amenazaban ahogarla. Si tan sólo pudiera borrar las palabras pronunciadas…

—¿Qué habría pasado si hubiera seguido por el mismo camino? —preguntó para cambiar de conversación.

—Habrías acabado en un campo aéreo bastante alejado de la villa. Hannah, tengo que hablarte, pero ahora no hay tiempo. Esta noche debo irme a Bruselas, eso ya lo sabes, y no creo que pueda estar de vuelta antes de tres días; espérame y hablaremos entonces.

Él parecía haber olvidado que ella se iba dos días después, pero no importaba, al contrario, era mejor. Murmuró algo y luego repitió:

—¿Nos vamos? ¿Estamos muy lejos del camino principal?

Valentín no pareció darle importancia al cambio de conversación.

—No, a sólo diez minutos por este sendero.

Valentín puso el brazo sobre el hombro de ella y fueron así, muy juntos, hasta que llegaron al coche.

De camino a casa, Hannah iba hecha un mar de confusiones. ¿Cómo había sido tan tonta? Le había abierto su corazón y se había cubierto de vergüenza, además de ponerle a él en una situación bastante incómoda.

Valentín, al ver la expresión de infelicidad en el rostro de la joven, empezó a hablar con facilidad y sin ninguna señal de torpeza, y siguió hablando mientras iba en el coche, contándole un caso interesante que había tenido esa mañana y dándole tiempo para recobrar la compostura.

Entró con ella en la villa, le explicó a la nerviosa Corinna lo sucedido y al dirigirse Hannah escaleras arriba, le dirigió un informal adiós. Ella respondió sin detenerse y él se quedó mirándola con los ojos muy brillantes, la boca fija en una mueca. Corinna, a su vez, lo observaba a él y le empezó a rogar que se quedara a cenar.

—Puedes irte a Bruselas desde aquí y recoger tus cosas de paso —le señaló.

—Me encantaría —le explicó—, pero no puedo, querida. Voy a estar fuera tres días. Trata de retener a Hannah hasta que yo regrese, quiero hablar con ella.

Se fue inmediatamente. Ya era tarde y tenía un compromiso con Nerissa.

Hannah tardó mucho en volver a bajar. En el cuarto del niño, le insistió a Henrika que descansara una hora mientras ella se ocupaba de Paul.

—Prepararé el biberón de la mañana —ofreció— y yo se lo daré, para que puedas levantarte un poco más tarde.

Una hora después estaba con la señora Van Eysink. Su esposo todavía estaba fuera y las dos se quedaron hablando amistosamente mientras esperaban a Henrika.

—¿Lo has pasado bien, a pesar de haberte perdido? —quiso saber la señora.

—¡Ay, sí! Ha sido un paseo muy agradable; fue una tontería por mi parte no mirar el mapa antes.

—Supongo que fue un alivio que apareciese Valentín cuando ya te creías perdida.

—Sí, claro —asintió y el rubor cubrió sus mejillas—. Ya estaba bastante asustada. Siento no haberle agradecido su atención. ¿Me hará el favor de decirle que le doy las gracias, cuando vuelva a verle?

—Si tú quieres —aceptó la señora Van Eysink, inusitadamente alegre, y le dio la impresión a Hannah de que iba a ponerse a cantaren cualquier momento—. No está, ¿sabes? Se ha ido a Bruselas. No ha querido quedarse a cenar porque tenía un compromiso antes. ¿Sabes, Hannah? —añadió con una sonrisa—. Después de todo creo que no se va a casar con Nerissa. Hace unos días le pregunté para cuándo iban a fijar la fecha y se rió antes de decir: «¿Fijar la fecha? Al contrario, querida sobrina».

Hannah había ido de roja a pálida y ahora estaba roja de nuevo.

—¿Eso le dijo?

Recordó todas las cosas que antes le habían sorprendido y que ahora ya no eran incomprensibles. Por otra parte, Valentín se quedó callado cuando ella le confesó que le amaba. Tal vez él no quería

casarse con nadie y la había usado a ella como sustituto temporal mientras se olvidaba de Nerissa.

Hannah cada vez entendía menos lo que sucedía a su alrededor. Le parecía extraño que cualquier hombre, y eso incluía a Valentín, no se sintiera orgulloso de tener como esposa a Nerissa. Aunque a ella la señorita Van der *Post* le caía muy mal, tenía que reconocer que era muy bonita y tenía una sonrisa muy dulce, aunque fuera totalmente falsa. Después de todo, ¿de qué se alegraba ella? Valentín la había invitado a salir dos o tres veces, hasta la había besado y llevado a su casa, pero podía haberlo hecho y no significar nada. Necesitaba saber más. Empezó una serie de preguntas cuidadosas, pero cuando Henrika y el señor Van Eysink aparecieron, su oportunidad se esfumó.

Durmió muy poco esa noche. Por una parte, pensaba que Valentín la quería y, por otra, se decía a sí misma que él nunca se había fijado en ella y trataba de hacerse a la idea de no volver a verle jamás.

Decidió, antes de dormirse al fin, que cuanto antes se fuera a su casa mejor. Esa misma tarde la señora Van Eysink había insistido de nuevo en que se quedara otros dos o tres días. Podía cambiar el pasaje, y a Hannah le sentaría bien el descanso, pero ella replicó con firmeza que tenía que volver y que prefería irse en el primer vuelo de la mañana, como estaba previsto.

Se despertó al oír los quejidos del pequeño Paul y se levantó para verle. Era su último día allí y sintió ganas de llorar. Lo recordaría siempre, le dijo al niño al volverlo a acostar en la cuna.

A la mañana siguiente, después de comer, Hannah, animada por sus compañeros, fue a dar el último paseo. No aceptó que le prestaran un caballo; el cielo amenazaba tormenta y si llovía podría encontrar refugio más fácilmente a pie, de modo que se puso el impermeable y se preparó para salir. Estaba en la puerta principal cuando llegó Nerissa en su elegante coche deportivo y, antes de que Hannah pudiera evitarla, salió del vehículo y se acercó a ella.

—¡Me alegro mucho de verte! —exclamó—. Sé que te alegrará lo que te voy a decir.

—¿Por qué? —preguntó Hannah sintiendo repulsión por el brazo que se entrelazó con el suyo.

Tiraba de ella hacia la parte lateral de la villa, hacia la piscina, y

no había nadie en ese lado, de modo que las oportunidades de ser rescatada no eran muchas.

—Iba a salir a dar un paseo —explicó—. No creo que tenga nada demasiado importante que decirme.

—Para mí sí lo es —exclamó—; debes haberlo adivinado, Hannah. El otro día discutimos Valentín y yo; una pelea estúpida de enamorados, tú sabes. Yo me fui durante algunos días y cuando volví le encontré muy deprimido. Bueno, tú comprendes —agregó señalando una cadena de oro con un corazoncito, que colgaba de su cuello—. Me regaló esto, ¿no te parece bonito? Ya hemos fijado la fecha de la boda. Y todo gracias a ti, Hannah.

—¿A mí? —inquirió ella sorprendida. Tenía la boca seca y estaba a punto de perder la calma, pero logró mantenerse impasible.

—Dijo que al salir contigo se dio cuenta de lo mucho que me extraña, y anoche…

—¿Ah, por eso tenía que irse?

—Sí, claro, teníamos un compromiso. ¿No te lo dijo? ¿Por qué había de hacerlo en realidad? Tuvo que correr como un loco para llegar.

—Sí, pero me parece que se iba a Bruselas.

—Así es, pero cenamos juntos en mi apartamento antes de que se fuera. —Nerissa miró a Hannah, y esta última pudo observar la mirada de triunfo y desprecio en los hermosos ojos—. ¿Te vas mañana temprano, verdad? Es una pena que no vuelvas a ver a Valentín, pero tal vez sea lo mejor —dejó escapar una risita sarcástica y Hannah se ruborizó.

De modo que él se lo había contado todo a Nerissa. Seguramente se habían reído mucho, pero estaba segura de que la risa de Valentín debió ser amable. Murmuró algo entre dientes y luego dijo, bruscamente:

—Voy a dar mi paseo. Espero que sean muy felices —no extendió la mano, y con una sonrisa que le fue muy difícil pronunció un alegre: «Adiós» y se retiró.

Al pasear por los senderos en dirección al pueblo, sentía que le ardían las mejillas como el fuego. ¡Por eso Valentín no le había respondido nada! Se estremeció con el recuerdo, aún vivido, de las cosas que ella le había dicho. Gracias a Dios que no volvería a verle;

podía destrozar su corazón, pero salvaría su orgullo.

La había usado como sustituto hasta volver con Nerissa, para darle a ella la bienvenida con corazoncitos de oro y cariño. Deseó estar de vuelta en Inglaterra, donde podría intentar olvidar todo el asunto.

Cruzó el pueblecito, pasó por el café donde estuvo con Valentín y siguió el camino que recorrieron juntos.

Estaba lloviendo ya y el clima parecía estar de acuerdo con el humor de Hannah. El impermeable no la protegió contra el fuerte chubasco y estaba empapada; podía sentir el agua que se le metía por el cuello y tenía mojados también los pies. El pelo le colgaba, despeinado por la espalda. La lluvia no le importaba.

Iba sumida en sus pensamientos, recordando cuando paseaba con Valentín por ese mismo sendero, y en eso llegó al árbol tumbado donde en una ocasión había estado con Valentín y se sentó en él. El lugar estaba muy solitario y la tarde muy oscura debido a las nubes, pero al menos podía llorar a gusto y en paz, y no había necesidad de secarse las lágrimas.

De repente, la voz de Valentín le dijo en un tono muy bajo:

—¿Hannah?

Ella casi se cayó de donde estaba y sólo respondió secamente:

—¿Qué?

Ella le oyó soltar una carcajada y se volvió a mirarle. Después de todo, podía estar imaginando esa voz, estaba toda ella tan llena de pensamientos.

—Hannah, mi adorada Hannah. Tenía la seguridad de que estarías aquí, porque es aquí donde montamos juntos.

—¿Qué haces aquí? Pensé que ibas a Bruselas. Me lo ha dicho Nerissa, dijo que no volverías antes de que yo regresara a casa.

—Nerissa dice demasiadas cosas —observó él—. Si yo lo hubiera sabido —suspiró—, habría encontrado tiempo para hablar contigo, amor mío, pero Paul estaba muy enfermo y tú parecías un ratoncito metido en un agujero cada vez que te buscaba. No podía decirte nada ayer porque todavía no había hablado con Nerissa y tenía que terminar con ella antes de pedirte que te cases conmigo.

—¿Casarte conmigo? —Se levantó Hannah con brusquedad y le miró a la cara.

—Sí, contigo, querida mía. Antes pensaba que casándome con

Nerissa, aliviaría mi soledad. No la amaba, pero era una compañía agradable y siempre estaba ahí. Luego te conocí a ti y supe que si me casaba con ella estaría aún más solo que antes, y que a la que quería por esposa era a ti y no a ella.

Estaban muy cerca uno del otro, aunque Hannah no se atrevía a alzar los ojos.

—Cuando te llevé a mi casa, quería que te quedaras allí para siempre. Eras tan perfecta, tan hecha para ella; podía imaginarte con toda claridad sentada en la mecedora, tejiendo o haciendo lo que quisieras, con la luz iluminando tu sedoso cabello, y veía a los niños haciendo la tarea en la mesita y un nene sentado en la silla alta.

—¡Qué casualidad! —dijo ella—, yo soñaba lo mismo, sólo que nunca pensé que pudiera convertirse en realidad.

—Sí, sí puede, y así será, espero que lo más pronto posible —besó con amor la cara mojada y luego aumentó la fuerza hasta quitarle el aliento—. Amada mía, te adoro. No puedo permitir que te vayas. He vuelto porque tenía que explicártelo todo y no podía resistir tenerte lejos; además, seguro que Nerissa habrá ido a verte y cualquiera sabe las cosas que habrá dicho.

—Sí, ha ido esta tarde a la villa, pero ahora no tiene importancia lo que ha dicho. ¿De verdad quieres casarte conmigo, Valentín?

—Masque nada en el mundo, mi linda Hannah, y tan pronto como podamos hacer los preparativos.

—Tengo un poco de miedo de tu enorme casa y todo eso; yo soy muy sencilla, ¿sabes?

—¿De verdad? —inquirió sorprendido—. A mí me parece que eres la chica más linda del mundo. Mi tía estará encantada, igual que Corinna y Paul.

—¿Qué dirá mi madre? —preguntó Hannah, de repente insegura.

—Ella tendrá todo lo que necesita; le buscaremos un apartamento y nos ocuparemos de que viva con comodidad.

—¿Tienes tanto dinero, Valentín?

—Sí, amor mío.

—No estoy segura —titubeó Hannah y él la besó para callarla.

—Tienes que estar segura de una sola cosa —replicó Valentín—: de que me amas.

—Eso sí, con toda el alma —exclamó ella y alzó la cara mojada por la lluvia, radiante de amor y felicidad— y lo haré toda la vida.

FIN



Evelyn Jessy «Betty Neels» (1909 - 2001, Inglaterra) fue una prolífica autora de novelas románticas. Escribió más de 134 títulos, a partir de 1969 y continuando hasta su muerte. Su trabajo se caracteriza por ser especialmente casta.

Betty Neels nació en una familia con raíces firmes en la administración pública. Pasó su infancia y juventud en Devonshire. Betty fue enviada a un internado, y luego pasó a formarse como enfermera, obteniendo su SRN y SMC, es decir, el Certificado del Estado de enfermería y el Certificado del Estado de obstetricia.

En 1939 fue llamada para el Servicio de Enfermería del Ejército Territorial (TANS), que más tarde se convirtió en «Queen Alexandra Reserves», y fue enviado a Francia con el puesto de socorro, hasta la invasión de Francia en 1940. Fue comisionada en el TANS como Hermana el 30 de mayo de 1941. Más tarde trabajó en Escocia e Irlanda del Norte, donde conoció a un holandés, llamado Johannes Meijer. Se casaron en 1942 y tuvo una hija Caroline, nacida en 1945.

El matrimonio vivía en Londres, y posteriormente se trasladó a Holanda donde estuvieron trece años, allí reanudó su carrera de enfermería. Cuando la familia regresó a Inglaterra, continuó como enfermera. Cuando finalmente se retiró había llegado a la posición de Superintendente.

Su primer libro fue publicado en 1969.

Sus *hobbies* eran la lectura, los animales, los edificios antiguos y, por supuesto, escribir. Su carrera como escritora comenzó casi por accidente. Todo empezó cuando oyó a una mujer en su biblioteca local quejándose de la falta de buenas novelas románticas. A pesar de que se había retirado de la enfermería, su mente no tenía ninguna intención de vegetar. Así que con su máquina de escribir desarrolló lo que sería una fantástica relación amorosa con sus millones de lectores en todo el mundo.

Betty Neels murió tranquilamente en el hospital el 7 de junio de 2001, a los 91 años.